
Ella
Johana Connor

ELLA

Johana Connor

ELLA
Copyright © 2023 Johana Connor
Primera Edición Octubre 2023
SC: 2310135582905

© Diseño de portada e interior: **Jonaira Campagnuolo**
Foto de portada e interiores: Freestockcenter www.freepik.com

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1.
Capítulo 2.
Capítulo 3.
Capítulo 4.
Capítulo 5.
Capítulo 6.
Capítulo 7.
Capítulo 8.
Capítulo 9.
Capítulo 10.
Capítulo 11.
Capítulo 12.
Capítulo 13.
Capítulo 14.
Capítulo 15.
Capítulo 16.
Capítulo 17.
Capítulo 18.
¿TE GUSTÓ?
SOBRE EL AUTOR

Capítulo 1.

Las risas y los gritos de los niños se mezclaban con los llamados de los adultos y los bocinazos incesantes de los autos. Esa algarabía alteraba la tranquilidad de Adam.

Hasta el aleteo de los pájaros lo aturdía. Los escuchaba como si estos tuviesen alas de hierro con bordes filosos y las batieran cual hélices.

Con dificultad estacionó el auto junto a la calzada. El sudor le perlaba la frente y el corazón le latía con tanta fuerza que le producía una incomodidad en el pecho. Al lograrlo, se creyó a salvo, pero en el preciso instante en que giró la llave para apagar el motor, dos autos chocaron a su lado.

El ruido que causaron lo percibió similar al agudo grito de una mujer, uno cubierto por una desesperación desgarradora. Se ovilló, tratando de esconderse bajo el volante, y con las manos se cubrió la cabeza.

El miedo le atenazó tanto los nervios que poco le faltó para gritar pidiendo que pararan, no quería sufrir más. Amargos recuerdos de golpes, patadas y humillaciones inundaron su mente.

Apretó los ojos percibiendo solo penumbras, donde se movían decenas de sombras, grandes y aberrantes, que lo acorralaban para que no escapara. «Adam… Adam…», chillaban sobre él, en espera a que acudiera a su encuentro.

Luego de unos minutos de tensión, abrió los ojos recordando el lugar donde se encontraba. Sin darse cuenta hasta había dejado de respirar.

Por precaución repasó el interior del vehículo. Parecía un conejo asustado que se asomaba a través de la entrada de su madriguera para asegurarse que el depredador ya no se encontraba en las cercanías.

Aunque confirmó que no había nadie más con él, la baja temperatura que de pronto lo rodeó y su piel erizada le hizo pensar que no estaba solo.

—No estás aquí. No estás aquí —repitió perturbado.

Se incorporó en el asiento y procuró no perder la calma. Se decía a sí mismo que todo era producto de sus paranoias. Sin embargo, el sonido de

una tenue risa proveniente de la parte trasera del auto, así como la repentina invasión de una fragancia a jazmines, lo obligó a bajar enseguida.

Quiso abrir la puerta del conductor para salir, pero uno de los autos colisionados había quedado tan próximo al de él que le bloqueó el paso.

—¡Hijo de puta, ¿qué hiciste?!

El conductor se hallaba tan distraído, gritándole al sujeto con el que había chocado, que no se percató que Adam había golpeado la carrocería de su vehículo con la puerta.

—¡¿Por qué me retas, imbécil?! ¡Fuiste tú quien salió sin mirar! ¡¿No ves que llevo a niños?! —respondió el otro desde su asiento, sin animarse a bajar.

Adam miró hacia la parte trasera del auto del afectado y divisó a dos chicos rollizos que veían lo que ocurría con cara de espanto.

—¡¿Yo salí sin mirar?! ¡Tú pasaste sin bajar la velocidad! ¡¿No ves que estamos frente a una escuela?!

—¡¿Y de dónde crees que vengo, idiota?!

La discusión se hacía cada vez más sonora y ofensiva y la aparición de curiosos y de policías la complicó. La cabeza de Adam empezó a rechinar amenazando con hacer explosión en cualquier momento. Murmullos retumbaban a su alrededor como si fuesen un avispero en busca de insectos que pudieran zamparse. Necesitaba aire y espacio, comenzaba a sentirse acorralado.

Salió por la puerta del acompañante y, al llegar a la acera, se apresuró por alejarse de allí y dirigirse a la entrada de la escuela. Caminó cabizbajo y de hombros caídos, con las manos guardadas en los bolsillos de su abrigo para esconder sus leves temblores. Evaluaba con disimulo a la gente que pasaba por su lado. Temía que lo atacaran de forma repentina.

En ocasiones miraba atrás, aunque no para ver el jaleo que se había armado por la colisión de los autos, sino para asegurarse de que *Ella* no se encontraba dentro del suyo, a pesar de saber que aquello sería imposible.

Siluetas borrosas parecían delinearse en el interior del vehículo, pero él rápido miró al frente para ignorarlas con el corazón lacerándole el pecho por su palpitar salvaje. De esa forma había huido otras veces de los fantasmas que lo rondaban, de sus exigencias y acusaciones.

—¡Ey, Adam! —Se inquietó cuando pusieron una mano en su hombro para detenerlo. Vio con terror al hombre de piel oscura que lo había

interceptado—. Pensé que habías sido el tonto que chocó mientras se estacionaba.

Jeffrey Maxwell le sonrió con expresión de burla, como era habitual en él. El desagrado que ese gesto generó en Adam lo ayudó a recobrar un poco el control de sus emociones.

—No, fueron…

—¿Por qué hablas así, todo tembloroso? —interrumpió el hombre y sacudió su cuerpo de forma exagerada, como si sufriera de epilepsia— ¿Y por qué estás tan sudado? Das asco —se quejó, mirándolo con repugnancia.

Adam apretó la mandíbula para no insultarlo a los gritos, como por años había anhelado. Muchas veces deseó hacerlo desaparecer de la faz de la tierra… y de una forma muy dolorosa.

Casi sonrió al imaginarse bañado con la sangre de Jeffrey mientras lo cortaba en trocitos con una motosierra. El sonido de sus huesos siendo amellados y de su piel siendo desgarrada por los dientes metálicos de la máquina sería como música clásica para sus oídos.

La intervención de otro sujeto entorpeció sus macabras elucubraciones.

—Debe estar constipado.

Las estridentes carcajadas de Jeffrey a Adam le resultaron tan irritantes como el chirrido de un tenedor sobre un plato vacío, pero más desagradables fueron para él la mirada de superioridad y la sonrisa petulante de Malcolm Conrad, el hombre que había soltado la última frase. Un tipo alto y robusto que solía acompañar a Maxwell a diario.

—En realidad… lo que sucedió… —expresó inseguro. Nunca comprendía por qué se justificaba frente a ellos, si jamás le daban importancia a sus palabras.

—¿Qué ocurre, Adam? Parece que hubieses visto a un muerto. Estás más blanco que las tetas de una colegiala.

El comentario fuera de lugar de Jeffrey transformó el semblante de Adam de uno molesto a uno perturbado. No solo por invocar su miedo más atroz: ver a los muertos que lo perseguían día y noche, sino que detestaba las observaciones sexistas que solía hacer a viva voz sin preocuparse por quién lo escuchaba.

Estaban frente a las puertas de una escuela y rodeados por padres y tutores. Dos de ellos, ubicados en las cercanías, se giraron para mirarlos a los tres con desaprobación.

Detestaba verse implicado en las impertinencias de esos sujetos.

—Ya cierren el pico, idiotas. Ahí salen nuestros chicos.

Malcolm acalló la conversación con su típica voz autoritaria y mezquina. Adam apretó los puños dentro de su abrigo para no hacer estallar su mal genio y se concentró en lo que sucedía en las puertas de la escuela. Su hijo estaba por salir.

Aún no comprendía como se había relacionado con esos tipos, y peor aún, por qué no se apartaba de ellos como si fueran la peste.

Si existiese la posibilidad de regresar en el tiempo, lo haría para advertirle a su yo universitario que bajo ningún concepto se acercara a esos hombres. Ellos nunca fueron, ni serían jamás, una salida a su permanente estado de soledad, dolor y angustia. No espantarían las sombras que lo asechaban ni los ojos que lo veían con perversión.

Ellos eran como arenas movedizas, lo engañaban simulando estabilidad para luego arrastrarlo hacia el interior de una caverna profunda de donde nunca escaparía.

Una marejada descontrolada de niños salió a las carreras de la institución. A los del jardín de infantes los ubicaron a un costado para que fueran entregados por sus maestras a sus padres. A ese lugar se aproximó Adam, aunque se detuvo al ver una larga y castaña cabellera batirse con la brisa como si fueran las alas de un ángel.

El brillo que esta produjo al estar frente a los rayos del sol lo cegó.

Una mujer de facciones finas, pómulos marcados, mirada felina y labios carnosos trató de controlarla entre risas. Los niños revoloteaban a su alrededor como abejas junto al panal.

Peter, su hijo de cinco años, era uno de ellos.

La sangre del hombre ardió en sus venas como lava líquida mientras la detallaba. Había quedado prendado con su belleza.

—¿Y esa quién es?

La pregunta de Jeffrey lo sacó de su momento de idílica admiración. Al verlo, descubrió que este también la observaba con interés.

—Penélope me comentó que Sury tendría una nueva maestra. Supongo que se tratará de ella —habló Malcolm, refiriéndose a su esposa y a su hija, y sin dejar de evaluar a la maestra.

Adam volvió su atención hacia la joven y se estremeció al encontrar sus ojos oscuros fijos en él. Por unos segundos quedó perturbado por la

intensidad de su mirada, que era dura y demoledora, como las enormes bolas de hierro que utilizaban para derrumbar los gruesos muros de alguna edificación.

Ella hablaba con Peter. El niño señalaba a su padre.

La mujer permitió que el chico saliera de la escuela cuando Adam hizo un gesto con la mano para identificarse, aunque no separaron sus miradas. Se vieron como si buscaran reconocerse.

—Hola papá.

Adam se vio obligado a cortar la conexión con la mujer para saludar a su hijo con una caricia en la cabeza y quitarle la mochila.

Al ver de nuevo hacia la maestra, la joven ya estaba distraída atendiendo a otros chicos y le daba la espalda.

—Así que esa es la nueva maestra, ¿eh?

El comentario de Jeffrey despertó sus miedos, más aún, cuando él y Malcolm compartieron una sonrisa algo perversa, que fue interrumpida por la llegada del hijo de Jeffrey y la hija de Malcolm. Ambos se vieron obligados a centrar su atención en sus responsabilidades.

Por ironía del destino, aquellos niños estudiaban con Peter, por tanto, Adam estaba forzado a mantener una relación con esos tipos por muchos años. A menos que se mudara de ese pueblo costero, cosa que no pensaba hacer.

El poblado de Machias, asentado en la ribera del río que llevaba su mismo nombre y estaba alejado por más de ciento cincuenta kilómetros de la ciudad de Portland, la más poblada de Maine, era su hogar. Allí cultivó los únicos buenos momentos de su vida.

Para él era su refugio, en cambio, para Malcolm y Jeffrey ese sitio era un simple rincón donde se escondían de las culpas. Eran ellos quienes debían irse, aunque sabía que ese sueño jamás se cumpliría.

—Papá, ¡tenemos nueva maestra! —le comentó Peter con emoción—. Y es muy buena. Nos enseñará a sembrar tomates.

—¿Y ella sabe que ustedes no comen eso? —dijo Jeffrey con burla, lo que hizo que el niño lo viera con el ceño apretado.

—También sembraremos flores —agregó Sury, la hija de Malcolm.

—¿Y cómo se llama esa nueva maestra? —quiso saber el padre.

—Candace —respondió Dexter, el hijo de Jeffrey, sin darse cuenta que ese nombre se clavaba en las mentes de cada uno de los tres hombres por

intereses diferentes.

—Candace —repitió Malcolm en medio de un suspiro de anhelo.

—Sí, Candace —apoyó Jeffrey con tono burlón.

La risa estridente del negro volvió a retumbar despertando de nuevo los nervios de Adam, pero su disfrute se vio interrumpido por la llegada de sus dos hijos adoptivos, de nueve y diez años.

El mayor le informaba que debía asistir al día siguiente a una reunión con el director por una situación confusa que había surgido en clases. Como su esposa se encontraba fuera del pueblo por asuntos de trabajo, él debía asumir esa responsabilidad.

Jeffrey comenzó a discutir con el chico por aquel inconveniente, al tiempo que Malcolm se mofaba de él y alardeaba del buen comportamiento de su hija.

A pesar de que los dos hombres ignoraron por completo el tema de la mujer para ocuparse de otros asuntos, Adam sabía que no lo dejarían pasar. Nunca lo hacían. Y él tampoco se olvidaría de eso.

Al ver que los sujetos tomaban el camino hacia sus autos, giró su atención hacia la escuela, pero Candace ya no estaba a la vista.

Su brillo y su hermosura se esfumaron como si hubiese sido un sol de atardecer que se marchaba dejándole las emociones a flor de piel. Ella era una tarde que se apagaba para dar paso a la noche más fría y cruenta, una donde los demonios podían escapar de sus tumbas y vagar libres.

Candace se fue, de la misma manera en que *Ella* una vez lo había hecho.

Capítulo 2.

Adam preparaba el desayuno de Peter mientras veía en las noticias la nota que hacían sobre el secuestro de un niño de ocho años, en la carretera I-95. Los padres del chico se habían detenido para auxiliar a un camionero accidentado en la vía, durante la noche. Ambos bajaron para evaluar la situación del conductor. Luego de ayudarlo a resolver el desperfecto, regresaron a su vehículo percatándose de que su hijo había desaparecido.

Perdió la noción del tiempo y del mundo que lo rodeaba para imaginar lo que había sido de ese chico.

Por su cabeza se pasearon perturbadoras escenas de oscuridad, frío y débiles halos de luz generados por llamas de velas que danzaban por sobre las paredes sucias. Un olor asfixiante, a sangre y sudor, invadió sus fosas nasales, agitándole la memoria. Sus ruegos de auxilio y piedad se ahogaban con el miedo que ardía bajo su piel y con el dolor que atenazaba cada parte de su cuerpo. Mientras risas descontroladas, de goce y distracción, resonaban al otro lado de la puerta…

—¡Estoy listo, papá!

Se sobresaltó al escuchar la voz de Peter. Del susto soltó el cuchillo con el que había tomado una buena porción de mantequilla de maní para untarle a una tostada, dejándolo caer sobre la encimera. Gruñó por el enfado mientras se ocupaba de limpiar el reguero con una servilleta.

Peter apareció en la cocina, despeinado y con los botones de su camisa cerrados de forma desprolija. Adam lo observó con el ceño fruncido.

—¿Por qué no te peinaste? —se quejó al aproximarse al niño.

—Sí lo hice —comentó este sentándose en la mesa.

Adam le acomodó los botones e intentó ordenar su cabello. Al evaluar mejor su rostro, se enfadó.

—¡Ni siquiera te lavaste la cara!

—¡Sí lo hice, papá! —se quejó Peter fastidiado.

—¿Y por qué la tienes sucia? Veo lagañas en tus ojos.

—¡No lo está! —respondió el chico de mala gana y golpeó la mesa con un puño—. ¡Tengo hambre!

Adam le dedicó una mirada cargada de amenazas que Peter ignoró. Mantuvo su atención retadora en la mesa.

El niño nunca dirigió la cara hacia su padre, solo esperó. Sabía cómo manipularlo. A pesar de su corta edad, aquello se había convertido en su actividad favorita.

El hombre cerró los puños con fuerzas para controlar el oleaje de furia que experimentó. Una humareda de rabias y odios antiguos se alzó en su interior amenazando con cegarlo. Necesitó de algunos segundos para no dejarse llevar por ellos.

Cuando al fin pudo respirar con normalidad, tomó el plato con el desayuno que había preparado y lo acercó a su hijo, apurándolo a terminarlo.

El silencio los acompañó mientras aquello sucedía.

Adam guardaba el almuerzo de su hijo pretendiendo imaginar que nada había sucedido, que la furia no estuvo a punto de hacer de él una marioneta frente al único ser humano que le daba sentido a su existencia.

No podía quedar de nuevo vulnerable. Tenía que encontrar pronto una descarga o la tensión que sumía a su organismo lo rompería en dos y lo llevaría a cometer terribles errores.

Al terminar, regresó con Peter a la habitación para asegurarse de que se lavaría bien la cara y se peinaría con mayor cuidado los cabellos. Mientras el niño hacía esas tareas en el baño, él aprovechó para poner un poco de orden. Recogió la ropa sucia que Peter había dejado sobre la cama y guardó sus pantuflas en el estante de los zapatos.

Ese día iría la señora Piedad a limpiar, una inmigrante mexicana que lo ayudaba con los quehaceres y con el cuidado del niño. A él lo inquietaba que ella encontrara todo desordenado. Temía que en medio de su caos, la mujer descubriera algo comprometedor.

Cuando pasó por el escritorio de su hijo vio el dibujo que había hecho al levantarse, donde salía Peter parado en medio de un jardín junto a una joven de cabello castaño, largo y lacio. Del otro lado se encontraba él.

Ambos adultos lo tomaban de la mano como si fuesen una familia y hasta había corazones dibujados por los alrededores.

«Candace» estaba escrito sobre la mujer y «Papá» sobre él. Aquello le produjo intranquilidad y lo hizo perder la rabia que había acumulado antes.

Desde que había llegado de la escuela el día anterior, su hijo no había hecho otra cosa que hablar de su nueva maestra, de lo cariñosa que era y de lo bien que lo trataba. Ella pegaba estrellitas y corazones en sus actividades como estrategia para animarlo a hacer sus deberes con dedicación, algo que al niño le encantó.

Al escuchar que Peter estaba a punto de salir del baño, Adam acomodó con rapidez el escritorio para esconder el dibujo debajo de algunos libros, como si lo hiciera de la realidad. Luego apuró al chico a dirigirse al auto o se les haría tarde.

De camino a la escuela estuvo pensativo. Peter no había conocido a su madre, ella había muerto cuando él era muy pequeño y Adam jamás se interesó en buscar a otra que supliera aquel rol. Vivían solos en la casa que había pertenecido a sus abuelos, en el extremo oeste de Machías, entre granjas de arándanos y alejados del vecino más cercano por casi medio kilómetro de distancia. Las escasas conquistas que había tenido esos años ni siquiera habían sido del pueblo, sino mujeres a las que conoció en sus viajes de trabajo. A ninguna la quiso para algo diferente al placer que podían darle, desconfiaba de ellas hasta el extremo. Creía que todas eran unas mentirosas manipuladoras.

Hasta el momento, Peter no había presentado interés en una madre. Comenzó a preguntar por ella a raíz de iniciar la escuela y ver que la mayoría de sus amiguitos tenían una y él no.

Adam creyó que habían sido suficientes los recuerdos que le regalaba, aunque fuesen ficticios, pero ahora, por primera vez, el niño mostraba una atracción especial por una mujer expresando su deseo de ubicarla en ese puesto. Él estaba petrificado, no sabía cómo actuar ante esa situación.

Debía hallar alguna manera de quitarle esa idea de la cabeza, más aún, si se trataba de la tal Candace, una mujer que parecía haber llegado para hacerle revivir su peor pesadilla.

El sutil parecido que la nueva maestra tenía con la madre de su hijo lo tenía perturbado. Su mirada intensa, su sonrisa ancha y trasparente y su pelo lo habían fascinado. Sobre todo, ese último detalle.

El recuerdo de su abundante, larga y tersa cabellera lo tuvo atontado por el resto del día anterior y durante la noche, hasta el punto de atormentarlo en sueños con fantasías sexuales que sintió muy reales, pero que terminaban

en tragedias. Se mezclaban con las pesadillas que cada noche lo abrumaban, e incluían mucha sangre, gritos y fuego.

Al llegar a la escuela, Adam bajó para acompañar al chico hasta la puerta y darle un beso como despedida.

—Te portas bien y estudias mucho. Nos vemos en unas horas —dijo al agacharse frente a él para acomodarle la mochila, la ropa y los cabellos.

—¡Peter!

El niño se mostró alegre al oír el saludo de su nueva maestra, quien salió a recibirlo. Enseguida abandonó a su padre para correr hacia ella y abrazarse a sus piernas.

Adam se levantó posando su mirada nerviosa en la joven.

—Señor Bradle —saludó Candace con una sonrisa tierna que al hombre le apretó el corazón.

—Hola —respondió conmovido.

—Lo felicito por su niño. Peter es muy dulce e inteligente.

Adam quedó paralizado mientras la mujer le daba un abrazo apretado al chico, como si lo conociera de toda la vida y lo amara más que a nada en el mundo. Lo sintió como si fuese él el que se hallaba entre los brazos de ella.

—Gracias —se obligó a decir y se aclaró la garganta para calmarse.

Candace dio un beso a Peter en la cabeza y lo animó a dirigirse a su salón. El niño enseguida la obedeció manteniendo una expresión sublime en el rostro.

Al quedar solos, ella encaró a Adam y estiró una mano hacia él.

—No nos hemos presentado. Soy Candace Micklus, estaré realizando unas pasantías en la escuela como maestra de ciencias naturales y promoveré la creación de un jardín y un huerto escolar para inspirar en los niños el amor por la naturaleza y la buena alimentación.

Adam estrechó su mano sin poder evitar estremecerse al sentir su tacto suave y cálido, que le trajo a la mente recuerdos que se esforzaba por olvidar: el del vibrante contacto de *Ella* y la tersura de su piel, su mirada avasallante y su aroma a jazmines.

—Me parece un proyecto excelente. Los niños lo disfrutarán —se esforzó por responder.

—Sí. Ayer estuvimos hablando del asunto y están muy animados, pronto el director les pasará una nota con la manera en la que abordaremos esa tarea. Queremos que los padres y tutores se incorporen también al

proyecto. Para Peter será fascinante que sus dos padres dispongan de un día para ayudarlo a sembrar, eso los unirá aún más como familia.

Adam perdió la sonrisa.

—Peter solo me tiene a mí.

Ella asumió un semblante serio al comprender sus palabras.

—Oh, lo siento mucho —expuso apenada.

—No se preocupe. Es nueva en la institución, no puede conocer las situaciones de todos los niños en un solo día.

—Es cierto, aunque ayer logré una buena compenetración con ellos. —La sonrisa brilló de nuevo en la cara de la mujer, conmoviéndolo—. Peter habla maravillas de usted, lo quiere mucho.

—Sí, yo también lo quiero. Mi hijo es todo para mí —reveló con sinceridad.

Peter era su cable a tierra, su contacto con el mundo vivo. Sin él era una simple entidad sin motivos para vivir.

Candace lo observó con mayor atención, de una forma que a él lo hizo estremecer. En la fijeza de sus ojos felinos parecía haber mucho interés, uno que despertó emociones en Adam que había creído esfumadas de su organismo.

—¡Ey, Adam!

El saludo brusco de Jeffrey Maxwell lo sacó de su ensoñación, irritándolo. El sujeto le palmeó el hombro con rudeza, al tiempo que se comía con los ojos a la nueva maestra.

—¡Dexter!

Ella centró su atención en el hijo de Jeffrey y lo saludó de la misma manera cariñosa en que lo había hecho con Peter, con un abrazo apretado y un beso en la cabeza antes de auparlo a que entrara a la escuela.

Adam se molestó por ese gesto, había esperado que ella tuviera una diferencia con su hijo.

—Vaya, ya se robó el corazón de los niños —aportó Jeffrey repasando a Candace con una mirada lujuriosa que ella parecía no notar, pero que a Adam lo tenía ardiendo por la furia.

—Ellos se robaron el mío —confesó la mujer y le dedicó al hombre una sonrisa igual de especial a la que le había mostrado a Adam. Eso lo hizo sentirse más enfermo.

—Yo también le puedo regalar el mío si lo necesita.

El comentario desatinado de Jeffrey aumentó la diversión de ella, pero irritó más a Adam.

—Ya veremos si hace falta señor…

Candace estiró una mano hacia Jeffrey y esperó a que él se presentara.

—Jeffrey Maxwel. Desde ahora, su súbdito más fiel.

Él tomó la mano de ella y la giró para darle un beso en el dorso sin apartar su mirada hambrienta de su cara. Para sorpresa de Adam, la mujer lo que hizo fue reír con coquetería.

—Candace Micklus, la nueva maestra de ciencias naturales de su hijo.

Jeffrey parecía obnubilado por ella. Sus ojos voraces no podían enfocar otra cosa diferente a esa mujer.

—Bueno, papás, los dejo. Debo ir a ayudar a la maestra titular a organizar a los niños para el inicio de la jornada —se despidió la joven.

—¡Yo voy contigo!

Adam traspasó a Jeffrey con una mirada mortal.

—¿Conmigo? —preguntó ella desconcertada.

—Tengo una reunión con el director por algo indebido que hizo mi hijo mayor ayer. ¿Me indica donde se encuentra su oficina?

—Seguro, venga conmigo —aceptó Candace con ánimo y comenzó a caminar hacia el interior de la institución sin percatarse que los dos hombres se la devoraban con los ojos.

—Esto va a estar muy bueno, Adam. ¿No crees? —dijo Jeffrey sobándose el estómago como si estuviera hambriento y sin dejar de evaluar a la maestra.

Antes de seguirla, dirigió su atención hacia él y le guiñó un ojo con complicidad.

Adam se quedó un instante allí, paralizado por la ira y la decepción. Sus manos empezaron a temblar de forma casi imperceptible.

Desde ese momento comenzó a odiar a Candace Micklus por ser una mujer como muchas otras, igual a *Ella*.

Por eso la creyó merecedora del destino cruel que comenzaba a cernirse sobre su cabeza y decidió no hacer nada por detenerlo.

Horas después, salía del interior del bosque con su pala bien sostenida en una mano y en la otra un maletín de aluminio para guardar muestras. Los zapatos los tenía embarrados casi en su totalidad y su mirada furiosa la tenía clavada en el suelo.

—¡Ey, Adam Bradle!

Aquel llamado lo sobresaltó. Miró aterrado al hombre que lo llamó y retrocedió un paso como queriendo escapar a las carreras.

—Tranquilo, amigo. —Un policía gordo y bigotón se aproximó a él riendo divertido—. No quise asustarte.

—Disculpa, Burns. Venía concentrado en mis pensamientos —respondió, procurando controlar sus nervios.

—¿Estabas trabajando?

—Sí, tomaba muestras de tierra alrededor del río y otras del agua, porque hay denuncias sobre una supuesta descarga de desechos químicos en esta zona —explicó, sin mirarlo a los ojos. Fingió evaluar los alrededores.

Adam trabajaba para la oficina de gestión de residuos del Departamento de Protección Ambiental de Maine. Era quien tomaba muestras del espacio que posiblemente había sido contaminado para determinar el nivel del daño ocasionado.

—¿Y no viste a nadie extraño vagar por aquí? ¿O alguna pista de que alguien estuvo en este lugar?

Se inquietó ante la pregunta y empalideció un poco.

—No. No vi nada ni a nadie extraño. ¿Por qué lo preguntas?

—Una turista tuvo una discusión con su novio ayer en la mañana, porque no quería hacer una excursión por el bosque sin un guía certificado, así que el chico se marchó solo. No saben nada de él dese hace veinticuatro horas. Me toca buscarlo —reveló eso último con fastidio.

Adam alzó los hombros como restando importancia al asunto y se dirigió a su auto para abrir la cajuela.

—Quizás fue al este. Muchos se pierden por ahí buscando la costa de los acantilados.

—Tienes razón. En los mapas que dan en los hoteles pareciera que el camino es sencillo de recorrer, pero el bosque es traicionero.

—¿A cuántos turistas has tenido que rescatar en esa zona? —preguntón con tono gracioso.

El oficial Burns sonrió también, aunque siguió con atención cada movimiento de Adam. A pesar de conocerlo desde hacía varios años, en esa ocasión lo notaba extraño, algo inquieto y de mirada perturbada, y eso despertaba su recelo.

—¿Qué te sucedió en la mano? —quiso saber, al ver que los nudillos le sangraban.

Adam se paralizó un instante sin saber qué responder, pero enseguida se obligó a reaccionar para dejar sus cosas en la cajuela.

—Me caí. Entré en un área pantanosa para tomar unas muestras y resbalé. Me apoyé del puño buscando equilibrio, pero en el fondo había rocas.

El silencio los abordó mientras cerraba la tapa del baúl.

—Deberías ir a que te chequee el doctor Sanders, podrías tener un esguince.

—Bah, no te preocupes. He tenido heridas peores —dijo restando importancia al asunto antes de encararlo—. Debo llevar estas muestras al laboratorio. ¿Necesitas algo más de mí?

Burns negó con la cabeza, aún con el ceño apretado.

—Daré una ojeada por aquí antes de ir a la costa de los acantilados. Nos vemos en otra oportunidad, Bradle.

Se despidieron con un movimiento de cabeza y Adam subió a su auto. Tomó el volante con ambas manos buscando sostenerse de algo para calmarse, no se había percatado que había tenido la respiración algo agitada.

Se miró la mano sangrante y apretó la mandíbula con enfado. Nunca pensó que podría tenerla herida. No debía ser tan descuidado.

Por el retrovisor divisó a Burns internarse en el bosque y puso el auto en marcha. Necesitaba alejarse de allí.

Capítulo 3.

La cercanía del final de la primavera significaba para Adam un suplicio, porque se aproximaba el aniversario de la partida de *Ella*.

En ese tiempo se volvía irritable y paranoico, además, las pesadillas no le permitían conciliar el sueño. Lo que durante el resto del año lo llenaba de satisfacción, como el trabajo o las actividades que compartía con su hijo, en ese tiempo no le producía ni el más mínimo entretenimiento. Vivía solo para amargarse con recuerdos y huir de los fantasmas que lo rondaban.

Salir de casa era una angustia. Creía que lo perseguían y acechaban a cada instante. Prefería estar encerrado y sin otro ser humano en las cercanías que no fuera su hijo, pero por Peter debía salir a relacionarse con el mundo. El chiquillo le exigía más de lo que quería dar y muchas veces, de una forma molesta.

—Papá, ¿iremos a la casa de Dexter? —quiso saber Peter al terminar la práctica de béisbol de ese domingo.

El rostro de Adam se comprimió en una mueca de desagrado.

—Hoy no, hijo. No me siento bien. ¿Qué te parece si te llevo el próximo fin de semana?

Lo que él menos quería era toparse con Jeffrey o con Malcolm y perder el tiempo escuchando las pendejadas que esos dos decían, mientras los niños compartían unas horas de juegos.

Los domingos ellos solían reunirse y comer juntos. Si lo veían acercarse, no lo dejarían marcharse.

—Pero papá, ¡lo prometiste! —se quejó Peter con rostro compungido y empezó a patear el suelo.

—Te lo prometí el viernes al salir de clases porque me sentía bien, hoy estoy cansado y ya he hecho un gran esfuerzo con traerte al entrenamiento de béisbol.

El niño no dejó de quejarse mientras se dirigían al estacionamiento. Lloriqueaba sin parar y Adam procuraba mantenerse sereno para no estallar. Tenía su nivel de paciencia al extremo y no quería asustar a su hijo con

gritos autoritarios, pero el chico se volvía tan exigente que estaba a punto de sacarlo de su límite.

Guardó los implementos de béisbol en la cajuela del auto con la vena que latía en su frente tensa de forma peligrosa. Peter se había ubicado a su lado para berrear de manera incontrolable y golpear el auto, quería hastiar a su padre para que cediera y lo llevara a disfrutar con su amigo en vez de encerrarlo en casa a morirse de aburrimiento, sin nadie en las cercanías. Ya había aplicado esa estrategia en otras ocasiones y siempre le funcionaba.

En el interior del baúl, Adam tenía guardada la pala con la que evaluaba los terrenos donde supuestamente vertían líquidos tóxicos. La insistencia de Peter fue tan aguda, que estuvo a punto de perder el control en el preciso instante en que sus manos soltaron el bolso de los implementos deportivos y pasaron junto a la pala.

Sus dedos temblaron al acariciar la herramienta, con ganas de aferrarse a ella para luego estrellarla contra la cabeza del niño varias veces y así acallar sus inaguantables quejas.

Su llanto lo oía cada vez más sonoro y lo desquiciaba, pero un sonido dulce y vibrante se coló en su subconsciente y esfumó de golpe sus retorcidas ideas.

—¡Peter, ¿por qué lloras?!

El niño enseguida calló y se apartó del lado de su padre para correr hacia su nueva maestra. Buscó consuelo entre los brazos de ella.

Adam se giró para encararla, pero quedó petrificado.

Candace Micklus ese domingo estaba sin maquillaje, se veía naturalmente hermosa. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta y portaba una camiseta deportiva sin mangas que resaltaba su busto generoso, y unos leggings de yoga color chicle que parecían haber sido pintados en sus estilizadas piernas.

La sangre del hombre comenzó a bombear con intensidad endureciendo sus partes flácidas.

—Papá no me quiere llevar a la casa de mi amigo Dexter —bramó el niño, y lloró como si lo hubiesen apaleado.

La joven dirigió su rostro severo hacia Adam y lo traspasó con una mirada llena de reproches. Él apoyó las manos en las caderas y se mordió los labios para no sonreír de gusto. Tenía un fetiche con las mujeres

enfadadas. Se excitaba como un adolescente cuando recibía el odio de ellas necesitando con urgencia arrancarles el gesto con un castigo duro.

Sin embargo, poco le duró el goce. La mirada oscura y punzante de Candace se transformó en segundos en una de preocupación, arrebatándole la fantasía. Algo vio en él que la impactó.

—¿Se siente bien, señor Bradle? Está pálido y ojeroso.

El semblante nervioso de la mujer lo desconcertó. De pronto no supo cómo actuar.

—Ehhh… Hoy me siento muy cansado, creo que estoy por engripar —justificó algo inseguro. Llevaba días sin dormir y comer bien, por eso se veía tan débil—. Hice un esfuerzo por traer a Peter a su entrenamiento, pero necesito descanso y algunos analgésicos.

Candace le sonrió con dulzura y se inclinó frente al niño para explicarle, de forma maternal, por qué debía ser considerado con su padre.

Durante esa charla, Adam la evaluó con descaro y con mirada famélica. Las curvas de cada zona del cuerpo femenino se notaban a la perfección, resultándole fácil imaginar que la tela de las prendas no existía y ella se encontraba completamente desnuda ante él y disponible para cumplir con todos sus antojos.

La urgencia le ardió en la boca del estómago, pero él intentó ignorarla al sonreír con aceptación. No entendía cómo, pero Candace había logrado que Peter cediera y dejara de llorar y patear cosas, y le pareciera interesante su propuesta de ir a casa a hacerle un dibujo sobre las plantas que habían sembrado la semana anterior, que debía entregarle al día siguiente en la escuela.

La analizó con atención sintiendo curiosidad. Peter no era un niño fácil, debía confesar que lo había consentido demasiado volviéndolo caprichoso y altanero, pero ella lo dominó sin inconvenientes.

—Señor Bradle, ¿puedo regalarle un helado a Peter? —preguntó Candace sacándolo de sus pensamientos.

—Ehhh… sí. Falta mucho para comer.

Ella le entregó dinero al niño y lo invitó a acercarse a un carrito cercano para que eligiera la paleta de helado que más le gustaba. Así pudo tener unos minutos a solas con Adam.

—Debo confesarle, señor Bradle, que estoy enamorada de su hijo.

Él sonrió, inquieto, como si aquello por ley natural se extendiera a él.

—Peter es muy amoroso —justificó con orgullo paternal.

—Es admirable que lo esté criando solo y haya logrado un excelente trabajo con él.

—Hago lo mejor que puedo.

—Peter me dijo que no conoció a su madre.

Adam sonrió algo tenso y se cruzó de brazos.

—Ella murió cuando él tenía poco tiempo de nacido.

—Es terrible, pero… ¿ni siquiera tiene una foto de ella?

La mirada que Candace le dedicó parecía retadora. Él no pudo evitar ponerse a la defensiva.

—En realidad, cuando ella y yo nos conocimos pensamos en tener una relación fugaz, solo basada en sexo. Peter fue toda una sorpresa. Cuando empecé a considerar la idea de relacionarme más con ella, murió.

La mujer alzó las cejas con incredulidad.

—¿Y no le quedó nada? ¿Ni siquiera el carnet del seguro social?

Él apretó la mandíbula.

—Ella nos abandonó. —La noticia impactó a Candace—. Decidió irse un día llevándose todas sus cosas, sin dejarnos siquiera una carta de despedida, pero el vehículo donde viajaba cayó por un despeñadero y se prendió fuego. No quedó nada. Ni del auto ni de los tripulantes.

—Qué historia tan trágica, señor Bradle. Lo siento mucho —expuso asombrada—. Disculpe que sea tan insistente, pero… ¿ni siquiera consiguió un recuerdo de ella a través de los familiares de la mujer? Porque, supongo que ellos saben de Peter, ¿cierto?

En ese punto de la conversación, Adam no sabía cómo disimular su irritación. No era la primera vez que le preguntaban esas cosas, pero ese día no estaba de ánimos para soportar la curiosidad de otros.

—No, señorita Micklus. Aunque le sorprenda, los familiares maternos de Peter no saben nada de él porque su madre nunca quiso decirles nada. Ella no tuvo buena relación con ellos y yo preferí dejarlo así.

Adam vio que Peter regresaba del puesto de helados comiendo una paleta de frutas, así que se ocupó en cerrar la cajuela para marcharse. Le urgía desaparecer… o hacer desaparecer a todos.

Candace, al verlo tan molesto, se apresuró por buscar una forma de disculparse.

—¿Me acepta un café?

Adam se giró para observarla con desconcierto.

—¿Perdón?

—Alguna de estas tardes, luego de clases, ¿me aceptaría un café? No quiero que me vea como una metiche, mi intención fue conocerlo un poco y hacer amistad con usted. De verdad admiro el gran trabajo que hace con Peter.

Él la observó de pies a cabeza, con interés. Esa propuesta modificó por completo sus emociones.

—Disculpe mi reacción, no es la primera que me hacen ese tipo de preguntas. A mucha gente le intriga los motivos por los que mi hijo no tiene algún recuerdo de su madre. Solo que hoy no me siento del todo bien.

Ella se mordió el labio inferior mientras pensaba en las palabras que quería decirle. El gesto alteró las emociones de Adam e hizo palpitar su excitación. Tuvo que disimular su estado modificando su postura.

—Lo entiendo, pero acepte mi invitación. Así nos conocemos mejor un día en que esté más animado.

—Me encantaría.

Ambos sonrieron y compartieron miradas que parecían un abierto debate, pero Peter llegó hasta ellos interrumpiendo su silencioso intercambio. Candace lo abrazó y besó su cabeza con dulzura antes de despedirse y continuar con su trote.

Adam la siguió con la mirada mientras hacía entrar a su hijo dentro del vehículo, muy interesado en lo que veía.

A pesar de que Candace Micklus había llegado en el momento menos oportuno de su existencia, él elucubraba las maneras más factibles de adueñarse de ese cuerpo, de la larga cabellera que se batía con cada paso que la mujer daba y de su existencia, quedándosela solo para él.

Ella había cometido un serio error: fascinarlo. Una vez que él quedaba prendado de una mujer no existía fuerza de la naturaleza que se interpusiera para alcanzarla, aunque luego la alejaba.

Sentía gran atracción por el cuerpo femenino, por sus curvas delicadas y sus profundidades, pero desconfiaba de ellas como personas.

Las veía como a mantis religiosas: insectos voraces que eran los reyes del camuflaje, capaces de mimetizarse con el ambiente que los rodeaba para esconder sus verdaderas intenciones. Para Adam, las mujeres eras unas caníbales sexuales, con un instinto depredador imposible de controlar.

Había conocido a muchas de esas mentirosas y convivió por años con la peor de todas. Se creía un experto en la materia, pero ya una vez lo habían engañado utilizándolo como a una marioneta, traicionándolo.

No estaba dispuesto a caer de nuevo en el mismo error, aunque tampoco quería perder la oportunidad de su vida.

Candace lo provocaba y él tenía ganas de dejarse arrastrar por ella. Al menos, por la curiosidad de saber hasta dónde podían llegar.

Pensaba en eso mientras ocupaba su puesto frente al volante y encendía el motor. Peter se había ubicado en el asiento trasero, y callado para su propio bien. Adam se disponía a salir del estacionamiento cuando percibió una cabellera larga y castaña batirse con el viento a un costado de la calle. Por instinto la siguió con la mirada, viendo cómo se perdía entre los vehículos aparcados.

El corazón le bombeó con ansiedad, embargado por una súbita emoción que a cada segundo se hacía más poderosa. Abrió la puerta y se bajó con intención de correr hacia la figura, pero Peter lo detuvo al hablarle.

—Papá, ¿a dónde vas? ¿No íbamos a casa?

Adam quedó paralizado un instante, confundido y asustado. *Ella* cada vez se hacía más visible. Estaba dispuesta a llevarlo a la locura.

Capítulo 4.

Como todas las tardes, Adam se detuvo cerca de la puerta de la escuela mientras los chicos salían de clases. La gran diferencia era que en ese momento no esperaba por Peter. Minutos antes, el mundo al fin se había aliado a su favor.

En vez de ir Jeffrey a buscar a sus hijos, quien acudió fue Lorena, la madre de los chicos, una mujer negra de carácter temperamental, pero bastante amorosa con los niños.

Adam necesitó de pocos segundos para convencerla de llevarse a Peter a su casa para suplir la fallida tarde de juegos del domingo. Ella aceptó al ver que los niños insistían en estar juntos.

Como a la mujer ese día le tocaba trabajar desde casa, la presencia de Peter le aseguraría que su hijo estuviese distraído jugando con su amiguito y no revoloteando a su alrededor, exigiendo atención. De esa forma se concedía un poco de tranquilidad y a Adam unas horas de libertad.

Él llevaba varios días compartiendo con Candace sonrisas cómplices que disimulaba frente a Malcolm y Jeffrey. No quería que alguno de ellos le fastidiara aquella conquista, como siempre lo hacían. La veía a diario, al inicio y al final de la jornada de clases, disfrutando desde la lejanía de su rostro dulce y de su mirada profunda. No hablaban más allá de un saludo y con cierta timidez, ella parecía sonrojarse frente a él, demostrándole con esa actitud que la afectaba de alguna manera. Quizás de la misma forma en que lo hacía con él.

Eso le confirmaba la posibilidad de no equivocarse al elegirla, aunque prefería relacionarse con mujeres fuera de su círculo más cercano, con Candace no podía evitarlo. Ella tenía que ser para él.

En esa ocasión, para su tranquilidad, ni Malcolm ni Jeffrey se hallaban en las cercanías. Tenía puerta franca para acercarse a Candace y abordarla. Era hora de cobrarse la deuda que la nueva maestra tenía pendiente con él.

—Hola —la saludó cuando la joven entregó al último niño que tenía a su cargo.

—Hola.

—¿Sigue en pie la invitación para tomar un café?

Candace sonrió con amplitud y repasó los alrededores como si buscara a alguien.

—¿Y Peter?

—Pasará la tarde con la familia de Dexter.

A la mujer la dominó un semblante divertido.

—¡Qué conveniente! Así estará libre —sonrió coqueta—. Es buen momento para tomarnos ese café que le ofrecí hace unos días —respondió animada, sin darse cuenta lo mucho que acrecentaba las ansiedades en él—. ¿Puede esperarme unos minutos?

—Seguro, estaré en mi auto.

Adam esperó paciente el tiempo que ella necesitó para terminar con sus tareas. Cuando se reunió con él, se sintió poderoso. Candace se había soltado la trenza en la que tuvo atados los cabellos y los dejó en libertad, como a él le gustaba, y hasta se había retocado el maquillaje. Incluso, podía percibir el aroma de un perfume floral rodeándola. ¿Serían jazmines?

Ese olor por poco le trastornó la mente con amargos recuerdos, pero se esforzó por ignorarlos para disfrutar de la ocasión. Era evidente que la chica se había preparado para esa cita con intención de agradarle.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó ansioso, rogando porque ella le diera la dirección de la posada donde se residenciaba.

—En la calle Main hay una cafetería que he querido visitar desde que llegué a este pueblo.

Él sonrió con dificultad. Aquel era el lugar más popular de Machias y estaba ubicado en la calle principal.

Era un sitio de visita obligada para nativos, turistas y por aquellos que solo estaban de paso, muy atractivo y popular, pero sin nada de intimidad.

Aunque ese último detalle le molestó, había logrado un primer contacto con la mujer fuera de la temática de la escuela. El resto llegaría luego.

—Bien, vayamos a ese café —dijo resignado y puso el auto en marcha.

El café estaba asentado en lo que antiguamente había sido una estación de servicio, rodeada en su mayoría por paredes de vidrio, lo que le daba al establecimiento un ambiente vintage muy iluminado.

Ofrecía una enorme variedad de mezclas de bebidas, siendo uno de los favoritos de Adam, aunque él solía visitar el negocio solo para comprar

cafés para llevar. No se quedaba en alguna de sus mesas porque no era fanático de estar a la vista de todos sus vecinos.

Mientras entraban, Adam perdió la sonrisa al ver un cartel pegado en una de las columnas del establecimiento. Un turista se había perdido en el bosque colindante, había una foto que mostraba su cara sonriente y debajo indicaban la ropa y las pertenencias que llevaba la última vez en que lo vieron.

Su novia ofrecía una recompensa a quien pudiera dar información de su paradero y dejaba apuntados varios números telefónicos.

Recordó su encuentro con el comisario Burns en el bosque y se sintió inquieto, aunque supo disimularlo para no empañar su cita. Candace se mostraba tan abierta y alegre por estar con él, que le hacía pensar que había esperado con ansias ese momento. Si sabía aprovechar la ocasión, lograría conquistarla.

—Señor Bradle, ¿pedirá lo de siempre? —quiso saber el mesero cuando él y Candace ocuparon una mesa.

—Sí, pero no para llevar. Lo tomaré aquí.

Candace arqueó las cejas, mostrándose sorprendida.

—¿Qué es lo de siempre? —preguntó curiosa.

—Un cappuccino Freddo.

Ella asintió con aprobación.

—¿Eres de los que prefiere el café frío?

Él sonrió travieso.

—Sí, me encanta.

Compartieron una mirada profunda, de esas que anhelaba escarbar en el interior del otro.

—En ese caso… —Ella dirigió su atención al mesero—. Para mí un latte de vainilla y romero y unas muestras de masas finas, por favor.

Mientras el hombre iba por el pedido, Adam la calcinó con una mirada gélida. Candace no llegó a observar su gesto por revisar su teléfono móvil, que había sonado anunciando la llegada de un mensaje.

Ella respondió con rapidez y enseguida lo apagó y guardó en su cartera. Al regresar su atención a él, Adam se había obligado a suavizar su expresión.

—¿Latte de vainilla y romero?

Candace sonrió divertida.

—Soy una mujer de plantas, no puedo evitar incluirlas en todo lo que hago. Hasta en mis comidas.

Él respiró hondo y se incorporó en la silla para retomar su actitud risueña a pesar de la incomodidad que sentía.

—Así que eres una chica de naturaleza.

Ella se mostró orgullosa.

—Sí, desde niña he amado todo lo que tiene que ver con la naturaleza, y con los niños, por eso estudié para ser maestra de ciencias naturales.

—¿Te graduaste hace poco?

—En realidad… aún no estoy graduada. Hago mis pasantías. A finales de este año espero recibir mi título profesional. Luego quisiera especializarme en botánica.

—Más plantas —bromeó él.

—¡Larga vida a las plantas! —exclamó ella arrancándole risas y haciéndolo sentir relajado.

—¿Y cómo va el proyecto del jardín escolar?

Candace pareció iluminarse con esa pregunta. Era evidente que amaba hablar del tema.

—Bien, aunque un poco lento para mi gusto. Los niños están muy animados, pero el director pone muchas trabas. Mi plan era iniciar la siembra al llegar a la escuela para de esa forma incentivar las actividades dentro de las aulas, como charlas, lecturas conjuntas, talleres de manualidades para el jardín con materiales reciclados… —Suspiró con pesadez antes de continuar—. Pero durante mis primeros días de clases cambiaron casi todo el programa que había preparado.

—¿Quién? —quiso saber, interesado.

—El director.

—¿Y por qué hizo eso?

Tuvieron que interrumpir la charla por la llegada de las bebidas. Esperaron a que el mesero se marchara para continuar.

—Le gustó mucho mi propuesta, pero se le ocurrió afiliarla a una fundación que promueve la creación de jardines y huertos sostenibles en las escuelas del estado. De esa manera conseguiríamos financiación para realizar un trabajo más grande, con invernaderos, granjas orgánicas y laboratorio para el estudio de diversas especies.

—Vaya, será al final un trabajo para la comunidad —aseguró él dando un trago a su bebida.

—Sí. Te confieso que es grandioso, me fascina la idea, pero eso modifica por completo mi programa, porque esto es parte de mi tesis. Ahora debo ajustar todo con mi tutor universitario.

—Solo le darás inicio a un proyecto grande.

—No es una mala idea, me gusta saber que iniciaré algo que será de gran utilidad para el futuro de la escuela y de esta comunidad, pero me ha tocado readaptar mi trabajo y debo esperar a que la universidad me apruebe el cambio.

—¿Y si no lo aprueban?

—No sé qué haré, pero el señor Parker se está encargando de eso, ya que por su culpa he tenido que modificar todo mi plan —habló en referencia al director de la escuela.

—Ryan es muy convincente —aseguró Adam mientras se limpiaba las manos con una servilleta—. He trabajado con él en otros proyectos. Su esposa heredó hace unos años una fábrica de pinturas y yo he manejado sus permisos para el traslado de los desechos tóxicos que produce y superviso el reciclaje de residuos. Sé que cuando a él se le mete una idea en la cabeza no descansa hasta verla realizada.

—Sí, eso me ha parecido —comentó ella dando una probada a una tartaleta de crema y arándanos.

—Yo trabajo para el Departamento de Protección Ambiental, podría conseguirte una cita para gestionar un programa de compostaje escolar que te ayudará a acelerar la creación del huerto en espera a la construcción del invernadero —sugirió Adam—. El gobierno cubre todos los gastos en cuanto a materiales y entrenamiento, y de seguro colaborarán con el resto del trabajo. Si Ryan y tú arman una buena propuesta, yo me aseguraré de que la aprueben.

Candace amplió los ojos y la boca en toda su extensión, impactada por lo que había dicho.

—¡¿Lo harías?!

—Cuenta con eso.

A él le fascinó la expresión de alegría que mostró la joven, tanto como la pasión que imprimía a ese tema. Hablaron por más de hora de aquel

asunto, de ideas, aspiraciones y de tareas pendientes, quedando prendado por la manera en que ella se expresaba.

Le encantaba la gente que amaba lo que hacía, que veía su trabajo más como un reto que como un tediosa responsabilidad. Por ese momento se permitió sentir una atracción mejor direccionada hacia la nueva maestra, sin ningún pensamiento turbio o desconfianza, viendo la posibilidad de hacerse más cercanos.

El ligero parecido físico que Candace tenía con la madre de su hijo ya no le resultaba una cruel ironía, ni las similitudes que le erizaban la piel, como su aroma a jazmines, o la preferencia de la chica por el latte de vainilla y romero, el mismo que *Ella* siempre había elegido.

¿Qué probabilidades había de que dos mujeres distintas, y sin ningún tipo de conexión entre ellas, pudieran compartir la misma forma de sus labios y la de los ojos, la fiereza en la mirada, la belleza de una melena larga y salvaje, su perfume y su gusto por un mismo tipo de bebida?

Si se lo pensaba mejor, no eran muchas las semejanzas. Las diferencias, en cambio, podrían extenderse como el cielo despejado que se imponía ese día sobre aquel poblado, solo tenía que darle una oportunidad para conocerla mejor.

Debía dejar de ser tan paranoico o terminaría enfermo por culpa de sus miedos y culpas.

Se esforzó por dejar de lado sus aprehensiones para deleitarse con la conversación. Candace lo seducía con una charla sobre plantas, niños y vegetales recién cosechados. Se olvidó, incluso, que se hallaba en el punto más céntrico y visitado del pueblo, a la vista de todos.

Reparó en eso cuando escuchó una vocecita conocida resonar dentro del establecimiento.

—¡Papá, compremos un cheesecake de moras!

Cada fibra del cuerpo de Adam se tensó y sus manos se cerraron en puños por instinto. Todas sus obsesiones volvieron a atormentar su cabeza, más aún, al ver que Candace detenía su parloteo y ensanchaba la sonrisa.

—¡Sury! —saludó con excesiva alegría a la niña y esta corrió hacia ella para darle un abrazo.

Adam se irguió en la silla, quedando tan rígido como una barra de hierro. Sobre todo, cuando una mano gruesa y pesada se posó sobre su hombro. Al alzar la mirada vio el rostro desagradable de Malcolm.

En ese momento odió encontrarse allí y mostrarse, una vez más, tan vulnerable.

Capítulo 5.

Con esfuerzo, Adam convenció a Candace de pagar él los cafés, así pudo quedarse unos minutos a solas con Malcolm en la barra del establecimiento mientras ella acompañaba a Sury al auto de su padre. La niña quería enseñarle la nueva consola de videojuegos que le habían comprado ese día.

—¿Qué está sucediendo aquí? —quiso saber Malcolm luego de entregar su tarjeta de crédito al encargado.

—Nada —respondió Adam con sequedad, al tiempo que guardaba la suya en su billetera.

—Oh, vamos. Somos amigos, ¿no es así?

La sonrisa irónica del tipo irritó a Adam. Apretó la mandíbula para no escupirle en la cara que jamás sería amigo de un sujeto como él.

—Solo… me la encontré de casualidad en el pueblo y le brindé un café. Está preparando con Ryan un proyecto para solicitar un programa de compostaje al Departamento de Protección Ambiental, para ese asunto del huerto escolar. Los ayudaré a que le aprueben el plan —justificó como si no le diera importancia al asunto.

Adam le dio la espalda para salir de allí y escapar de la mirada evaluativa de ese hombre, así como de sus preguntas incómodas. Él no tenía por qué darle explicaciones de lo que hacía, mucho menos, permitir que husmeara en su vida. Debía comenzar a poner altas barreras entre ellos.

Malcolm y Jeffrey lo manipulaban a su antojo, para llevarlo por el camino que ellos decidían. Era hora de parar esa costumbre.

—A Jeff le gusta —comentó Malcolm al llegar a él. Se apresuró por alcanzarlo luego de cancelar su pedido.

La notica comprimió el estómago de Adam en un nudo de rabias y frustraciones. Se detuvo en medio de la acera para encararlo y dirigirle cientos de advertencias con su postura.

—¿No quedamos en que en Machias debíamos evitar hacer esas cosas?

El otro lo enfrentó con actitud desafiante e hizo brillar en sus ojos una amenaza.

—Disculpa, pero ¿alguien te está incluyendo en algo? —La ironía presente en la voz de Malcolm enfadó aún más a Adam. El hombre se aproximó más a él para hablarle de forma confidencial—. Aunque, si quieres participar, sabes que serás bienvenido.

Por un instante mantuvieron un abierto debate, como si fuesen dos depredadores a la espera de un movimiento en falso del otro para saltar sobre él y arrancarle la cabeza de un solo mordisco.

Fue Malcolm quien llegó a moverse, pero Adam no se atrevió a hacer nada en su contra ya que se hallaban en la calle y a plena luz del día. Había demasiados testigos.

—¿Tienes algo que decir sobre esto?

La pregunta del hombre empalideció a Adam y le hizo perder su postura pendenciera. Él señalaba hacia el cartel del turista perdido.

Con una sonrisa de suficiencia en el rostro, Malcolm siguió su camino hacia su auto, sin esperar una respuesta. La cara de espanto de Adam aclaraba todas sus dudas. Lo conocía bien. Además, Candace en ese momento regresaba con Sury tomada de la mano, ambas conversaban muy animadas sobre los videojuegos que se podían jugar en esa nueva consola.

Al estar junto a ellas, Malcolm se quitó la boina que llevaba puesta e hizo una reverencia teatral hacia la mujer.

—Maestra, fue todo un placer haberla saludado.

Ella se carcajeó por su gesto, así como la niña. Adam los veía irritado.

—A mí también me encantó encontrarlos. Tiene una hija preciosa, señor Conrad, lo felicito —dijo la mujer, y encerró a Sury en un abrazo para besar con dulzura su cabeza.

Adam apretó los puños y la mandíbula. Se percató que Candace, al final de cuentas, era igual a todas las mujeres que había conocido: una manipuladora. Trataba a todos por igual solo para ser agradable. No era especial con nadie.

—Oh, gracias. Debo confesar que se parece a su madre, de mí solo tiene el apellido.

Adam entrecerró los ojos al ver las muestras exageradas de galantería que Malcolm ponía en práctica frente a Candace, solo para atraerla, y que a ella la hacían reír con estridencia. De haber sido de otro modo la situación, hubiese intervenido para apartarla de él y de todos los sujetos miserables

que habitaban el planeta, pero no se movió de su sitio al sentirse defraudado.

Ella se ganaba a pulso el destino que le esperaba.

Desde ese día no volvió a buscarla ni a invitarla a salir. Procuró mantenerse al margen y ocuparse de sus problemas. De esa forma no provocaba otros encuentros desagradables.

Cuando no estaba en el trabajo, o llevando y trayendo a Peter a la escuela, se encerraba en casa, ocupado en alguna actividad. O eso intentaba. La ansiedad lo corroía cada vez más, volviéndolo un tipo inestable emocionalmente.

En las noches, cuando a Peter le costaba dormirse, le preparaba una bebida caliente a la que le agregaba unas gotas de algún somnífero. Vigilaba desde las sombras su comportamiento hasta que lo veía caer vencido por el sueño, luego lo llevaba a la cama y después se disponía a recorrer la casa descalzo, sin hacer ningún tipo de ruido, como si fuese un ladrón al acecho. De niño se había especializado en ser sigiloso.

No encendía ninguna luz ni abría las cortinas. Las ventanas las aseguraba con cerrojo, así como las puertas. Antes, para él resultaba un suplicio estar encerrado, ahora, sabía moverse entre las penumbras, tan cauteloso como un fantasma.

Junto al garaje se hallaba una entrada hacia el sótano. Esa parte de la casa estaba prohibida para su hijo.

«Allí hay cosas de trabajo y trastes viejos», le explicaba siempre. «Todo está apilado. Si entras, algo podría caerte encima y lastimarte», con esa excusa justificaba el hecho de haber colocado un grueso candado en la puerta.

Si quería entrar, lo abría con sumo cuidado. A pesar de estar casi solo en la casa, con su hijo bien dormido gracias a las drogas que le suministraba y con el vecino más cercano a casi medio kilómetro de distancia, él evitaba ser escuchado.

Aprendió que el silencio era el mecanismo más eficiente de defensa. Si hacía algún ruido, descubrirían su ubicación y lo sacarían a los golpes de su escondite para darle un castigo implacable.

Por la oscuridad era imposible ver los escalones que llevaban al sótano, pero Adam no necesitaba ninguna luz. Él tenía grabada en su memoria la distancia y profundidad de cada uno, jamás tropezaría ni resbalaría al bajar.

Al llegar a la estancia, lo recibió el sonido metálico de la caldera, que se encendía cada cierto tiempo. Luego de avanzar unos cuantos pasos, la habitación se iluminó con una luz tenue, facilitada por una bombilla vieja y opaca.

Adam pudo ver la cama que había instalado en el medio del cuarto, entre cajas y enseres sin uso. Un orinal se hallaba a sus pies, lleno de restos fecales, y una mesa con una palangana de peltre como lavabo, que contenía agua sucia y un trapo manchado con sangre, se encontraba un poco más alejada.

También divisó la mesita auxiliar repleta de medicamentos que nadie controlaba y platos sucios con restos de comida a los que les sobrevolaban algunas moscas. Sin embargo, nada de eso le causó tanto asco como el cuerpo lánguido que descansaba sobre el colchón, semicubierto por una sábana desgastada.

—¿A qué vienes? —preguntó una mujer, o lo que quedaba de ella. Lo que se hallaba sobre la cama eran solo huesos cubiertos por una piel traslúcida.

—Solo quería saber si ya habías muerto.

Ella emitió una risa suave, aunque macabra. A pesar de su mal estado, podía hacerla resonar con el mismo tono petulante e irónico de antes.

—Tú no me dejas morir, Adam. Si aún sigo viva, es por tu culpa.

Él la miró con odio y sintiendo asco por su estado deplorable. Era tanto el desprecio que sentía por esa mujer que le resultaba imposible sacársela de la cabeza, dejar de pensar en ella o escuchar su risa maldita en cada lugar al que iba.

—Te sacaré de mi vida así tenga que extirparme la parte del cerebro que aún te recuerda.

Con rabia pateó el balde que se hallaba junto a la cama, donde la mujer escupía y vomitaba, regando su contenido por la habitación.

Adam regresó a las escaleras mientras el sótano se oscurecía de nuevo y aquella figura se difuminaba en el aire, aunque no lo hacía su risa. Esta se quedaba retumbando a su alrededor.

—¡Recuérdalo, Adam: tus errores te perseguirán siempre y te llevarán consigo!

Salió con prontitud de aquel lugar y cerró de nuevo el candado. Sus manos temblaban por la rabia y el miedo.

Se sintió tan abatido que al terminar de asegurar esa habitación no pudo moverse, solo recostó la frente en la madera y cerró los ojos.

Como si fuese una película de terror, recordó los momentos en que su madre, dominada por el hambre y la necesidad de dinero, lo vendía al mejor postor. Lo encerraba en un cuarto oscuro para que no escapara, dejando entrar luego a aquellos que pagaban por él para saciar sus más bajos instintos.

Ellos lo dejaban golpeado, rasgado por dentro y por fuera, sangrante y húmedo por el sudor y las lágrimas. Allí se quedaba por horas, mientras su madre reía con estridencia al otro lado de la puerta en medio de sus celebraciones.

Para ella, él solo fue un objeto que le sirvió para ganar unas cuantas monedas. El amor que un día le entregó lo olvidó por culpa de sus enfermedades mentales, de las drogas, la desdicha y la miseria.

Había días en que le abría la puerta, pero él no podía salir. Estaba tan maltratado que le resultaba imposible levantarse, quedando acostado sobre su propia sangre. La mujer solo entraba para dejarle comida cerca y enseguida se marchaba. Nunca le obsequió una atención diferente, porque su mente estaba tan fracturada que era incapaz de asimilar algún sentimiento.

—No estás aquí. No estás aquí —repitió, intentando convencerse de esa idea para olvidarla, pero seguía sintiéndola allí, a su lado, haciendo retumbar su risa de burla en su oreja.

«Tus errores te perseguirán siempre y te llevarán consigo».

Ella no solo lo volvió una piltrafa viviente, condenó su existencia para siempre. Lo ató a los fantasmas de sus errores, a una vida signada por el miedo y la ira. Lo hizo un ser ahogado en sus odios, que lo único que hacía era repetir sus faltas una y otra vez.

Apretó los ojos con fuerza para soportar el profundo dolor que invadió su alma. Trató de asfixiar el llanto, porque no quería hacer ruidos. Si lloraba muy fuerte, sus demonios lo ubicarían y lo sacarían de su escondite.

Para descargar sus amargas emociones golpeó la puerta con un puño, pero una risa tierna cortó de golpe su sufrimiento y lo puso en alerta.

Repasó con cara de espanto el pasillo oscuro, oteando las sombras. Siluetas delgadas y de largos cabellos se movían en los rincones o corriendo de un lado a otro.

«Adam», «ayúdame», «¡ven!», «no lo hagas», susurraban con apremio y súplica, llenándolo de angustia.

Ellas cada vez se acercaban más y más, acorralándolo. Algunas le hablaban al oído, otras lo rozaban con sus vestidos o sus cabellos.

—¡Adam!

Todo se silenció cuando *Ella* apareció en el borde del pasillo, junto a la puerta que daba a la sala. No veía su rostro, pero sí su figura esbelta y humeante, desnuda y semicubierta por su larga cabellera.

—¿Dónde está él? ¡Devuélvemelo! —gritó, llenándolo de angustias.

La mujer corrió en dirección a las escaleras con movimientos espectrales. Adam la siguió gritando un «¡NO!» que pudo haberse escuchado en todo Maine.

No se detuvo hasta llegar a la habitación de Peter y lanzarse sobre el niño para abrazarlo de forma protectora. El chico ni se inmutó por estar sedado.

Con la respiración agitada evaluó la habitación, nada se veía, solo oscuridad. Adam se acurrucó en una esquina con su hijo en brazos, se sentó en el suelo y lloró como si fuese un niño pequeño al que habían abandonado en la calle.

Se aferró a Peter como si él fuese su única posibilidad de sobrevivencia, y, en realidad, lo era. Para Adam no existía otro motivo de vida. Perderlo a él sería igual a perder la capacidad para respirar.

Pasó horas en ese rincón, sin dormir, acunando a su hijo. Le susurraba al oído canciones de cuna para que tuviera un sueño tranquilo.

Jamás permitiría que nadie se lo quitara, mucho menos, una mujer. No dejaría que alguien lo dañara como lo habían hecho con él, hasta desangrarle las entrañas.

Allí permaneció, incluso, cuando el sol comenzó a despuntar en el horizonte y la luz que lograba escurrirse entre las cortinas iluminaba una casa solo habitada por ellos dos.

Esa era su condena.

Capítulo 6.

A la semana, Adam recibió una invitación de la escuela para una jornada de siembra junto a los niños y pensó en ignorarla, pero Peter no se la puso fácil. El niño insistió tanto que casi lo volvió loco. Lloró y pataleó tumbado de panza en el suelo mientras su padre lo observaba con mirada psicópata, soportando las ganas de tomarlo por los cabellos y arrastrarlo hasta el patio para enterrarlo vivo.

Se llenó de paciencia para acudir con él a la cita mientras rogaba no encontrarse con sujetos desagradables. Sus esperanzas cayeron al piso al entrar en el aula.

—Tú sí que no puedes escapar de esta, ¿no? —lo molestó Malcolm hablando en voz alta para que todos lo escucharan. El hombre estaba parado junto a una ventana, conversaba con el abuelo de uno de uno de los chicos de la clase—. A mí me obligaron porque Penélope tiene hoy consulta con el dentista, pero tú no puedes sacar ninguna excusa.

Adam prefirió no responderle, no entendía por qué a ese tipo le gustaba tanto mostrar las limitaciones de otros. Todos en ese pueblo sabían que él era padre soltero y no tenía a otros familiares ni allegados que le dieran una mano con la crianza de su hijo.

—¿Jeffrey no vino? —preguntó para cambiar de conversación, y viendo a Lorena reunida con otras mamás al fondo del salón.

—Al parecer, se le presentó un problema en el trabajo y le fue imposible venir.

Aunque a Adam le extrañó la falta del sujeto, que no solía perderse ninguna de las actividades escolares y menos ahora, que había una maestra nueva e interesante, sintió alivio al no tenerlo allí. Su personalidad narcisista e irrespetuosa le irritaba.

—Nos tocará dar la cara por nuestro género.

Adam resopló por el comentario de Malcolm, que hacía referencia al hecho de que solo habían asistido tres hombres y el resto eran mujeres, como si aquello fuera la invitación a una guerra de sexos y no a un compartir con tintes ecologistas. Él siempre pensaba en competir de alguna manera.

Para su tranquilidad, fueron muchas las tareas que tuvieron que llevar a cabo esa tarde y los mantuvo distraídos… y distanciados.

El director y un pequeño grupo de vecinos que asistió como voluntarios se unieron al trabajo, contando con varias manos adicionales que hicieron de aquella jornada una ocasión activa y entretenida.

Adam se percató que en esa oportunidad Candace se enfocaba en relacionarse con las madres y tutoras de los niños. Lorena no era la excepción. Solía estar más tiempo con ellas.

Malcolm esperó a que la maestra estuviera con la esposa de Jeffrey para abordarla. Lorena conocía las mañas molestas del hombre, por eso se apartó enseguida dejándolo a solas con Candace.

Con descaro él la seducía, a pesar de estar a la vista de vecinos y amigos que podían hacer comentarios mal intencionados. Adam sabía que Penélope ignoraría esas habladurías. Ella nunca le reclamaba nada a su esposo aunque los chismes fuesen intensos, evitaba crear líos en su matrimonio; y Candace no parecía interesada en rechazarlo para detener alguna confusión. Se veía muy a gusto con sus insinuaciones.

—¿Qué me dice de esto, maestra? Hay frutas que son tan sensuales que no provoca comerlas.

Malcolm había tomado de la cesta de los tomates dos ejemplares de apariencia sugestiva: uno poseía una hendidura en la mitad de su cuerpo y el otro un brote que asemejaba un pene erecto. Jugueteaba con ellos para hacer reír a Candace, sin cuidar si había niños en las cercanías que podían verlo o escucharlo.

—Señor Conrad, no sea pícaro, y deje esas cosas en la cesta o tendremos problemas —advirtió ella mirando con precaución los alrededores, aunque sin dejar de mostrarse divertida.

—Lo haré con una condición —exigió aproximándose a ella y traspasándola con una mirada salvaje.

—¿Cuál?

—Que comiences a tratarme con confianza y me llames por mi nombre.

La mujer aumentó la sonrisa, gesto que casi enferma a Adam.

—Está bien, Malcolm. Te tutearé si así lo quieres, pero deja las travesuras.

Desde ese momento, él se mostró más dócil, a pesar de no minimizar en ningún momento su actitud seductora. Adam intentó evitarlos y centrarse en

las responsabilidades que le daban, y en su hijo, pero le era difícil no seguir los movimientos de la chica. Esa mujer lo tenía hechizado por completo.

—El éxito de esta actividad, en parte, es gracias a ti —le dijo ella cuando él estaba solo en los lavabos del patio. Limpiaba los implementos que había usado Peter en la siembra.

Candace apoyó su mano en el brazo del hombre para quedar más cerca. Cuando Adam sintió su toque caliente, sus músculos se tensaron como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—¿Gracias a mí? —preguntó confuso y buscó disimular su nerviosismo.

—Si no me hubieses conseguido esa cita con el director de la División de Sostenibilidad del Departamento de Protección Ambiental, no habríamos obtenido lo necesario para esta jornada, y para iniciar el huerto escolar.

Él sonrió inquieto.

—Solo hice una llamada, el resto fue gracias a la excelente gestión que Ryan y tú llevaron a cabo.

—¿Siempre eres tan humilde?

Resopló divertido.

—No tengo ni un gramo de humildad.

—No es lo que yo he observado.

Candace le dedicó una mirada tan intensa que logró traspasar cada una de las barreras que él había instaurado para ella y le hizo olvidar lo que había ocurrido con Malcolm minutos antes. Esa mujer alcanzó a tocarle las fibras nerviosas más lejanas hasta hacerlo estremecer de gusto y excitarlo como a un quinceañero.

La vergüenza le coloró las mejillas al darse cuenta que se hallaba dentro de una escuela primaria, rodeado por los compañeritos de clases de su hijo y con los padres y tutores de estos cerca. Si descubrían su estado podían acusarlo de pervertido.

Se apartó un paso de ella para evitar su toque y se reacomodó con discreción la excitación. Agradeció que ese día había llevado una camisa por fuera del pantalón que cubría a su miembro erguido.

—Siempre estaré a la orden para lo que necesites.

Ella se mordió los labios y lo repasó con la mirada mientras se acariciaba la piel que tenía bajo la clavícula y dejaba a la vista el escote de su blusa. Él no pudo evitar observar en esa dirección, deslumbrado. Sintió

unas ganas enormes por pasear sus labios y su lengua por esa zona y descubrir su sabor, pero los gritos de un trío de niños, que exigían la atención de su maestra, lo sacaron de golpe de su idilio.

Candace se alejó para atender a los chicos olvidándose por completo de él, gesto que lo irritó. A ella le resultaba muy fácil concentrarse en otras cosas como si lo anterior no hubiese tenido importancia.

Se obligó a sosegar sus apremiantes necesidades para volver con su hijo. Mientras lo hacía notó que Malcolm lo seguía con la mirada desde el fondo del patio, donde abría hoyos para trasplantar unas plántulas que les habían facilitado los del Departamento de Protección Ambiental.

Bajó el rostro para evitar su evaluación. Sabía que lo vigilaba. Malcolm Conrad era capaz de percibir el interés que dentro de él palpitaba por Candace Micklus y lo mucho que ella lo perturbaba. Y sería capaz de utilizar esa información como herramienta para manipularlo a su antojo.

Capítulo 7.

Se mantuvo distante, pensó que de esa forma las cosas irían bien para él. Llevaba días siendo atormentado por pesadillas y oyendo la voz de *Ella* en cada lugar al que asistía.

Lo llamaba, con la misma insistencia que lo había hecho en el pasado, siendo ignorados sus ruegos.

Pero ahora, la voz de su exmujer se mezclaba con la de Candace. Unía con ella no solo su voz, sino además el retumbe de su risa, en un coro de murmullos que lo abrumaban y confundían.

El sábado fue el cumpleaños de Dexter y Lorena había preparado una celebración en su casa. Invitó a varios compañeros de clases, primos y vecinos, reuniendo a más de una veintena de chicos que se entretenían con un show de magia, una guerra con pistolas de agua y un castillo inflable donde podían saltar hasta cansarse.

Peter fue uno de los invitados y, aunque Adam no deseaba asistir y verse obligado a socializar con Jeffrey y con Malcolm, tuvo que hacerlo. Dexter era el mejor amigo de su hijo.

Al llegar, y luego de felicitar al agasajado y saludar a los anfitriones, se impactó al ver a Candace entre los asistentes. Se veía preciosa con el vestido color coral de falda volada que llevaba puesto y resaltaba su cintura, así como su tono de piel.

Los cabellos los llevaba sueltos. Caían en ondas suaves sobre su espalda hasta tocar su cintura, como si le acariciaran la piel. Adam deseó esconderse bajo esa capa de pelo y cubrirse con él el pecho desnudo y el rostro, para así olvidarse del mundo y de sus dolores.

—¿Qué te parece? Fue idea de Lorena invitarla, pero su venida resultó de lo más conveniente.

Adam se tensó ante las palabras de Jeffrey, dichas muy cerca de su oreja. No solo se enfadó por el perverso contenido que encerraban, sino por su atrevimiento de acercarse a él hasta el punto de casi rozarlo. Era evidente que no entendía de límites.

—¿De qué carajo estás hablando?

El hombre lo observó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ganas con hacerte el inocente? Tú también buscas lo mismo, no lo niegues.

Adam apretó tanto la mandíbula que sus dientes estuvieron a punto de romperse, pero Lorena apareció para llevar a su marido a la zona de los asadores, donde necesitaban su presencia.

Al quedar de nuevo solo respiró hondo para calmarse, aunque la rabia ya latía con ansiedad en sus venas y lo volvía inestable. Llevaba semanas con los nervios agitados y la única forma de serenarlos era dándoles la descarga de adrenalina que exigían. Otra más. Parecía que ahora nada era suficiente para él.

Caminó hasta donde se encontraba Candace e interrumpió su charla sobre juguetes peligrosos para niños que mantenía con la madre de uno de los chicos de la escuela.

—Hola. No sabía que vendrías.

A él le pareció que a la joven le brillaron los ojos al verlo y la sonrisa se le ensanchó.

—¡Hola! Me sorprendió que Lorena me invitara. Tan solo tengo un mes en la escuela, pero ella dice que me he vuelto muy especial para los niños.

«Y para los padres de estos», quiso decir Adam, pero se obligó a callar al dar un trago a la bebida que le habían entregado.

—¿Y te diviertes?

—¡Mucho!

Un trío de chicos la rodeó mientras se disparaban entre ellos con pistolas de juguete, luego corrieron a la otra punta de la sala donde los esperaba otro grupo de chicos con armas falsas.

Ella emitió una risotada que le hizo retumbar el pecho, lugar al que Adam dirigió su mirada. El discreto escote del vestido tan solo dejaba a la vista una parte de su piel, pero para él era suficiente. Al menos, por ahora.

Cuando la mujer se aproximó y apoyó una mano en su brazo para seguir hablando, él sintió un estallido de sensaciones en su cuerpo. De nuevo ella lo estremecía con un simple contacto.

Candace quiso decirle algo, pero otra voz la interrumpió.

—Maestra, ¿le gustan las salchichas o cuida su dieta?

La inoportuna interrupción de Jeffrey hizo que ella se apartara de Adam para prestar atención a lo que el sujeto decía. El hombre tenía una bandeja

con perros calientes en la mano.

—Oh, nunca he hecho dieta —reveló ella tomando un aperitivo.

Adam traspasó a Jeffrey con una mirada severa, pero este no lo notó. Tenía toda su atención puesta en la maestra.

—¿De verdad? ¿Y cómo hace para mantener su figura de sirena?

—Con mucho ejercicio, me ejercito a diario. Además, me gusta correr, lo hago cada vez que puedo. Una vez encontré al señor Bradle mientras corría por el pueblo.

—¿En serio? —preguntó Jeffrey con ironía y le dirigió a Adam una mirada entre interrogante y divertida.

El aludido lo que hizo fue apretar la mandíbula y desviar su atención hacia los chicos para no verse obligado a dar ninguna respuesta.

—Sí, suelo correr en el parque que está junto al campo de béisbol los domingos, que es el día que tengo libre.

—Es bueno saberlo —mencionó Jeffrey barriéndola con la mirada. Dejó la bandeja en una mesa cercana y estiró una mano hacia Candace—. ¿Baila?

Ella apuró el bocado que tenía en la boca y le entregó el aperitivo y su bebida a Adam, para así ir con el hombre a la pista de baile que habían improvisado en el recibidor de la casa.

Adam tuvo que maniobrar para tomar las cosas y ver, con rostro molesto, como ellos se alejaban; y cómo Jeffrey coqueteaba con ella dentro de su propia casa y en las narices de su esposa.

A Candace no le incomodaban sus insinuaciones, reía divertida ante lo que sea que el sujeto le decía al oído mientras la hacía moverse y dar vueltas por la estancia, y entre las otras parejas que también bailaban. Se mostraba muy a gusto con sus atenciones y hasta le regalaba miradas seductoras.

Adam se puso lívido por la rabia. Esas miradas eran las mismas que muchas otras veces le había regalado a él, y a Malcolm. Unas provocativas y desafiantes.

Dejó las pertenencias de la mujer sobre la mesa y buscó en el patio a alguien con quien distraerse para olvidarse de Candace y de su atractiva picardía. Así se topó con Malcolm, que lo veía desde la distancia con altanería.

El hombre le señaló con la cabeza el lugar donde estaba la maestra disfrutando con Jeffrey. Parecía decirle con los ojos lo que vendría a

continuación.

Ese gesto hizo drenar más amargura en el estómago de Adam. Él sabía a qué se refería, comprendía la silenciosa invitación que le hacía. Tenía que decidir si entraba una vez más en su macabro juego o seguía poniendo distancia.

Prefirió mantenerse al margen durante la celebración, pero lo enloquecía ver a Candace lejos de él y disfrutar al máximo de la fiesta mientras bailaba con los niños y conversaba con todos, sobre todo, con Malcolm y con Jeffrey.

Ella lo buscaba en ocasiones con la mirada y se la mantenía por largo rato hasta que alguien llamaba su atención. Los ojos de ella eran como estrellas que dominaban el sistema planetario que a él lo rodeaba. Tenían una fuerza de atracción tan arrolladora, que impedían que Adam se moviera un solo grado fuera de la órbita que ella le trazaba.

No importaba lo que hiciera, si coqueteaba o no con otros. Él parecía conformarse con ser en ocasiones su foco de atención.

Al final de la celebración, Candace no solo abrazó a Peter con calidez y le dio un beso en la cabeza para despedirse, sino que se lanzó al cuello de Adam y lo abrazó con fuerzas. Eso generó una leve fricción de su pelvis contra el miembro endurecido de él.

Adam sintió ese diminuto roce como si fuese el chasquido de un pedernal. La chispa que creó encendió un fuego devorador que casi lo hizo perder la cabeza.

Esa noche no pudo dormir pensando en ella, imaginándola desnuda en su cama, en su suelo, sobre su mesa o en el sofá. Apoyada contra sus paredes con los brazos por sobre su cabeza y con las manos de él escurriéndose por cada rincón de su piel, mientras los mechones de su largo cabello lo rodeaban como si fuesen serpientes decididas a estrangular a su presa.

Se empaparía con su elixir y la llevaría a su nirvana, una y mil veces. Sin descanso.

Fue una noche loca, con sueños humedecidos por sudor y fluidos. Nada pudo ayudarlo a liberarse de su recuerdo, por eso, el domingo en la mañana y luego de llevar a su hijo al entrenamiento de béisbol, en vez de quedarse en el campo colaborando con los ejercicios como lo hacía siempre, tomó su auto y se dirigió a toda prisa al parque cercano.

Como un acosador recorrió el lugar buscándola, hasta que divisó su atractivo trasero enfundado en los leggings color chicle. Tanto el corazón como su miembro erguido palpitaron por la expectativa.

Candace estaba de pie, doblada en dos, tratando de tocarse con las manos la punta de los pies. De esa forma le daba una vista espectacular de su culo y de lo mucho que abarcaba.

Tocó la bocina del auto al estar ceca de ella. Al divisarlo, la mujer se mostró alegre y corrió hacia él.

—Señor Bradle, ¿qué hace por esta zona?

Estaba sudada y el top que ese día tenía puesto dejaba su estómago al descubierto, haciéndola más apetecible.

—Pasaba por aquí y te vi. Solo quise saludarte.

—Qué bueno, justo estaba pensando en usted.

Escuchar aquello acrecentó su urgencia por ella.

—¿Sí?

—Es que mañana debo reunirme con el señor Hans, de la División de Sostenibilidad del Departamento de Protección Ambiental y como dijo que nos ayudaría a conseguir el apoyo de ellos, tenía varias consultas qué hacerle.

—Si quieres nos reunimos hoy y hablamos.

—¿De verdad? —inquirió emocionada.

—Sí, le prometí a Peter que lo llevaría a pescar esta tarde. Puedes venir con nosotros y así pasamos un rato divertido mientras aclaras tus dudas.

La sonrisa a Candace le cubrió toda la cara.

—¡Eso sería genial!

Su respuesta hizo estremecer de gusto a Adam.

—Dime a dónde voy a buscarte y nos vemos como a eso de las tres, ¿te parece?

Ella asintió y enseguida le dio la información que él le pedía.

—Vaya, hoy ha sido un día estupendo —dijo la mujer luego de acordar todos los detalles de la cita.

—¿Por qué?

—He recibido tres invitaciones. Por aquí estuvo hace unos minutos el señor Conrad y me invitó esta noche a su casa a jugar póker con su esposa y unas amigas de esta, pero no acepté porque mañana me toca trabajar y no quiero acostarme tarde ni beber. Las resacas me matan —contó divertida,

pero Adam no se mostró nada entretenido. Esa información lo irritó—. Y también pasó el señor Maxwell, que me ofreció asistir en la semana al gimnasio al que él asiste con todos los gastos pagos, pero esos días son complicados por el trabajo en la escuela y el de mi tesis, por eso tuve que rechazarlo.

Adam apretó la mandíbula para controlar la rabia y forzar una sonrisa en el rostro.

—Qué casualidad que ellos hayan estado por aquí hoy.

—¡Sí! —respondió la mujer mostrando una divertida confusión—. Es extraño que los tres hayan pasado por este mismo parque este día.

—Bueno, yo… recuerda que Peter está en el entrenamiento de béisbol —se justificó, algo incómodo—. Lo dejé en el campo deportivo y ahora voy a… visitar a un cliente —mintió.

—¿Trabajas los domingo?

Él alzó los hombros con indiferencia.

—Sabes que los empleados públicos no tenemos descanso.

Se despidieron recordando la hora del encuentro y casi enseguida Adam puso el auto en marcha para alejarse de allí.

Al estar solo, descargó su cólera golpeando el volante repetidas veces y emitiendo un rugido de frustración. Malcolm y Jeffrey se le adelantaban demasiado, pero él no quería que en esa ocasión ellos le ganaran.

Comenzaba a obsesionarse con Candace y no estaba dispuesto a perder su oportunidad con ella.

Capítulo 8.

A pesar de sus inquietudes, Adam se permitió un descanso ese día. Le había prometido a su hijo llevarlo a pescar al Parque de las Cascadas, como llamaban a un área natural de paisaje rocoso atravesado por un ríachuelo y ubicada a un costado del pueblo.

Allí se formaba, gracias a las piedras, decenas de cascadas de agua cristalina por donde corrían cientos de peces.

El lugar contaba con áreas de picnic rodeadas por bosques, en las que podía verse a infinidad de aves invadiendo las copas de los árboles. En una de ellas extendieron una manta sobre la grama y sacaron cestas llenas de aperitivos y bebidas calientes.

Aunque la brisa era un poco fresca, el sol se mostró radiante, y les regaló un día perfecto que vaticinaba grandes diversiones.

La primera hora la dedicaron a una clase magistral sobre pesca, dictada por Adam. Candace y Peter se comportaron como dos estudiantes curiosos aunque algo torpes, incapaces de pescar nada, pero muy hábiles reuniendo piedras brillantes con las que construyeron una enorme muralla para defender el castillo de arena que edificaron en la orilla.

A Adam le fascinó ver como Candace congeniaba con su hijo. El niño parecía estar enamorado de ella y ella de él. La relación que existía entre ellos se daba de forma natural, como si ambos estuviesen destinados a estar juntos. Una idea que al hombre le encantó.

Aquella mujer encajaba a la perfección en su pequeña y exclusiva familia, siendo la primera vez que pensaba en la posibilidad de crecer. Dejar de ser solo dos exploradores enfrentados a la crueldad de un mundo que no tenía compasión con nadie, para ser un trío dispuesto a luchar con uñas y dientes por su derecho a estar juntos.

Le gustó esa imagen mental que se construyó en su cabeza y empezó a pensar en las estrategias que podía llevar a cabo para hacer realidad ese sueño, ignorando, las risas mordaces que resonaban a su alrededor y las frases lejanas… «Tus errores te perseguirán siempre y te llevarán consigo…».

Estaba ansioso por olvidar sus traumas, conquistar a Candace y reclamarla como suya antes de que otros depredadores lo hicieran.

—¿Por qué Machias?

Adam aprovechó para interrogarla luego de haber conversado con ella sobre el trabajo que la joven tenía pendiente con el Departamento de Protección Ambiental. Peter seguía entretenido en la búsqueda de piedras brillantes.

La mujer alzó los hombros con indiferencia y dio un trago a su café antes de hablar.

—A la universidad llegaron varias ofertas de pasantías en Educación de escuelas de pueblos aledaños. La de Machias era la única que solicitaba para el área de ciencias naturales. No dudé en tomarla porque además, me atrajo la idea de estar en un lugar costero apartado de la ciudad. Sabía que aquí encontraría lugares fantásticos —dijo, y dio una mirada extasiada al parque.

—Machias es un pueblo pequeño, pero está repleto de paisajes naturales hermosos, aunque no es tan turístico como otras zonas de Maine —reveló él con satisfacción.

Ella lo observó con interés, como queriendo traducir sus gestos para descubrir los secretos que escondía.

—Y tú, ¿por qué elegiste Machias?

Adam sonrió.

—Nací aquí, pero mi madre me llevó a Portland a los ocho años, luego de que mi padre nos dejara. Agradecí el gesto porque sin mi padre veía este pueblo aburrido y deseé no regresar jamás —comentó con una sonrisa triste —. Sin embargo, me asustó lo que encontré afuera y regresé luego de graduarme en la universidad para no irme nunca.

—¿No encontraste la diversión que buscabas?

—Encontré mucho más de lo que buscaba —reveló, muy serio—, pero no era lo que me convenía.

Ella le dedicó una mirada inquisitiva.

—Entonces, ¿tú lugar estaba aquí?

Adam respiró hondo antes de responder.

—Al parecer, sí. La agitación de afuera me abrumó —confesó, procurando no rememorar su pasado… y sus dolores.

—¿Y qué fue de tus padres?

Él apretó la mandíbula un instante antes de responder.

—Mi madre murió semanas después de que yo regresara a Machias, sufría de Lupus. Y de mi padre supimos a través de unos conocidos que falleció dos años después de dejarnos, a causa de un accidente de tránsito.

—Lo siento.

—No te preocupes. Todo eso ya es pasado —dijo procurando disimular su molestia. Habían verdades que se obligaba a esconder porque lo hacían pedazos.

Conservaba muy malos recuerdos de sus padres. De él su cobardía, siempre prefirió huir que enfrentar las dificultades, y de ella su actitud despreciable, llena de excesos y errores. Rogaba porque ambos estuviesen en ese momento ardiendo en el fuego del infierno.

—¿Y no dejaste nada pendiente en Portland?

Él se asustó por el rumbo que tomaba esa conversación, aunque, al verla sonreír con picardía comprendió que se refería a alguna novia o esposa y no a otras deudas morales.

—No. Nada quedó pendiente en mi pasado —dijo sonriente, sin poder evitar mostrar cierta tensión.

—¿Y a la madre de Peter? ¿La conociste aquí?

Adam apretó la mandíbula, pero se esforzó por relajarse.

—Sí. La conocí tiempo después de morir mi madre. Ella vino a cumplir un contrato laboral de algunos meses en una empresa de energía de la zona, era consultora —mintió, algo irritado, mencionando la excusa que por años había ideado para los curiosos y para su hijo.

Candace lo detalló con atención descubriendo lo mucho que aquel tema le afectaba, así que decidió cambiar de táctica para no empañar el agradable momento que compartían, pero su teléfono móvil de pronto repicó anunciando la llegada de varios mensajes de texto.

Lo revisó, mostrándose inquieta al leerlos. Adam arrugó el ceño, intrigado, e intentó echar una ojeada. Ella impidió que viera algo al cambiar de postura.

Luego de leerlos, Candace apagó el aparato y lo guardó en su bolso para asumir una pose coqueta.

—¿Y qué se necesita para conquistar a un nativo de Machias?

La pregunta estremeció las emociones de Adam y lo hizo olvidarse de sus aprehensiones.

La sonrisa seductora que Candace le dedicó le dio el empujón que necesitaba para volverse más directo con ella y demostrarle, con sus atenciones, el interés que sentía.

Desde ese momento fue todo lo caballeroso y encantador que pudo, animado por la forma en que ella aceptaba sus afectos. Le devolvía las miradas con unas más cálidas y expresivas, las sonrisas con unas más radiantes y los roces accidentales con caricias disimuladas y discretas que comenzaban a enloquecerlo.

Al terminar el paseo se despidieron frente a la posada donde ella se residenciaba. Mientras Peter esperaba dentro del auto, Adam acompañó a Candace hasta la puerta. Al estar fuera del área de visión del niño, ella lo tomó por el cuello de la camisa y lo acercó a sí para darle un beso rápido en los labios.

En realidad, no fue un beso en toda regla. Ella había buscado la comisura y no el centro de su boca, pero aquel sutil roce fue suficiente para encender una hoguera dentro de Adam. Una que no le sería fácil controlar.

Luego de sonreírle con picardía, Candace entró en la casa. Dejó que él se fuera devorado por sus propias emociones.

Con eso, ella, sin pensarlo, le daba inicio a un juego peligroso que Adam no detendría hasta no darle el final que se merecía.

Los siguientes días se convirtieron para él en todo un reto. Debió distribuir su tiempo entre la atención que debía prestarle a su hijo, el trabajo y el proceso de conquista de la nueva maestra. La tarea fue ardua, sobre todo, porque debía esconder sus intenciones de los halcones que lo vigilaban, y que la acechaban a ella.

Las despedidas cautelosas al terminar la escuela pronto se convirtieron en encuentros clandestinos en cafés o restaurantes ubicados en las afueras del pueblo, donde además de hablarse y sonreírse sin el temor a ser descubiertos, se acariciaban y se daban besos furtivos como si fuesen dos adolescentes con las hormonas en ebullición.

Tan solo una semana después, ya se cubrían con la vegetación que los rodeaba para besarse a conciencia y devorarse las bocas como si dentro de ellas existiera un mundo completamente novedoso, y su función en la vida era explorarlo hasta el rincón más inhóspito.

Por disfrutar de ese sabor y de la calidez de sus brazos, Adam comenzaba a desatender ciertas precauciones pudiendo ser pillado

infraganti por quienes serían capaces de tirar sus pretensiones a un basurero.

—¡Adam!

Aquel repentino llamado lo sobresaltó. Soltó enseguida la mano de Candace para girarse y enfrentar a la mujer que le había hablado.

—Penélope —saludó con sorpresa a la esposa de Malcolm, sonriéndole de forma tensa.

—¿Qué hacen por aquí? —preguntó ella mosqueada y observó a Candace con curiosidad.

Notó que ambos tenían el rostro un poco pálido por aquel repentino encuentro.

—El señor Bradle me hizo el favor de traerme para ver los adornos de jardín que venden en esta tienda —justificó Candace y señaló la tienda de recuerdos y artesanías de la que habían salido.

Una asentada en las afueras de Machias, de camino a la playa Jasper, lugar donde ellos habían pasado toda la tarde comiéndose a besos.

—Oh, aquí venden unos adornos en madera y plumas muy vistosos —comentó Penélope emocionada.

—Venimos del Departamento de Protección Ambiental —agregó Adam —. Es posible que le entreguen a la escuela otra donación para el huerto comunitario.

La mujer se mostró sorprendida.

—¡Qué buena noticia!

—Sí, por eso hago un presupuesto detallado de las cosas que necesito para esta semana —explicó ella recuperando los colores de su rostro, más calmada—. Para eso estamos visitando tiendas.

—¡Genial! A los niños les encantará que el huerto esté decorado con adornos exuberantes, así se sentirán más a gusto.

—Sí, eso queremos —aseguró Candace y respiró aliviada. La excusa le pareció acertada.

—Debemos irnos —apuró Adam al ver que las mujeres continuaban viéndose entre sí con cierta incomodidad.

—Sí, es bastante tarde para mí —agregó Candace con una sonrisa nerviosa.

—Y para mí también —expuso Penélope algo inquieta—. Vine a comprar unos frascos de vidrio para una mermelada de arándanos que

preparé en casa. No quiero tardarme más de la cuenta porque dejé a Sury con una vecina.

Se despidieron enseguida, tomando cada quien su camino.

Adam y Candace entraron al auto en silencio. Solo cuando él lo puso en marcha y estuvieron a varios metros de distancia del lugar se atrevieron a hablar.

—¿Crees que esa justificación haya sido suficiente?

—Sí —respondió él con sequedad, a pesar de que sabía que no lo sería. Mucho menos, tratándose de Penélope Conrad.

Ella era una mujer demasiado trasparente, por eso Malcolm la había elegido para construir la fachada de una familia y así evitar rumores. Penélope era incapaz de callarse un secreto o de mantener la boca cerrada y Malcolm necesitaba tener otros ojos que lo ayudaran a no perderse nada del mundo que deseaba dominar.

Cada vez que el hombre regresaba a casa, su esposa le hacía un recuento minucioso de su día sin importarle si fuese algo trascendental o no. Aquello era parte del aporte que la mujer daba a la relación y nunca fallaba en eso. Por eso estaba seguro que Malcolm iba a enterarse de esa salida resultándole un serio problema.

Desde ya debía pensar en cómo esquivar ese asunto, porque no estaba dispuesto a que alguien se metiera en la relación que construía con Candace.

Capítulo 9.

Adam había logrado que la señora Piedad se quedara esa noche en su casa. Conocía a aquella mujer desde que su hijo tan solo tenía meses de edad.

Peter de pequeño había sufrido por cólicos y era muy llorón, el pediatra que lo atendía tuvo muchísima paciencia con Adam. Lo asesoraba a diario, incluso, por vía telefónica, y hasta en horas de la madrugada. Piedad trabajaba dos veces a la semana en la clínica a la que asistían, en el área de limpieza, al tiempo que mantenía otros dos empleos. Así reunía lo suficiente para subsistir en ese pueblo y enviarle dinero a su humilde familia que vivía en México.

Cuando Adam iba a una consulta los días en que la mujer trabajaba y debía esperar a que el médico se desocupara para atenderlo, Piedad se encargaba de entretener al niño y parar sus llantos. Le hacía carantoñas y le cantaba canciones de cuna en español como si le insuflara un hechizo mágico que lo calmaba de forma automática. Así le concedía a Adam unos minutos de sosiego que lo ayudaban a no entrar a la consulta con los nervios alterados.

Por eso decidió contratar a Piedad ofreciéndole más dinero del que le pagaban en la clínica. La mujer no dudó ni un instante en aceptar la propuesta, ya que se había encariñado con el niño y ese trabajo evitaba que tuviera tantos empleos a la vez.

Con el tiempo, Piedad contó con una habitación en esa casa y en ocasiones se quedaba para cuidar de Peter. Gracias a eso, Adam entendió como atender a su hijo y el niño dejó de necesitar tanto a un pediatra.

Peter la quería mucho. Por ella el chico había aprendido algo de español y se había vuelto fanático de la comida mexicana. Era como una abuela para él y durante un tiempo, Piedad fue el único ser humano con el que el niño había tenido relación aparte de su padre y sus médicos.

Adam aprovechó esa relación para profundizar aún más su trabajo de seducción e invitó a Candace a una cita un fin de semana, dejando a Peter bien cuidado. No le importó viajar por casi una hora para salir de Machias

hacia el poblado de Calais, que se encontraba a tan solo un paso de San Stephen, ciudad de Canadá.

Adam quería poner distancia entre ellos y los problemas para así disfrutar del encuentro.

Primero fueron a comer carne a la parrilla en un restaurante donde una banda de jazz blues aportó con su música un ambiente mágico y relajante. Las sonrisas y las miradas provocativas fueron el aperitivo más degustado esa noche. Tuvieron oportunidad de bailar un par de piezas en medio de una pista de baile oscura, donde se abrazaron como si no tuviesen de qué sostenerse.

Ella lo tenía embrujado con su aliento y sus caricias, y eso que aún no le había dado ni un solo beso en los labios. Buscaba evitarlos para alargar su sufrimiento y aumentar su deseo.

Al principio, Adam se inquietó por su actitud, estaba acostumbrado a dominar, a llevar el control de la situación, pero decidió bajar por un día las armas y dejarse llevar. No podía negar que disfrutaba al máximo con la fuerza seductora de ella.

Se dejó mimar y consentir, mostrándose como un borracho que se hallaba totalmente alcoholizado por el aroma de la mujer, y con el calor y la sedosidad de su cuerpo y de sus cabellos. Candace lo manejaba como si fuese un muñeco sin autonomía, lo llevaba hacia el borde de la locura cuando quería y lo sacaba de allí cada vez que le provocaba.

Y él no decía ni hacía nada para detenerla, se rindió a sus artificios.

Tuvieron pensado ir al cine para ver una película, pero Adam estaba demasiado enardecido como para aguantar más tiempo cerca de ella en un lugar oscuro y no poder tocarla como quería. Necesitaba toda la privacidad posible para llegar a los rincones más deseados de su cuerpo, o se volvería realmente loco.

Terminaron en un hotel cercano, las ganas no les permitieron llegar muy lejos. Junto a una enorme cama se quitaron cada capa de ropa que llevaban puesta hasta quedar desnudos y frente a frente.

Las manos de Adam se movieron como con vida propia por la piel de Candace, tocando cada zona. Amasaron y palparon con lujuria las que más le atraían.

En ocasiones creía tener sacudones mentales. Su cerebro pretendía fastidiarle el momento atormentándolo con imágenes pasadas. Cambiaba el

cuerpo de la joven por el de su antigua mujer, esa que no dudó en traicionarlo y abandonarlo como si fuese un perro al que no querían más.

Cuando eso pasaba, se llenaba de furia. La rabia se aglomeraba en su estómago y despertaba su sed de venganza, una que los años no pudieron extinguir del todo. Desde que había estado con Candace, jugando a los novios adolescentes por el pueblo, sus fantasmas se habían esfumado. La efervescencia que ella le producía pareció aplacar sus temores y pesadillas, por eso había bajado sus armas y se dejó llevar por sus sentimientos.

Pero el deseo que Candace fue acumulando con sus juegos sensuales desde que habían salido de Machias se mezclaba con la ira que le brotaba por los amargos recuerdos, volviendo a Adam una caldera a punto de estallar.

—¿Quieres ser perverso, Adam?

Él la observó con terror. Candace lo llamó mostrándole su cuerpo desnudo, pero la voz que oyó y el cuerpo que vio habían sido los de *Ella*. Incluso, su olfato pudo captar el fascinante aroma a jazmines que siempre había envuelto a su exmujer.

—Eres tan tonto y manipulable que das pena.

Esa provocación lo enfadó e hizo crepitar el fuego de furia que ardía en su interior.

Con cierta rudeza tomó las riendas del acto, impidiendo que Candace siguiera incitándolo con sus juegos. Se aferró a los cabellos de la joven y los jaló para alzar su rostro y así llegar de una vez por todas a la boca que se le escurría.

Se apoderó de ella con fiereza, con besos voraces que a la mujer le cortaban el aliento. Con su lengua implacable la penetró hasta arrancarle gemidos de súplicas, antes de bajar a su cuello para morderlo y lamerlo.

Candace se quejó cuando él apretó con su mano libre uno de sus senos, sin nada de delicadeza, pero eso lo encendió aún más. Amaba que se hiciera la difícil, eso despertaba su lado salvaje.

La tumbó en la cama y le abrió las piernas. Su mirada narcotizada por el deseo se clavó en el sexo palpitante de la mujer.

—Te daré lo que te gusta y como te gusta. No echarás en falta a los demás —aseguró, hablando con el fantasma que habitaba en su cabeza.

Candace apretó el ceño confundida por sus palabras, pero no tuvo tiempo de decir nada ni de actuar. Adam bajó a su cuerpo y se apropió de él

con un hambre que llevaba años sin calmar, y con toda la rabia y la frustración que lo acompañaba.

A medida que Adam saboreaba más su piel y se degustaba con los sonidos suplicantes de sus gemidos se volvía más implacable. Sus delirios lo enloquecían. El rostro de su antigua amante se difuminaba con el de Candace mientras la penetraba con fiereza, deleitándose con la mirada empapada de goce y sufrimiento de ambas mujeres.

Tomaba su cabello como si este fuese un objeto de culto, se frotaba con él el cuerpo y escondía entre sus mechones el rostro buscando que lo arropara como a un niño. Se escurría dentro de ella como si de allí no quisiera salir nunca, sofocándola en ocasiones.

Al llegar la mañana, ella casi no podía moverse. Con dificultad llegó al baño, llevando consigo su bolso y su ropa interior. Al mirarse al espejo detalló su rostro agotado y las marcas de mordiscos y arañazos que tenía en el cuerpo.

En el estómago y las caderas se notaban varios cardenales, debido al agarre brusco que él le infringía cuando la penetraba por detrás. Respiró hondo buscando erguirse y así acomodar sus cabellos enmarañados.

Se aseó y se tomó unos analgésicos para evitar el dolor. Al salir, él ya se vestía, así que caminó lo más recta posible dibujando una sonrisa en su rostro.

Adam, al verla, arqueó las cejas sorprendido y reflejó cierta preocupación.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no debería estarlo?

Él se aproximó y tocó con sutileza un cardenal que ella tenía bajo su clavícula.

—No quise ser brusco. No entiendo qué me sucedió.

—¿Llevabas mucho tiempo sin estar con una mujer?

Adam endureció la mandíbula y un brillo de ira recorrió sus pupilas.

—Sí.

Candace aumentó un poco la sonrisa.

—Entonces, es normal que hubieses estado tan… ansioso.

Adam la miró a los ojos y mostró alivio al descubrir que ella no lo odiaba por haberse comportado como un animal, como le había sucedido con otras mujeres. Los temores que había sentido por ella poco a poco se

fueron esfumando, al fin había hallado a una mujer que no quisiera hacerle daño, una en la que pudiera confiar de verdad. Quien rompería la maldición que recaía sobre sus hombros.

—Te prometo que nuestros próximos encuentros no serán así.

Candace aceptó sus disculpas dándole un beso en los labios y permitiendo que él lo profundizara con su lengua que parecía no saciarse nunca.

Desde ese día se hicieron inseparables, a pesar de seguir ocultando lo que sentían frente a otros. Y, como aseguró Adam, los demás encuentros sexuales no resultaron tan violentos como ese primero, aunque no estuvieron del todo libres de fantasmas.

Él comenzaba a angustiarse por las voces que escuchaba a su alrededor y que ahora se mezclaban con visiones. Mientras profundizaba su relación con Candace, la veía más a *Ella* y de forma cada vez más nítida.

Cuando iba con Candace en el auto, la descubría en la calle. Caminaba de espaldas a ellos, moviendo su abundante y larga cabellera con cada paso que daba. Había ocasiones en que le provocaba seguirla para saber a dónde lo llevaría, pero se reprimía, porque sabía que solo era una ilusión creada por su cabeza perturbada por la culpa.

Comenzó a tomar medicamentos para dormir y relajarse, porque quería evitar pensar en *Ella*. Sin embargo, gracias a una de esas visiones, en una ocasión se percató del peligro que lo rondaba.

Salían de un café en las afueras del pueblo, conversaban entre risas y tomados de las manos cuando percibió el movimiento de una cabellera oscura en la esquina de la acera de enfrente. Al posar su atención en ese lugar, ya la imagen se había difuminado, pero quedó la del vehículo de Malcolm. Su sangre se heló por ello.

El auto estaba aparcado en aquel lugar sin nadie en su interior.

Se apresuró por llegar a su vehículo y, mientras Candace ocupaba su asiento, ajena a lo que sucedía, él repasó con nerviosismo los alrededores sin encontrar nada familiar.

Lo puso en marcha rogando porque no lo hubiesen pillado.

Capítulo 10.

Luego de un día difícil, Adam llegó a su casa cansado. Tan solo contaba con cuarenta minutos de tiempo para dejar sus pertenencias, cambiarse de ropa y probar algún aperitivo antes de salir de nuevo para ir en busca de Peter, que ese sábado había pasado el día en casa de un amiguito.

Él aprovechó la ocasión para adelantar unas tareas pendientes. Sus salidas clandestinas con Candace le robaron varias horas en la semana y las responsabilidades se le acumulaban.

Como la mujer había logrado gestionar una asesoría para su tesis y tuvo que viajar a Orono, a la universidad, a reunirse con su tutor, y donde incluso pasaría la noche para dedicar el mayor tiempo posible a su proyecto, Adam pudo enfocar su mente en el trabajo atrasado y ahora lo haría en su hijo. A quien también tenía muy descuidado.

Llevaba semanas que no pasaba una noche a solas con él, ni compartían. Por eso había planificado una divertida jornada en casa con uno de los juegos de mesa favoritos de Peter y luego verían una película. Se atragantarían con snack y gaseosas hasta quedarse dormidos sobre la alfombra de la sala, rodeados de almohadones e improvisando una carpa con sábanas y sillas.

Peter amaba esas noches de locura y Adam quería consentirlo todo lo que pudiera, para darle al niño recuerdos alegres, algo de lo que él no había tenido. Los suyos estaban signados por la soledad, la violencia y la demencia.

Sus pensamientos se esfumaron al entrar en su sala. Apoyado en el respaldo del sofá encontró una chaqueta negra de piel que le pareció familiar y brotó en su estómago una amargura que casi lo domina.

Su corazón se detuvo un instante y oyó el retumbar de unos gritos femeninos de auxilio junto a sus oídos. Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños para soportar un desagradable estremecimiento al tiempo que sentía en su piel un calor abrasador, como si lengüetas de fuego crecieran bajo sus pies y lo rodearan.

—¿Ahora sí tenemos toda tu atención?

Abrió los ojos de golpe pasando en un instante del terror al odio.

Malcolm y Jeffrey salían de la cocina y se dirigían a él como lo que en realidad eran: dos perversos depredadores.

—¿Cómo entraron a mi casa? —consultó con la mandíbula apretada, y dejó caer en el suelo el morral con las herramientas de trabajo que llevaba y su maletín. Quería tener las manos desocupadas para defenderse en caso de necesitarlo.

—Somos amigos, ¿no es así? —preguntó Jeffrey con ironía y rodeó el sofá para aproximarse a Adam por el costado contrario al que había tomado Malcolm. Así se aseguraba de tenerlo rodeado.

Antes de llegar a él, tomó la chaqueta negra de piel y la llevó a su cara para olerla de forma apasionada, como si esta fuera el cuerpo de una mujer.

—Si somos amigos, ¿por qué se aparecen de esta manera? —preguntó Adam soportando el asco y la rabia que lo produjo el actuar de Jeffrey.

Paseó su mirada nerviosa entre los hombres mientras estos se le acercaban. Los dos se mostraban tranquilos.

Malcolm tenía las manos metidas en los bolsillos de su pantalón y Jeffrey había soltado la chaqueta y ahora jugueteaba con las llaves de su auto, aunque los ojos de ambos mostraban un brillo amenazante.

—Eres tú quien se quiere pasar de listo con nosotros —fue la respuesta de Malcolm.

Adam se tensó aún más y lanzó una ojeada de desprecio hacia la prenda que continuaba sobre su sofá antes de fijar su atención de nuevo en ellos.

—¿Por qué trajeron eso a mi casa? —preguntó y señaló la chaqueta, sin verla.

—Para recordarte nuestro trato —apuntó Malcolm.

—No es necesario. No lo he olvidado.

—Parece que sí —insistió el hombre sin dejar de aproximarse.

—¡Jamás he roto nuestro acuerdo!

—Ahora te escondes de nosotros.

Las palabras de Jeffrey lo obligaron a voltearse para encararlo. Los dos tipos estaban a tan solo un paso de distancia de él.

—Solo intento vivir mi vida, ustedes lo hicieron.

—Tú también. Tienes a Peter, ¿no es así? —recordó Jeffrey.

—Él está fuera de todo esto.

—No, Adam. Él es todo esto.

La voz de Malcolm sonó desafiante, enfadándolo aún más.

—¿A qué vinieron?

—Te quieres gozar tú solo a la maestra.

La expresión de Jeffrey sonó a burla, pero Adam sabía que aquello no era un juego. Al menos, no uno divertido.

—Ella no es parte de nada.

—¿No? La marcamos, ¿lo recuerdas? —apuntó Jeffrey.

—No hicimos nada de eso. ¡Jamás lo hemos hablado! —rebatió con enfado.

—Esas cosas no necesitan hablarse —impugnó Malcolm, usando una voz retadora.

Hubo silencio un instante, hasta que Jeffrey decidió hablar para atormentarlo aún más.

—La elegiste por su parecido con *Ella*, ¿es eso? —Adam empalideció —. ¿A ti también te trajo recuerdos placenteros? —pronunció eso último cerrando los ojos y comprimiendo el rostro en una mueca de deleite que retorció el estómago de Adam.

—Fuera de mi casa —exigió con voz neutra. Se esforzaba por no darles lo que ellos querían, pero la risa ofensiva de Malcolm estuvo a punto de hacerlo estallar.

—Porque somos amigos, Adam, te haré escuchar esto.

Malcolm sacó su teléfono móvil de uno de los bolsillos de su pantalón y activó un audio que tenía en un chat de whatsapp. El corazón de Adam palpitó tanto por la rabia como por la expectativa.

«¡Hola! Sí, me parece buen el plan. Hoy estoy libre. Apenas llegue de Orono te envío un mensaje y me buscas por la posada. Me encantará pasar esta noche con ustedes».

Los ojos de Adam casi se salen de sus órbitas y su sangre por poco se desborda en sus venas. Aquella era la dulce voz de Candace, acompañada por su risa.

Así hablaba cuando estaba feliz y ansiosa. Ese tono él lo tenía grabado a fuego en su memoria porque era el que ella utilizaba cuando estaban en la cama, después de tener sexo.

—¿Y? ¿Qué opinas? ¿No sientes un vibrante *déjà vu*?

Jeffrey seguía provocándolo y, de seguro, había una sonrisa triunfal y prepotente en su cara, pero Adam no lo veía. Había quedado mirando

impávido el teléfono móvil de Malcolm.

—Largo de aquí —masculló entre dientes. La mandíbula le dolió por lo tensa que la tenía.

—No te enfades, Adam —expresó Jeffrey entre risas—. Los amigos estamos para cuidarnos entre nosotros. Jamás te dejaríamos caer. Dos veces —acentuó eso último para recordarle las pasadas traiciones de su exmujer.

—Fuera.

Como ninguno reaccionaba a su orden, Adam los traspasó con una mirada bañada en cólera.

—¡FUERA!

Su grito los sobresaltó a ambos y los hizo retroceder un paso perdiendo sus expresiones de burla.

—Bien, bien. Tranquilo. Nos iremos —claudicó Malcolm y alzó las manos en señal de rendición retrocediendo hacia la puerta.

Jeffrey tardó un poco en seguirlo.

Antes de hacerlo, le dedicó a Adam una mirada desafiante que el otro le devolvió con una llena de claras advertencias. Luego de más de un minuto de silencioso debate, se marcharon de la casa, aunque sin dejar de provocarlo.

—Estaremos en mi casa, Adam. Por si te quieres unir a la fiesta —concluyó Malcolm desde afuera.

Al escuchar que atravesaban la verja de la entrada, Adam cerró con un portazo. Todo su cuerpo se tensó de tal manera que vibró como si fuese un terremoto de gran magnitud. Luego tomó un adorno de cristal de una mesa cercana y lo lanzó con furia contra una de las paredes, después se acercó a un estante y comenzó a golpearlo repetidas veces con gran furia hasta partir una de las maderas y lanzar todos los objetos al suelo.

«Tus errores te perseguirán siempre y te llevarán consigo». Las risas y las advertencias de su madre resonaban en sus oídos empeorando su situación, lo volvían más violento y paranoico.

Al descargar toda su ira, retrocedió un par de pasos y miró asombrado su mano con los nudillos sangrantes. Ver su propia sangre le causó impresión, lo hacía recordar sus días de encierros y dolor.

Repasó con inquietud el desorden ocasionado, los cristales desperdigados en el suelo y el estante roto, pero casi enseguida enfocó su atención en la chaqueta negra de piel dejada sobre el sofá.

Había confiado en Candace. Se dejó llevar por sus sentimientos y olvidó lo traicionera y perversa que eran las mujeres, entrando en su juego macabro.

Todas las mujeres que había conocido en su época universitaria, junto a Malcolm y Jeffrey, se burlaron de él, dejándolo como última opción. Por eso nunca había dudado en adjudicarles el castigo que merecían. Con *Ella* hizo una excepción, pero recibió una traición que nunca pudo superar. Con Candace le sucedió igual.

Por siempre estaría condenado al rechazo y a la humillación, sin poder salir jamás del círculo vicioso en el que había transformado a su vida.

Se llenó los pulmones de aire y gritó con furia todo el odio que lo consumía. Su cara se transformó en una máscara de ira y terror y las venas de su cuello se brotaron tomando un tono azul verdoso.

Sabía que aquel era su castigo por todo el daño que había producido, pero se negaba a seguir recibiendo golpes de la vida sin antes dar unos cuantos.

Capítulo 11.

Cuando Candace entró a su departamento y encendió la luz, ahogó un grito de espanto. Adam se encontraba dentro, sentado con actitud furiosa en el sofá, esperándola.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste? —exigió ella con el corazón palpitándole en la garganta y notando la mano vendada y manchada de sangre que tenía el hombre.

—Le dije a Wesley que quería darte una sorpresa y me facilitó la llave auxiliar que él tiene —explicó, refiriéndose al casero de la mujer, y se puso de pie para aproximarse a ella como si fuese un halcón al acecho.

Candace lo observó con el ceño fruncido. Sabía que Wesley ese día no estaría en casa, Adam debió forzar la puerta o entrar en la casa de su casero para robar la llave.

—¿Qué sucede?

—¿No puedo sorprender a mi mujer?

—¿Tu mujer? —inquirió contrariada e inquieta por su desafiante proximidad.

—¿No lo eres?

—Hasta ahora hemos mantenido una relación secreta. No quieres que nadie se entere de lo nuestro.

—Eso no quiere decir que no seas mi mujer.

Ahora él estaba casi encima de ella. La ensombrecía con su postura furiosa.

—¿Cuál es la sorpresa? —preguntó para cambiar la conversación y buscar modificar su actitud. Comenzaba a intimidarse.

—Yo soy la sorpresa. ¿No te agrada verme? —dijo desafiante—. Pensé que te quedarías en Orono esta noche.

Ella alzó el mentón con cierta arrogancia. No quería mostrarse débil ante él.

—La tutoría terminó temprano y pude ocuparme de todas mis cosas antes del atardecer, por eso decidí regresar esta misma noche.

La mujer respiró hondo para llenarse de paciencia y valor. No quería que los temores la dominaran.

—Acordamos que hoy sería un día libre, que se lo dedicarías a Peter —recordó.

—Cambié de opinión —respondió él y apretó unos segundos los puños.

El rostro molesto y decepcionado de su hijo lo atormentó. Lo dejó en casa de Piedad, llorando y pataleando por la suspensión de la noche especial que pasarían juntos. Una vez más le fallaba por encargarse de otros asuntos.

—Te siento extraño.

Candace aprovechó su cercanía para acariciarle el pecho y buscar sosegarlo. Tenía miedo a una reacción violenta de él, sabía lo brusco que podía llegar a ser.

El contacto de ella estremeció a Adam. La hoguera de rabias que crepitaba en su pecho tembló ante su dulce roce, como si este fuera una brisa fresca y húmeda que lograba reducir la intensidad de sus llamas.

Cerró los ojos para disfrutar del alivio que ella le obsequiaba, pero el sonido del repique del móvil de la mujer perturbó su momento de calma. Le había llegado un mensaje de texto.

Candace aún tenía colgado del hombro su bolso, así que lo abrió para sacar el móvil y apagarlo. No sin antes haber mirado inquieta lo que apareció en la pantalla.

—¿Quién era? —exigió Adam, al ver que ella seguía nerviosa a pesar de haber ignorado el mensaje. Su rostro había empalidecido un poco.

—Nadie.

—¿Quién era? —repitió con furia, al tiempo que la agarraba con rudeza de uno de los codos para obligarla a verlo a los ojos.

—¡Suéltame! —demandó la mujer y se sacudió de su agarre apartándose un paso— ¿Qué te pasa?

—¿Quién te envía esos mensajes que ignoras cuando estás conmigo? No es la primera vez que descubro lo que haces.

Ella lo observó con desconcierto.

—¿De qué hablas?

—Tienes a otro hombre, ¿es eso? —quiso saber él al borde de su paciencia—. ¡En Orono tienes un novio o un marido y aquí lo ocultas! —expresó enfadado.

Candace se mostró sorprendida.

—¡No tengo nada de eso!

—¡DIME LA VERDAD!

El grito de él la sobresaltó y asustó. Con esfuerzo se mantuvo serena y disimuló sus temblores, como si estuviera frente a un león al que no podía demostrar su miedo porque se la devoraría.

—¡Es mi madre, ¿contento?! —soltó irritada. Prefirió darle lo que quería para evitar problemas mayores—. Ella y yo tenemos una relación complicada. Acepté el trabajo en Machias, en parte, para tenerla lejos. Por eso también quise regresar esta noche, para evitar más conflictos, pero me llama y me escribe a diario. ¡Es molesta!

Candace procuró respirar con calma para controlar los nervios, sin apartar su mirada precavida de él. Adam, en cambio, había quedado paralizado.

En sus ojos se reflejó un dolor tan profundo que desconcertó a la joven.

—¿Tu madre? ¿Tienes una madre?

Ella lo observó confundida.

—Todos tenemos una madre, Adam. Aunque algunas no sepan hacer bien su trabajo.

El rostro del hombre se apretó para evitar revelar una mueca de dolor y así no exteriorizar las heridas profundas y sangrantes que tenía en su alma.

Él odiaba a su madre. Fue ella quien lo convirtió en el monstruo que ahora era.

—Será mejor que te vayas —pidió Candace, nerviosa por la actitud de él.

—¿Por qué?

—Porque no estás bien. Te veo… agotado. Muy tenso.

Adam de nuevo se aproximó, barriéndola con una mirada desconfiada.

—¿Y qué harás cuando me vaya?

—¿Qué?

—¿Qué harás cuando salga de aquí? —Otra vez la inquietó por su postura retadora—. ¿Llamarás a alguien para que venga a buscarte?

Esa última pregunta le aclaró las ideas a Candace.

—Sabes de la reunión que hay en la casa de los Conrad, ¿cierto? ¿Por eso estás aquí?

Adam respiró hondo para sosegar su enfado.

—¿Tienes una reunión en la casa de los Conrad?

—Penélope me llamó esta tarde para invitarme a su casa, a una noche de póquer. Desde que llegué al pueblo me está invitando y siempre la rechazo por trabajar en mi tesis o por estar contigo —dijo eso último como una acusación—. Decidí aceptar su propuesta hoy, que habíamos decidido darnos un descanso tú y yo, para calmar su insistencia. Creo que ella sospecha de lo nuestro, nos ha visto varias veces juntos en el pueblo y en los alrededores.

Adam parpadeó como si de pronto saliera de un amargo sueño. La explicación que le daba lo ayudó a comprender la mentira de Malcolm y de Jeffrey.

—¿Hablaste con Penélope?

—Me envió unos mensajes de audio por whatsapp.

Él se pasó una mano por los cabellos mientras asimilaba lo que ella le contaba.

—Hablaste fue con Penélope —repitió en murmullos como para sí mismo y con la mirada perdida en el horizonte.

Se odió por haberse dejado manipular una vez más por aquellos hombres, como si no supiera de las enfermizas estrategias que usaban para molestarlo.

—Adam, ¿qué pasa? Esto es… ¿por celos? ¿No confías en mí? —preguntó ella indignada.

Él se frotó el rostro con ambas manos revelando desesperación y asumiendo un semblante avergonzado.

—Yo… estoy muy estresado. He tenido un día difícil.

Ella lo detalló un instante, evaluando su semblante.

—¿Por qué no vas con Peter y pasas una noche agradable con él para que te quites todo el estrés que te agobia?

—No —expuso irguiéndose—. Malcolm también me invitó a su casa.

—¿Y Peter? —exigió confusa.

—Él está con Piedad.

—Pero, ¿es justo para el niño? —preguntó irritada— Dijiste que él estaba ilusionado por la noche que tendría contigo.

Adam apretó la mandíbula antes de hablar.

—¿No quieres que vaya a la reunión de los Conrad?

—Solo quiero que estés bien, que descanses.

—Me vendrán bien unas cervezas.

Ahora fue ella quien tensó la mandíbula para controlar el enfado. Aquel hombre era terco en exceso.

—Como quieras —expuso y alzó las manos en señal de rendición.

—No quieres que esté allí, ¿cierto? —insistió al notarla incómoda.

—Estaremos distantes, Adam. Ni siquiera podré tocarte porque debemos mantener en secreto lo nuestro.

Él suavizó su expresión al entender la molestia de ella. Se acercó para acariciarle el rostro con dulzura, olvidando por completo toda la rabia que lo había abordado al llegar a ese lugar.

Lo que sentía por esa mujer comenzaba a afectarle la mente.

—Encontraremos momentos.

—¿Cómo? —inquirió fastidiada.

—Los inventaremos si es necesario, pero déjame quedarme a tu lado.

Candace tardó en claudicar. Cuando lo hizo, su sonrisa tierna lo cautivó.

—Entonces, vete. Nos vemos allá.

—No, iremos juntos. Ve a cambiarte. Te espero aquí para asistir a esa reunión.

Ella disimuló una mueca de disgusto resoplando divertida y se esforzó por sonreírle. Lo besó en los labios antes de dirigirse a su habitación y dejarlo allí, solo, siendo atormentado por los fantasmas del pasado que no pensaban abandonarlo esa noche, ni ninguna otra.

Capítulo 12.

La mayoría de los invitados a la casa de los Conrad eran mujeres. Penélope había organizado una reunión libre de niños, con muchos cócteles y aperitivos. A Sury la enviaron a una pijamada con unas primas y, además de Lorena, la esposa de Jeffrey, en casa se hallaba las madres de otros tres niños que estudiaban en la misma escuela, así como Candace y la hermana mayor de Penélope.

Se instalaron en el recibidor, con cartas de póquer, una ruleta y un juego de tarjetas con instrucciones. Tenían pensado pasar la noche divirtiéndose a lo grande, sin ningún tipo de limitantes.

Afuera, alrededor del asador, se hallaba Malcolm acompañado por Jeffrey y Gerard, el marido de una de las mujeres presentes. Allí enviaron a Adam para que ayudara con la preparación de la carne y las salchichas, un trabajo que a él no le agradó para nada.

—Así que te estás cogiendo a la nueva maestra.

El comentario directo y en tono de burla de Gerard arrancó risas en el grupo de hombres, menos en Adam.

Él observó al tipo de panza abultada y calva con odio. Era evidente que estaba un poco pasado de tragos y aquel estado lo volvía indolente.

—No sé de qué hablas —respondió con la mandíbula apretada. Gerard abandonó la diversión para encararlo con actitud desafiante.

—¿Crees que no los han visto entrando y saliendo de hoteles fuera del pueblo? ¿O en la playa comiéndose a besos? Si quieren esconderse tendrán que irse más lejos. A Canadá, por ejemplo.

Adam se tensó y lanzó una mirada hacia Malcolm y Jeffrey, quienes compartieron sonrisas cómplices. Era evidente que esos dos comenzaban a correr la voz de su relación con Candace para complicarle las cosas y llevarlo a su límite.

—Estoy en un punto en mi vida donde no tengo que darle explicación a nadie sobre lo que hago o dejo de hacer.

La respuesta severa de Adam, y su mirada amenazante, apagó por un momento el semblante divertido de Gerard, pero segundos después lo

recuperó con una risotada.

—Solo quería molestarte, hombre. Somos amigos, ¿no es así?

Gerard palmeó con camaradería el hombro de Adam, recibiendo de este una actitud amarga que no pudo abandonar en toda la noche. A pesar de que entre ellos corrían conversaciones variadas, que iban desde asuntos de trabajo a temas deportivos, en ocasiones debía soportar provocaciones no solo de parte de Gerard, sino también de Jeffrey. Todas en referencia a su relación con Candace.

Aguantó con gallardía las molestias, procurando no perder de vista a la joven, que se notaba entretenida en el interior de la casa. Charlaba y reía con el resto de las mujeres, aceptando todo el licor que le ofrecían. No dejaban que tuviese su vaso vacío. Hasta se vio obligada a darle varias caladas al porro que la hermana de Penélope tenía, ya que era parte de los retos que se proponían.

Él procuró no beber mucho, así se mantenía en alerta. Se encontraba inquieto. El ambiente que había en esa casa, más su propio cansancio físico y mental, lo tenían al borde del colapso.

Malcolm se comportaba algo extraño. El hombre no había bebido una sola gota de cerveza desde que estaban allí y parecía al acecho. No dejaba de estar pendiente de lo que sucedía en su recibidor, donde se hallaban las mujeres.

Prefirió vigilarlo. Un mal presentimiento palpitaba con insistencia en su pecho y él había sobrevivido todo ese tiempo gracias a sus instintos. Ellos nunca le fallaron.

Por escuchar el insufrible monólogo de Gerard, sobre lo que había tenido que pagar por una afinación completa hecha a su auto días atrás, Adam no se percató que Malcolm había desaparecido.

No estaba en el patio, lugar al que los habían exiliado, ni tampoco lo veía dentro de la cocina buscando bebidas o algún aperitivo, sitio al que podía mirar gracias al enorme ventanal que separaba esa estancia con el patio.

Con los nervios a flor de piel dirigió su atención al recibidor, descubriendo con amargura que Candace no se encontraba en su asiento.

«Tal vez, fue al baño», pensó para no caer en desesperación, pero igual dejó a Gerard hablando solo y corrió a la casa entrando por la cocina, sin

percatarse que Jeffrey evaluaba sus movimientos mientras se ocupaba del asador.

Al llegar a la sala, Adam escuchó una conversación que se producía en el pasillo que daba a las habitaciones y al baño. Se quedó en un costado, refugiado tras un estante para así oír lo que decían.

—De verdad, ¿la estás pasando bien?

La voz de Malcolm sonaba grave y profunda, como si estuviese embriagada de deseo.

—Sí, es una velada magnífica.

Candace, en cambio, se escuchaba como ida. Los cócteles que había bebido esa noche y la marihuana hacían su efecto.

—¿La más divertida que has tenido en el pueblo?

—Yo diría que sí. No me había reído tanto desde hace mucho tiempo.

La sangre de Adam comenzó a hervir, más aún cuando sonaron risas tenues que parecían cómplices. Estaba seguro que Candace coqueteaba con Malcolm, tal vez producto de la embriaguez y de las atenciones que él le prodigaba.

—¿Sabes? Estos encuentros pueden repetirse más seguido. Solo tienes que ser más abierta a nuestras invitaciones.

—Prometo hacerlo. Me hacen falta estos momentos de relajación.

Hubo silencios en los que él solo pudo oír respiraciones pesadas y posibles gemidos. El odio, la rabia y la decepción se acumularon en su cabeza llevándolo a escuchar sonidos que no sabía si eran reales o imaginarios.

—Supongo que estas muy agobiada por la vida que te ha tocado llevar en este pueblo, pero estamos a tiempo de rectificar.

Adam apretó los puños para controlar la cólera. Sentía que Malcolm hacía referencia a él y la risita divertida de Candace empeoraba sus emociones.

Sus demonios mentales comenzaron a pulular en su mente, llenándola de ideas desquiciantes. Veía aquello como una burla, una traición. De nuevo lo humillaban echándolo a un lado, hasta hacerlo sentir como si fuese nada. Una simple marioneta.

La risa burlona de su madre retumbó cerca de su oreja.

—¿Tienes calor? Estás un poco sudada.

—Es que la ginebra del cóctel me hace sudar.

—Suele pasar. A mí el vino me sube la temperatura.

Las risas de ellos eran para Adam como martillazos en el interior de su cabeza. Los nudillos de su mano sana se le blanquearon de tanto que apretaba el puño, y los de la mano herida volvieron a sangrar.

—¿Solo el vino?

—Nooo… También otras cosas.

—¿Qué otras cosas te suben la temperatura?

No podía creer que Candace, en vez de detener esas directas insinuaciones, lo provocara aún más. ¿Qué pretendía?

—Las mujeres hermosas. Soy adicto a ellas.

—Ohhh.

Adam cerró los ojos con furia. Aquel «Ohhh» sonó tan suave y sumiso que, si Malcolm no reaccionaba al coqueteo de ella, era porque estaba hecho de madera.

—Dime algo, ¿te gustaría probar algo especial?

Él amplió los ojos ante la propuesta del hombre, sabía a qué se refería. Ese era el método que ellos habían utilizado en la universidad para volver dóciles a las mujeres de las que querían aprovecharse. Con eso les nublaban la mente para que no se percataran de lo que les hacían, confundiendo sueños con realidades, siendo imposible que luego reclamaran o hicieran una denuncia porque no estaban seguras de lo que había sucedido.

—¿Qué es? —oyó que había consultado ella, como adormecida.

—Es un licor de frutas que fabrico en casa por hobbie, soy fanático de la coctelería. Tengo una botella en la biblioteca, ¿me acompañas?

—Pero… ¿y la partida de póquer?

—A las chicas les irá bien sin ti, solo será unos minutos. Quiero que pruebes un licor de cerezas y hierbas que preparé hace unos meses. Necesito la opinión experta de alguien familiarizado con plantas. ¿Te animas?

—Ummm… Está bien. Despertaste mi curiosidad, amo las cerezas.

—Espero despertar otras cosas —expuso con picardía.

Adam quedó paralizado mientras ellos se dirigían a la biblioteca. La furia lo consumió de tal manera que por un momento dio una mirada a los alrededores con ganas de destruirlo todo, de hacer añicos cada rincón de aquella sala, de quebrar los cristales de las ventanas y con los trozos filosos

atacar las gargantas de quienes lo traicionaban para ver cómo se desangraban a sus pies.

Esa idea a cada segundo le parecía la más acertada y sintió un deseo inmenso por llevarla a cabo. La locura estaba a punto de dominarlo, pero se esforzó por calmarse y dar media vuelta para irse de esa casa y abandonar a Candace a su suerte.

Ella merecía el castigo que estaban a punto de darle. No era una mujer honesta ni leal, solo una más del montón, una por la que no valía la pena arriesgarse. Una igual a *Ella*. No quería cometer un segundo error.

Pero una poderosa sensación de miedo creció en su interior y le trajo aterradores recuerdos de su pasado.

«Ayúdame, por favor. ¡Tienes que creer en mí!».

En una ocasión se dejó llevar por las mentiras. Lo engañaron. Cayó como un iluso en la emboscada que le habían tendido. Actuó como simple marioneta de sus titiriteros.

No podía repetir el pasado. Ya tenía a demasiados fantasmas atormentándolo día y noche. No quería acumular más.

Se apresuró por atravesar el pasillo hasta la biblioteca, encontrando la puerta entreabierta. Por la rendija pudo ver el perfil de Candace y la espalda de Malcolm. Él le había entregado un vaso con un licor rojizo mientras ella se sentaba en el respaldo de un sofá. Parecía cansada, confundida y algo molesta.

Al darle un trago, se mostró sorprendida.

—Está delicioso.

—Bebe más.

Él la obligó a que tomara varios tragos. Adam sabía que aquel licor era muy fuerte y en segundos hacía un efecto devastador en sus víctimas, dejándolas sin autonomía.

Candace trató de apartar el vaso de sus labios, pero él lo empujó para forzarla a tomar otro sorbo. La quería medio inconsciente. De esa manera no solo un hombre podía aprovecharse de ella, era evidente que Malcolm preparaba el terreno para que Jeffrey también disfrutara.

—¿Te gusta? —preguntó sonriendo con satisfacción al ver que la mujer comenzaba a adormilarse.

—Es dulce… y ligero… —habló con la voz casi apagada.

—Yo también puedo ser dulce y mi roce ligero.

Malcolm apartó los mechones de cabellos que pretendían cubrirle la cara. Lo hacía con adoración, con miradas hambrientas. Repasaba su rostro y su cuerpo mientras sus dedos la recorrían hasta posarse en el primer botón de la blusa.

—¿Qué haces? —preguntó ella, embriagada, cuando él lo abrió y se dirigió al segundo.

—Te veo acalorada. Solo ayudo a ponerte cómoda.

—No…

Intentó quitar las manos de él de su ropa, pero Malcolm la había acorralado y ella comenzaba a notarse débil. El licor hacía su efecto.

—Tranquila, Candace. Solo quiero hacerte sentir mejor.

Malcolm le quitó el vaso de las manos para ponerlo en una mesa y siguió desabrochando la blusa, pero la mujer buscaba zafarse.

—Por favor, déjame… no…

Ese ruego hizo estremecer a Adam. Esas palabras las había escuchado antes y en aquella oportunidad, él no había hecho nada. Se paralizó por la ira, afectado por la traición, pero esas súplicas nunca dejaron de retumbar en su mente.

—Vamos, Candace. Solo cierra los ojos y déjate llevar.

Malcolm se inclinó para besar su cuello, pero la mujer se agitó buscando apartarlo. Usaba las escasas fuerzas que le quedaban.

Para volverla más sumisa, él tomó de nuevo el vaso y lo llevó a sus labios con intención de obligarla a beber más. Candace lo lanzó al suelo de un manotazo, algo que enfadó al hombre por el ruido que había hecho.

Con furia la golpeó en el rostro y la tumbó en el sofá, luego tomó el sujetador de la mujer y la desgarró con un solo movimiento para exponer sus senos.

—No. ¡Adam!

Aquello lo hizo reaccionar. No fue la voz angustiada y suplicante de Candace lo que había escuchado, sino la de *Ella*. De nuevo lo llamaba rogando su ayuda y él no podía volver a ser indiferente.

Entró enseguida a la biblioteca y con un fuerte empujó apartó a Malcolm logrando estrellarlo contra un estante lleno de libros, donde se golpeó el costado y la cabeza.

—¡¿Qué mierda haces, Adam?! —exigió colérico y lo encaró con los puños cerrados.

Ambos hombres se enfrentaron cara a cara, aunque sin atreverse a hacerse nada. Si hacían un escándalo, las mujeres que estaban en el recibidor se percatarían de lo que sucedía.

—¿Qué mierda haces tú? —preguntó con la mandíbula tensa y temblando por la furia.

Como Malcolm se mantenía quieto, solo dedicándole miradas llenas de odio, Adam decidió acercarse a Candace para levantarla del sofá. Ella buscaba recomponer su ropa con movimientos descoordinados.

—¿Ahora te crees el protector de las mujeres indefensas? —bramó Malcolm—. Si lo que querías era cogértela de primero podías haberlo pedido de manera amigable. Nunca tuvimos problemas con eso.

Adam apretó la mandíbula con enfado y cargó a la chica para sacarla de la habitación sin dejar de vigilar al hombre.

—A ella no. Se los advertí.

Se marchó con Candace en brazos, Malcolm siguió sus movimientos observándolo con enfado. Sabía que si intentaba quitársela él se volvería histérico y violento, ya había sucedido en otras ocasiones. Adam enloquecía cuando creía que una presa le pertenecía únicamente a él.

En la sala se detuvo al toparse con Jeffrey. Pensó que tendría que dejarla en el suelo para enfrentarlo, pero el hombre no hizo nada en su contra. Lo miró con amenaza mientras él caminaba hacia la puerta.

Salió de la casa con la mujer casi desmayada, estando afuera corrió a su auto y la acostó en el asiento trasero.

—Adam… Adam… —susurraba Candace con debilidad mientras ponía el auto en marcha.

Él no la escuchaba. Mantenía su atención, envenenada por la furia, en la vía y apretaba los puños con fiereza en el volante. En su cabeza solo veía golpes y sangre, y oía gritos y llantos de súplica y auxilio.

Un calor asfixiante lo rodeaba. Estrategia que había sido la única que le había dado alivio en el pasado y ahora comenzaba a considerar en ese momento de su vida.

Capítulo 13.

La llevó a su casa y en silencio la metió en su habitación procurando evitar que Piedad o Peter los escucharan. Sabía que ellos ya habían vuelto.

Ahora Candace estaba del todo desmayada, así que la acostó en su cama y, después de cubrirla con una frazada, revisó su teléfono móvil, que había sonado un minuto antes por la llegada de un mensaje de texto.

«Rompiste el trato. Sal ya».

Gruñó con enfado. Malcolm y Jeffrey estaban afuera de su casa. Lo esperaban.

No hubiese querido llevar ese problema a su casa, pero no pudo evitarlo. Luego de asegurarse que la mujer estaba bien, fue al encuentro de los hombres.

Ellos se estacionaron a varios metros de distancia, semiocultos gracias a una pared de arbustos altos.

Cuando Adam llegó, Malcolm, sin mediar palabras, lo tomó con furia por el cuello de la camisa y lo estampó contra su auto.

—¡Eres un maldito cobarde! —masculló entre dientes, muy cerca de su cara. Adam procuró no reaccionar ante su desafío.

—¿Yo soy un cobarde?

—No te creas mejor que nosotros —advirtió Jeffrey ubicándose cerca de él, a un costado y con pose pendenciera.

—Dijimos que en Machias pararíamos.

—Dijiste que *tú* pararías —recordó Malcolm afincándose en el pronombre.

—Estabas en tu casa, a unos pasos de tu esposa —reprochó Adam. Malcolm le respondió con una sonrisa perversa.

—Sabes muy bien que no es la primera vez que hago eso en casa y Penélope jamás se ha enterado. Sé lo que hago.

Adam apretó la mandíbula con enfado. Penélope siempre resultó una esposa perfecta para Malcolm: sumisa y despistada, o eso hacía creer ella. Fuese, como fuese, para el hombre resultaba un buen convenio. La proveía de todo a cambio de silencio y de no intervenir.

—Pero habían otras personas y Candace no estaba del todo inconsciente. Iba a recordarlo.

—Ya te lo dije, imbécil, sé lo que hago. No tenías por qué intervenir.

Adam empujó a Malcolm logrando que lo soltara mientras lo taladraba con una mirada furiosa.

—Ella ha estado conmigo estas semanas, lo sabes. Eres tú quien no tenía por qué intervenir.

Jeffrey se acercó para hablarle, con el cuerpo tenso por la rabia.

—La elegimos apenas llegó al pueblo. Conoces nuestros códigos, pero igual actuaste para quedarte con el premio.

—Es una maestra de escuela, ¡la maestra de nuestros hijos! ¿No les parece que sería muy evidente?

—¿Y desde cuando te importa lo evidente? —soltó Malcolm con altanería—. Si no querías participar, debías cerrar tu bocota y apartarte, como lo has hecho los últimos años, no meterme en nuestro camino. Acabas de hacer todo más difícil.

Adam cerró los puños para soportar la rabia que lo embargó. Sabía que esa discusión no era el final de ese problema. Para ellos, aquello se había convertido en una competencia, una obsesión que él acrecentó al crear obstáculos.

—Yo la elegí, de la misma forma en que ustedes eligieron a Penélope y a Lorena.

—Ni Penélope ni Lorena sirven para nuestros fines. Lo sabes —bramó Malcolm, a quien le costaba controlar la ira que sentía por no haber culminado lo que había iniciado.

Adam no pudo rebatir sus palabras, porque sabía que eran ciertas. Penélope tenía un carácter demasiado simple, era tonta e insoportable, sin otro fin en la vida que tener suficientes esmaltes para las uñas a su disposición o vestir a la moda. Muy fácil para dominar.

Lorena, al contrario, era fiera y absorbente, obstinada con sus responsabilidades y prepotente. Tan difícil de dominar que producía cansancio.

Candace, en cambio, estaba en un punto medio perfecto. Daba batalla haciendo entretenida la contienda, pero cuando se daba lo hacía entera, hasta volverse una delicia. Él mejor que nadie lo sabía. Además, tenía un físico especial, uno que atraía a los tres por igual y ninguno pudo pasar

desapercibido. Todas sus víctimas compartían casi las mismas características externas.

—Creo que lo que perturba a nuestro amigo no es el problema que nos pueda generar la maestra si logramos lo que nos proponemos —habló Jeffrey con soberbia—. Sino el enorme parecido que esa mujer posee con… Berenice.

Adam sintió el vapor de la ira recorrer su cuerpo al escuchar ese nombre, uno que evitaba por todos los medios pronunciar para no atraer recuerdos y sensaciones indeseables.

Rugió como un lobo herido antes de abalanzarse contra el hombre buscando lastimando. Lo estampó contra unos arbustos golpeando su espalda en las ramas.

Quiso darle un puñetazo en la cara, pero Malcolm logró detenerlo a tiempo. De nuevo se aferró al cuello de su camisa y lo estampó contra su auto apoyando todo su peso en él.

—Pedazo de imbécil. Quédate quieto. Vi a tus vecinos a pocos metros de aquí, los atraerás con tus gritos.

Adam no pudo calmarse. Forcejeó con él ansioso por quitárselo de encima. Haber escuchado aquel nombre lo desquició, brotaba en él su lado más oscuro.

—¡Maldito hijo de puta, voy a matarte!

La risa burlona de Jeffrey no lo ayudó a serenarse.

—Sí, hazlo —pinchó el hombre—. Así te meten en prisión y dejas solo a Peter. Pero tranquilo, Malcolm puede hacerse cargo de él. Total, podría ser su hijo, ¿cierto?... ¿O mío?

Eso último lo dijo con voz amenazante, de esa forma logró que Adam dejara de luchar, aunque no calmó la ira que destilaba de su mirada.

—Peter es mi hijo —afirmó con la mandíbula prieta y con ferocidad, al tiempo que se sacudía de forma brusca el agarre de Malcolm—. Se van ya de aquí y dejan a Candace en paz —advirtió, y los señaló con un dedo.

Jeffrey emitió una risotada y negó con la cabeza. Malcolm, en cambio, respondió a su desafío con un igual. Lo barrió con ojos feroces manteniendo una postura severa.

—Pagamos nuestro error al dejarte a Peter, Adam. No te debemos nada más. Nada —pronunció la última palabra con firmeza, empapándola de la

furia que asfixiaba su mente—. Ninguno quería que *Ella* muriera, pero fue inevitable.

Luego lo apartó para subir a su auto. Jeffrey lo siguió no sin antes burlarse de Adam con otra risa provocadora.

Cuando ellos se marcharon volvió a su casa, pero no pudo subir las escaleras para ir a su habitación. Estaba demasiado dolido.

Al nombrarla desataron toda la amargura que intentaba enterrar en su corazón.

Se dirigió al garaje y se encerró ahí, para drenar el dolor que lo agobiaba y le impedía respirar con normalidad. Lloró como un niño de pecho, uno hambriento y asustado.

Se aferró a su cabeza apretando sus cabellos con los puños, como queriendo arrancarse los recuerdos que lo sofocaban: el de su risa alegre, su mirada enternecedora, sus manos suaves y su pecho cálido, pero, sobre todo, su larga y sedosa cabellera.

La cabellera de Berenice había sido su mayor obsesión. Gracias a ella posó su atención en esa mujer, la adoró desde el primer momento en que se vieron a los ojos y le concedió el valor para enfrentarse a los demonios que los rondaban, aunque falló.

Nunca volvió a mencionar su nombre para no acordarse de esos detalles, pero ahora todo salía a la luz y le calcinaba las entrañas.

Berenice, *su* Berenice, de nadie más.

«No importa lo que hagas, Adam. Tus errores te perseguirán siempre y te llevarán contigo». Recordar la maldición que le había impuesto su madre lo doblegaba aún más. Aunque lo evitara, no podía olvidarse de *Ella*. Berenice siempre estaría en su mente y en su corazón, no importaba cuanto se esforzara por suplantarla.

Apartó un cajón de hierro, muy pesado, que estaba apoyado contra una pared y donde guardaba herramientas. Así reveló la trampilla que se hallaba debajo de él.

Alzó la madera que la cubría para sacar de su interior una caja chata de metal, que al abrirla, reveló el tesoro que escondía dentro: una larga y sedosa cabellera castaña atada en un extremo con una cinta color lila.

La tomó con devoción, mostrando una sonrisa enfermiza en su cara empapada por lágrimas. Sus ojos se ampliaron para repasarla con locura, como si aquel fuera el objeto más preciado que tenía en la vida. Uno que

había robado de una mujer agonizante antes de que las llamas la consumieran.

—Berenice… —susurró de forma apasionada, y se pasó los cabellos por el rostro hundiendo la nariz en ellos. Todavía mantenían su esencia a jazmines.

De esa manera podía sentirla a su lado y recibir de ella el consuelo que necesitaba.

Capítulo 14.

A la mañana siguiente, Adam se encontraba en la cocina, preparando el desayuno. Piedad y Peter estaban sentados en la mesa, leían la historieta que había sido publicada en el diario de ese día.

El hombre le agregaba manteca a unas tostadas cuando Candace apareció en la estancia. Al verla, se sorprendió tanto que dejó caer el cuchillo de untar sobre el plato, produciendo un ruido que llamó la atención de todos.

Peter ahogó un grito de alegría al descubrir que su maestra estaba en su casa, enseguida se levantó de su silla para correr hacia ella y abrazarla por la cintura.

Candace lo recibió con ternura, aunque se notaba un poco afectada por las drogas que Malcolm le había suministrado a través del licor de cereza, parecía muy cansada.

—Hola, corazón.

—¿Qué haces aquí?

Ella quedó en silencio un momento para compartir una mirada confundida con Adam. No sabía cómo justificar su presencia allí.

—Candace y yo estuvimos anoche en esa reunión importante a la que tuve que asistir de emergencia —explicó Adam, aún inquieto—. Se nos hizo tarde y le ofrecí quedarse con nosotros a pasar la noche. Hoy la llevaré a su casa.

A Peter se le iluminó el rostro por la felicidad.

—¿Puede irse en la tarde? Así pasa el día con nosotros.

Adam no supo que responder. Ansiaba tener siempre disponible y a su lado a Candace, pero ella, al tener la blusa rota, había tomado algo de su habitación para cubrirse hallando la chaqueta negra de piel que el día anterior Malcolm y Jeffrey le habían dejado en casa.

Aquella prenda había pertenecido en el pasado a Berenice y alguno de ellos debió conservarla llevándola a su casa para molestarlo.

Ahora ella la usaba, dejando además su larga y lacia cabellera suelta cayendo con suavidad sobre su espalda hasta tocarle casi la cintura. Así, el

leve parecido que tenía con su exmujer muerta se hacía más evidente. Eso lo desequilibraba.

—Creo que Candace tenía trabajo pendiente.

El niño puso cara de enfado e iba a replicar cuando la mujer intervino.

—Y no me siento muy bien —alegó poniendo cara de enferma para que Peter no se quejara—. Comí algo anoche que me cayó mal en la panza. Quiero ir a mi casa a tomarme una medicina.

—Papá tiene medicinas para el estómago.

—Para niños —aclaró Adam con una sonrisa tensa—, no para adultos.

—Pero, papá… —lloriqueó el chico.

Candace lo abrazó y le dio muchos besos y mimos para evitar que pataleara y le prometió pasar alguna tarde de la semana solo con él, mientras su padre trabajaba. En la escuela le avisaría el día.

Costó convencerlo de aquel plan para que dejara ir a su maestra. Al hacerlo, el chico quedó con Piedad en casa desayunando mientras Adam llevaba a Candace a la posada en su auto.

Al estar solos, la mujer asumió un semblante entre enfadado y preocupado.

—¿Hicieron algo… conmigo? —preguntó con dificultad.

A pesar de que la ira era la emoción que más predominaba en sus facciones, el miedo le brillaba tan radiante en las pupilas que conmovió a Adam.

—No. Te juro que nadie llegó a tocarte —aseguró confundido.

El último recuerdo que debió tener Candace antes de desmayarse por las drogas que contenía el cóctel debió ser el de la biblioteca cuando discutía con Malcolm, o tal vez, su intervención para alejarla de ese hombre. ¿Acaso habría escuchado el debate que se había producido entre ellos?

—Maldito miserable —expresó ella en susurros en referencia a Malcolm y con su atención puesta en la vía.

—Candace, sé que fue un hecho terrible el que él estuvo a punto de cometer, pero te pido, no lo denuncies.

La mujer lo observó con indignación, así él pudo notar las lágrimas que ella tenía apresadas en los ojos.

—¿Qué no lo denuncie?

—Recibió su merecido. Yo me encargué de eso anoche.

Adam no podía permitir que ella hiciera público ese suceso. Eso podría ser peligroso. Malcolm tenía secretos turbios que, si salían a la luz, lo empañarían a él.

Candace resopló con burla.

—Me drogó para violarme y dentro de su propia casa, ¡a escasos pasos de su esposa y de sus invitados! —impugnó comenzando a alterarse.

—Todos estábamos muy pasados de tragos anoche. Tú también —dijo eso último con reproche.

—¿Qué tratas de decir? —quiso saber, ofendida.

—Le seguiste el juego. Te escuché coqueteando con él en el pasillo y acompañarlo a la biblioteca cuando te lo propuso.

Ella se mostró más enfadada.

—¡¿Me seguías?!

Adam se molestó tanto por su consulta que golpeó con fuerza el volante del auto para descargar la rabia que lo agobiaba. Ella lo observó asustada.

—¡Coqueteaste con él, Candace! —expuso con furia—. ¡Y lo haces con todos! ¡Con Jeffrey, conmigo y con cada hombre que se te acerca!

Por un momento hubo silencio. Adam mantenía su atención fija en la vía, pero Candace tenía la suya en él, con un semblante asombrado.

—¿Estás insinuando que…?

—¿Es imposible ser leal?

La pregunta de él estuvo cargada de tanta amargura que enmudeció a la chica por unos segundos.

—¿A qué debo serle leal? ¡¿A la relación secreta que tenemos?!

—¡Es una relación, a fin de cuentas!

—¡¿Una relación abierta?!

Él la miró un instante con rabia.

—¡¿Abierta?! ¡¿De dónde sacas esa idea?!

—Por esto —dijo ella y tomó con una mano la chaqueta negra de piel que, evidentemente, pertenecía a una mujer y había encontrado en la habitación de Adam.

Él perdió el habla por unos segundos, tuvo que estacionar el auto en el costado de la vía porque la intensidad de la discusión amenazó con bloquearle la mente.

—Es una chaqueta vieja, que saqué ayer mientras limpiaba unos cajones. Iba a donarla a la caridad —justificó sin darle la cara.

Estaba afectado al hablar de la prenda, era como si indirectamente lo estuviese haciendo de Berenice.

—¿Por qué la tenías?

—Perteneció a la madre de Peter.

Candace se impactó por la noticia, pero aquello lo que despertó fue su enojo, aunque se esforzó por disimularlo.

—Dijiste que no habías guardado nada de ella.

Adam tardó en responderle. Ideaba en su cabeza una mentira que justificara la presencia de ese objeto en su casa.

—La dejó cuando nos abandonó y yo la guardé olvidándome de ella. Pensé que la había desechado hace mucho. Me sorprendió encontrarla.

Un nuevo silencio inundó el interior del auto, volviéndose sofocante.

—¿Te molesta que la haya tomado?

Él respiró hondo y puso el auto en marcha para retomar el camino.

—No. Puedes quedártela si quieres.

No dijeron nada más hasta llegar a la casa de ella. Candace enseguida bajó del vehículo y se alejó sin despedirse.

—¡Candace! —Se detuvo ante su llamado y apretó los puños para controlar la rabia y encararlo—. Por favor, no hagas una denuncia. Te prometo que me encargaré de ese asunto.

Ella lo traspasó con una mirada letal, capaz de alterarle los nervios.

—¿Por qué no quieres que denuncie?

—Porque… —Él se lo pensó un instante, nervioso—. Por Penélope y Sury.

Ella resopló indignada, pero se mordió los labios para superar la amargura antes de intervenir.

—Ocúpate de tus asuntos, Adam. Yo lo haré de los míos —respondió con altanería y dio media vuelta para entrar en su casa.

Él la observó hasta que ella se perdió de su vista mientras un revoltijo de rabias, miedos y deseos frustrados se acrecentaban en su interior.

En la noche, cuando la tuvo en su cama, sintió un deseo irrefrenable por poseerla, por tomarla mientras estaba inconsciente, como en otras oportunidades lo había hecho con otras mujeres. Pero el recuerdo palpitante de Berenice no lo abandonó, saboteando sus pretensiones.

Solo fue capaz de mantenerse cerca. Se sentó en una silla frente a la cama y la observó dormir por horas. Apreció su larga cabellera

desparramada sobre su edredón y cubriendo parte del rostro de ella. Sintió ganas de tomar unas tijeras y cortarla, para así conservarla consigo para siempre, la ocultaría junto a la cabellera de Berenice.

Lo detuvo el hecho de no saber cómo justificar esa desaparición al día siguiente. Sería demasiado evidente.

Se miró las manos y notó que temblaban. Estaban ansiosas por adueñarse de aquello que anhelaban. Decenas de voces comenzaron a parlotear en su cabeza.

«Ve por ella», «es tuya», «consérvala», «no te la dejes quitar»… Todas ellas mezcladas con la risa de burla de su madre. Su maldita madre.

Cerró los ojos con fuerza para represar el llanto que pugnaba por salir de su pecho y así buscar alivio a su eterno sufrimiento.

Enseguida puso el auto en marcha para irse de allí. Necesitaba poner distancia entre él y Candace para evitar hacer lo que su cabeza atormentada no paraba de decirle: «mátala», «mátala», «es tuya», «no te la dejes quitar»…

No quería cometer más errores. No podía hacerlo. Perdería a su hijo si daba de nuevo un paso en falso y Peter era todo en su vida. Su motivo para vivir.

Se fue de allí con rapidez, sin percatarse que Candace lo miraba con atención desde la ventana. Había evaluado cada una de las acciones del hombre.

Capítulo 15.

El lunes, Candace asistió al colegió con una actitud distinta. Se veía más segura de sí misma y algo enfadada.

Se vistió con la chaqueta negra de piel que había tomado de la habitación de Adam y recibió a los niños en la puerta de la escuela. Saludaba con cariño a todo el que se le acercara, como siempre lo había hecho, sin mostrar ninguna diferencia en su trato.

Al llegar Adam, la vio hablando de forma amigable con Gerard, que ese día había ido a llevar a su hijo. El hombre le reclamaba con gracia su desaparición repentina de la reunión en la casa de los Conrad, sin despedirse. Ella inventó un serio malestar del estómago producto de los cócteles, pudiendo solo avisarle a Malcolm de su partida.

—Así que hiciste de caballero de brillante armadura y fuiste a llevar a la maestra a su casa, Adam —comentó el hombre con sorna al verlo acercarse a ellos—. Pensé que volverías a la reunión luego.

El aludido sonrió con esfuerzo, afectado no solo el hecho de ver a Candace vestida con la chaqueta que había pertenecido a Berenice, sino además, por la mano que mantenía en el hombro de Gerard de forma amigable. Los celos lo atormentaron.

Consideraba que ella se tomaba demasiadas licencias con otros hombres, parecía provocarlos con alguna intención.

—Ese día me había tocado trabajar, estaba cansado, y Peter estaba con una niñera. Preferí ir con él.

—Los hijos son una debilidad para los padres, ¿no lo cree, maestra?

—Sí, señor Donovan. Por ellos muchos han tenido que hacer cosas indeseables.

Adam apretó el ceño luego de esas palabras. Temía que ella supiera algo de su pasado, por eso lanzaba aquellas indirectas, pero se calmó al comprender que sería imposible. Candace no sabía nada de él… ni de Berenice.

—Te pido que no sigas refiriéndote a mí por mi apellido —pidió Gerard —. Luego de la celebración pasada podemos tener más confianza. ¿Puedo

llamarte Candace?

—Por supuesto. Eso me encantaría, Gerard.

Ambos sonrieron con picardía, haciendo que las venas de Adam se tensaran en su frente por la rabia. Cuando el hombre se marchó y quedaron solos, él se aproximó a ella para hablarle de forma confidencial.

—¿Podemos reunirnos esta tarde?

—Tengo trabajo de la tesis que hacer.

—Por favor, Candace.

La mujer lo miró con odio.

—Eres insistente rogando. ¿También lo eres para responder a un ruego?

La pregunta lo paralizó. Cientos de «ayúdame» comenzaron a resonar en su cabeza, dispuestos a atormentarlo.

—Lo hice apenas gritaste mi nombre —respondió con reproche, refiriéndose a la escena en la biblioteca de Malcolm cuando la salvó de ser violada mientras estaba inconsciente.

Ella perdió la soberbia para mostrarse incómoda.

—Luego de las cuatro de la tarde podemos vernos —accedió resignada, y no muy feliz de hacerlo—. Pero solo a tomar un café. De verdad estoy muy ocupada. Perdí todo el domingo por culpa de los malestares que me dejó la droga que tu amigo me dio —reclamó de forma discreta para que solo él la escuchara y con desprecio—. Mi trabajo de la universidad está muy atrasado.

—Lo entiendo, te prometo que solo te distraeré una hora.

Candace le dedicó una mirada sanguinaria antes de darle la espalda y entrar en el colegio, sin despedirse. Él solo pudo tragarse sus culpas y esperar la hora del encuentro.

Se vieron en el café de la calle Main, donde se habían reunido la primera vez. Ella seguía mostrándose irritada, por eso Adam se esforzaba por complacerla.

A pesar de sus aprehensiones se sentó en una mesa junto al ventanal, a la vista de todo Machias y, en vez del típico café frío que solía tomar en ese lugar, dejó que la mujer pidiera por ambos. Candace se inclinó por dos simples cafés americanos.

—Si me trajiste aquí para insistir en que no denuncie a Malcolm por lo que hizo…

—Lo lamento —la interrumpió.

Ella lo observó impactada.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Debí insistir en que no fueras a esa casa, o actuar antes de que él hiciera algo. Sabía lo que pasaría.

—¿Sabía lo que ese hombre pretendía hacerme? —consultó con rabia y alzó un poco la voz.

Adam tuvo que pedirle silencio, más aún, cuando se aproximó el mesero con los cafés. Al quedar solos de nuevo él decidió continuar la charla, pero antes vigiló los alrededores para asegurarse que nadie los escucharía. Aquel lugar era muy concurrido.

—Sé cómo actúa Malcolm cuando está pasado de tragos —explicó, mintiendo en parte. Solo anhelaba el perdón de la mujer para retomar la relación donde la habían dejado. Quería estar con ella.

—No puedo creerlo, ¡¿y por qué no me advertiste antes?!

Candace de nuevo alzó la voz, Adam empalideció. No sabía cómo exigirle que fuera más discreta.

—Quise hacerlo, pero… temí que no me creyeras y pensaras que solo eran celos de mi parte.

Él se sintió incómodo por la mirada reprobatoria que ella le dirigió.

—¿Por qué lo proteges? ¿Por qué no lo denuncias? ¿A cuántas han agredido?

La última pregunta congeló su sangre en las venas. Candace hablaba en plural.

—Solo… evito problemas con él y… Soy padre. —Su justificación la indignó aún más—. Pienso en Sury. Para la niña será traumático ver a su padre en problemas legales.

—¿Y ver cómo él abusa de otras mujeres es fortalecedor para ella?

—Candace, por favor… —suplicó tenso, pero se calló al ver aparecer a una representante de la escuela que se acercó a saludar a Candace con un beso y luego se marchó.

La joven disimuló su enfado bebiendo su café, pero los ojos le brillaban por la furia que tenía acumulada, Adam lo sabía y ansiaba arrancarle esa emoción dañina del cuerpo.

—Hablé con Malcolm antes de venir aquí —mintió de nuevo—. Me aseguró que no volverá a tocarte nunca más, ni a intentar nada contigo.

Por complicaciones en el trabajo, Adam no había podido reunirse con aquel hombre, además de que no quería hacerlo. Era consciente de que no terminaría de buena manera ningún encuentro con ese tipo, ni con Jeffrey, pero debía hacerlo. Tenía que dejarles en claro que Candace sería para él, ya lo había decidido.

Sin embargo, la risa de burla de ella le hizo entender que no confiaba en su palabra. Eso lo molestó.

—Candace, escucha…

—¿Malcolm te comentó algo sobre lo que hablamos hoy?

Él quedó de piedra ante la duda de la mujer.

—¿Qué?

—Fue a la escuela al terminar la jornada y hablamos. Quería disculparse.

La sangre de Adam ardió por la ira. No había podido ir a la escuela a buscar a Peter por atender asuntos de trabajo, tuvo que llamar a Piedad para que le hiciera el favor de retirarlo, por eso, no se había encontrado con ella ni se había enterado de la visita de Malcolm.

—¿Qué te dijo? —preguntó con voz lacerante, porque estaba seguro de que aquel hombre aprovecharía la ocasión para joderle aún más la relación con Candace.

—Me contó lo que hacían en la universidad. Los tres. —Adam se puso lívido con la noticia. Ella se refería a Malcolm, Jeffrey y él—. De las fiestas descontroladas a las que iban y de las drogas que usaban para dormir a chicas, a las que luego violaban entre todos dejándolas abandonadas en lugares públicos, desorientadas y lastimadas.

Apretó los puños para controlar la rabia y se odió a sí mismo por haberse descuidado con Malcolm. Sabía que sería capaz de hacerle algo así, de revelar sus turbias verdades.

—No fue una, Adam, ni dos. Fueron decenas de mujeres durante cuatro años. Jamás los denunciaron porque «sabían lo que hacían». Eran un equipo.

Bajó la mirada a su café, desconcertado. No encontraba palabras para evitar que ella sintiera repulsión hacia él y quisiera abandonarlo.

Pero el miedo a perderla llenaba su pecho. No quería estar más solo, seguir durmiendo entre fantasmas, rodeado por los rostros de todas esas mujeres a las que había agredido por pura diversión y para saciar sus más

bajos instintos. Quería parar, intentó hacerlo al salir de la universidad, pero Malcolm y Jeffrey lo siguieron hasta Maine y se asentaron allí, cerca de él, para recordarle eternamente sus errores.

—Candace, yo…

—Eso fue el pasado. ¿Es lo que vas a decir? —lo interrumpió mientras lo traspasaba con una mirada cargada de decepciones.

—Sí, fue el pasado —expuso con seguridad, aunque agobiado por los fatales recuerdos que llegaban a su cabeza.

Varias de las mujeres a las que habían atacado no quedaron del todo dormidas por las drogas, sufrían despiertas. Mientras las agredía dejaban clavados sus ojos llenos de miedo y amargura en él y susurraban palabras de auxilio que nunca había podido olvidar y ahora lo perseguían como si fueran demonios dispuestos a perjudicar su salud mental.

—Te juro que ya no sigo cometiendo esos errores.

Y había sido cierto, en parte. Su madre se había enterado de todo antes de morir porque él, en un arrebato de desesperación, se lo contó. Necesitó contarle a alguien del dolor que lo consumía, pero su madre lo que hizo fue ofenderlo e insultarlo, y condenarlo imponiéndole una maldición de la que aún no podía liberarse: «Tus errores te perseguirán siempre y te llevarán consigo».

Desde que había llegado a Machias intentó mantener esos instintos fuera de su alcance, solo terminó cediendo cuando apareció Berenice.

—No me jures en vano.

—No lo hago. Tienes que creerme.

—¿Creerte? —Ella se inclinó sobre la mesa para acercar su rostro furioso a él— Eres un monstruo, Adam. El tipo de hombre que nos enseñan a las mujeres a temerle y huirle.

Él apretó la mandíbula para controlar la cólera y el miedo.

—No soy un monstruo. No lo he sido contigo desde que estamos juntos.

—Pudiste haber evitado que cayera en las depravadas manos de Malcolm y no lo hiciste sino a último momento. Si yo no hubiese gritado tu nombre no habrías acudido a salvarme.

—¡Sí lo hubiese hecho! —expuso con tanta fiereza que sin quererlo, alzó la voz y golpeó la mesa con un puño, llamando la atención de algunas personas que se hallaban cerca.

Disimularon lo ocurrido al recomponer sus semblantes y beber un poco de café. Cuando se percataron que ya nadie los veía, Candace decidió continuar.

—Por eso insistes en que no denuncie a Malcolm, ¿cierto? Tienes miedo de que él te delate y salgan a la luz tus crímenes.

Él la observó con severidad.

—Solo quiero olvidar el pasado y construir un mejor futuro.

Ella sonrió sin gracia.

—¿Sin pagar por el mal que has hecho?

—¿Acaso piensas denunciarme?

Al decir esas palabras el rostro de Adam se transformó de tal manera que Candace perdió su actitud altanera para mostrar temor. Él ahora parecía aterrador, un tipo intimidante y peligroso, capaz de hacer mucho daño si se lo proponía.

Por instinto miró las manos del hombre. Eran grandes y rústicas, acostumbradas a trabajar con la tierra y con herramientas, como le exigía su trabajo, y ella sabía que eran fuertes y ágiles, y muy rudas cuando quería serlo. Solo con ellas sería capaz de acabar con su vida en segundos.

—Hice un trato con Malcolm. —La noticia desconcertó a Adam—. Juró no molestarme nunca más a cambio de mi silencio. Por los niños acepté. —Él apretó el ceño, aún más contrariado—. Yo, a diferencia de ustedes, no soy un monstruo. Los niños me preocupan. Peter merece una vida que no esté marcada por la condena.

—Es la vida que quiero darle.

—Entonces, deberías alejarte realmente de esos hombres.

—Lo hago. Si volví a ellos fue por ti —aclaró observándola con fijeza —. Para protegerte.

—Entonces, aléjate de mí —dijo y se puso de pie.

Él la imitó y tomó su mano para evitar que se marchara y lo dejara.

—No puedo alejarme de ti. Ya no.

Candace pudo percibir el brillo de desesperación que titiló en los ojos de Adam. No se sintió cómoda con eso, no deseaba ser la obsesión de nadie, mucho menos, de un sujeto como él.

Adam era peligroso, tanto como lo eran Malcolm y Jeffrey. Quitárselo de encima no sería fácil, pero tampoco podía hacerlo de forma violenta,

porque lo que lograría sería atraerlo más. Lo difícil despertaba sus ansiedades.

Debía ser astuta para escapar de ellos.

—Necesito irme, recuerda que tengo trabajo atrasado de mi tesis. Mañana, ¿puedo pasar la tarde con Peter? Se lo prometí y me gusta cumplir mis promesas.

La propuesta calmó el palpitar galopante del corazón de Adam. Había tenido tanto miedo de perderla y de perder la tensa paz que había logrado en ese pueblo por culpa de la amenaza a una denuncia, que hubiese sido capaz de cometer otro acto imprudente solo para recobrar la tranquilidad.

Pero Candace le daba una oportunidad. Tenerla cerca de Peter, en su terreno, lo ayudaría a conseguir los medios para retenerla a su lado. Aunque antes debía encargarse de la sombra que Malcolm y Jeffrey ejercían sobre ellos.

—Claro que puedes. A él le encantará.

La mujer sonrió con dificultad y aplicó algo de firmeza para librarse del agarre de él y salir de la cafetería, pero la aparición del comisario la detuvo.

—Buenas tardes.

Adam se inquietó al verlo.

—¿Burns?

—Disculpa, Bradle, pero pasé por tu oficina y no te encontré. Al ver tu auto estacionado afuera decidí acercarme.

—¿Sucede algo? —preguntó tenso.

Candace se ocupó en evaluar con atención las reacciones de Adam.

—Necesito que pases por la comisaría para hacerte unas preguntas.

—¿A mí? ¿Sobre qué?

—Sobre el turista que desapareció meses atrás. Al fin encontramos el cuerpo.

A Adam le costó disimular su sorpresa, y la ansiedad que sintió por la noticia.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?

Burns miró con recelo hacia Candace.

—¿Quieres que te lo explique aquí, delante de la nueva maestra?

Él se irguió, procurando disimular su nerviosismo, y compartió una mirada con Candace.

—Vayamos mejor a la comisaría.

Burns asintió y se despidió de Candace con una venia.

—Me adelantaré. Te espero en mi oficina.

El policía se marchó, dejándolos allí, recibiendo miradas curiosas de la mayoría de los usuarios de la cafetería.

Candace se mostró satisfecha antes de irse también, parecía estar a gusto con el nuevo problema que se le vendría encima al hombre.

Adam la siguió con la mirada, bastante tenso por su partida. Tenía un mal presentimiento y él siempre había estado atento a las advertencias de sus instintos. Ellos jamás le habían fallado y lo salvaron de muchos apuros.

Capítulo 16.

Adam no pudo dormir en toda la noche. El mundo comenzaba a caérsele a pedazos.

El cadáver del turista desaparecido fue hallado semienterrado en el lodo a orillas del río, cerca del sitio donde él había estado tomando muestras meses atrás.

A simple vista, el turista parecía haber sido asesinado de un fuerte golpe en la nuca. Tenía el cráneo roto y la herida parecía haber sido generada por un objeto pesado como un palo, o una pala. Aunque antes le habían dado una golpiza en el rostro.

A la única persona que Burns encontró en los alrededores, con los nudillos de la mano heridos, posiblemente por una pelea, y portando una pala fue a Adam. Por eso se había convertido en el principal sospechoso, aunque presentó una buena coartada que lo salvó de permanecer mucho tiempo en la comisaría.

Declaró que la pala con la que había trabajado ese día la dejó en el depósito del Departamento de Protección Ambiental, mezclada con el resto de las herramientas de trabajo de esa división. Burns tendría mucho trabajo para revisarlas a todas ellas, hasta encontrar la que pudiera contener rastros de la sangre del turista asesinado. Mientras tanto, debía dejar en paz a Adam. No tenía excusas para retenerlo.

Al saberse libre de culpas, fue a su casa para esconder la pala que siempre llevaba en el baúl de su auto y buscó encargarse de su asunto más urgente. Aunque fue poco lo que pudo resolver.

Malcolm había decidido salir del pueblo con Penélope y Sury y Jeffrey se encerró en su casa con Lorena. Ninguno de los dos quiso darle la cara a pesar de que él los estuvo llamando repetidas veces.

Quería reunirlos para dejarles en claro muchas cosas, pero ambos se mantuvieron distantes. Resolvían, a su manera, los conflictos que pudiera presentarse por la amenaza de la posibilidad de denuncia de Candace, evaluando la posibilidad de marcharse de Machias.

Pero Adam no quería irse, en ese pueblo tenía todo lo que necesitaba para vivir: una casa, un buen trabajo, un ambiente tranquilo donde pudiera desarrollarse su hijo... No podían quitarle eso a Peter, no quería estar de nuevo a la deriva y condenar a su hijo a una vida como la que él había tenido.

Sentado en el borde de la cama, con los brazos apoyados en sus piernas, las manos entrelazadas y la mirada perdida, se atrevió a rememorar su crudo pasado.

Su padre lo había abandonado siendo un niño por culpa del alcoholismo de su madre y de los problemas económicos que tenían. Lo dejó con una mujer asediada por la depresión, que lo llevó a atravesar una existencia llena de dolor y miseria.

La pensión que les enviaba, su madre se la gastaba en licor y drogas. Estaba la mayor parte del tiempo semiinconsciente, buscando hombres que saciaran con ella sus apetitos sexuales y le dejaran algunos pocos billetes para comprar comida. Cuando eso pasaba, Adam podía alimentarse, en caso contrario, pasaba hambre hasta que la desesperación lo animaba a tocar la puerta de sus vecinos.

Su abuelo intentó mediar y obligarla a sentar cabeza, pero la mujer ya no quería seguir las órdenes de nadie, mucho menos, de un hombre, así que decidió irse de Machias para alejarse de él.

Llegaron a Portland, donde ella trabajó como camarera en un bar mientras él pasaba la mayor parte del tiempo en la calle, sin que nadie velara por su integridad. Vivió en medio de peleas con otros chicos y de luchas por algún pedazo de pan. En ocasiones dormía a la intemperie, escondiéndose de la policía para que no lo llevaran a algún albergue, y de su madre, que lo obligaba a ir a casa para «trabajar» por la comida que consumía. Ella lo ofrecía como mercancía a sus amantes, o a amigos de estos, quienes lo encerraban en sótanos para golpearlo y violarlo durante toda la noche.

La mujer sufría de diversos problemas mentales así como físicos, y él cargaba los suyos por culpa de la desnutrición y de las agresiones constantes. Al empeorar la salud de ella, los trabajadores sociales se lo llevaron consigo. Por años vivió en diversas casas de acogida mientras su madre era rehabilitada, pero allí tampoco la pasó bien. Cuando no recibía golpizas le hacían duros desprecios, hasta que pudo valerse por sí mismo.

Lo único bueno que sacó de esas vivencias fue su posibilidad de estudio. Nunca dejó de formarse con miras a marcharse lejos de su madre. Gracias a sus excelentes calificaciones consiguió una beca y una ayuda gubernamental para entrar en la universidad, donde quiso sacar toda la basura que había acumulado en su pecho, sobre todo, hacia las mujeres.

Pero allí se topó con Malcolm y con Jeffrey, y con sus mentes perturbadas…

No estaba orgulloso de las cosas que había hecho durante su época universitaria, aunque reconocía que eso lo había ayudado a controlar sus emociones y conseguir calma.

Darles a aquellas mujeres un poco de lo que él había recibido le permitió aplacar el sufrimiento de los recuerdos. Su memoria comenzó a llenarse con el dolor que ellas atravesaban, haciéndolo olvidar el suyo.

El problema fue que esas acciones lo saturaron de otras angustias. El miedo que ellas reflejaban, el llanto, las voces de auxilio y sus caras traumadas y confusas lo perseguían día y noche. Esas jóvenes solían recordar parte de lo sucedido, pero les resultaba imposible rememorar los rostros de sus agresores o algún detalle que los identificara, ni la forma en que habían llegado a ellas. Las drogas que ellos les facilitaban en medio de celebraciones los ayudó a conservar el anonimato.

En su último año de universidad había acumulado demasiados fantasmas en su cabeza. Todos ellos, sumados a sus traumas pasados, complicaban sus relaciones personales volviéndolo un tipo reservado, nervioso y un poco tímido.

Al terminar los estudios quiso desintoxicarse de ese mal vivir y volver a Machias, aprovechando que su madre estaba casi desahuciada y había heredado la casa de sus padres en ese pueblo. La llevó consigo, aunque no quiso cuidar de ella. Solo la encerró en el sótano hasta que le llegara la muerte, igual que ella lo había hecho con él de niño para que otros lo violaran. La dejó morir de inanición.

Al verse librado de ese demonio, otros aparecieron. Malcolm y Jeffrey huían por un error que había cometido con una chica luego de salir de la universidad. No la drogaron como era debido, así que ella fue capaz de recordarlos. Necesitaron un lugar donde refugiarse, por eso se fueron a Machias. Creían que Adam estaba obligado a ayudarlos.

Él les tendió su mano al inicio, solo por temor a ser delatado, luego los dejó. Procuró mantenerse al margen, sin embargo, aquellos tipos lo perseguían para atormentarlo.

Ambos quisieron continuar con sus costumbres mientras simulaban formar una familia y en ocasiones lo invitaron a sus «cenas privadas». Se negó todas las veces, hasta que conoció a Berenice. Ella lo hizo caer de nuevo en su pecado.

A diferencia de las otras mujeres, Berenice había llegado a su corazón. A él le costaba congeniar con ellas porque desconfiaba de sus intenciones, a todas las veía como su madre, pero Berenice lo trató con tanta dulzura que no pudo resistirse a sus encantos.

El problema era que la mujer no solo había logrado hechizarlo a él, sino que parecía congeniar muy bien con Malcolm y con Jeffrey. Coqueteaba en igual proporción con todos, siendo muy alegre.

Había ido a Machias para esconderse de un examante acosador, que la persiguió por tres estados diferentes. La tía de una compañera le habló de una oportunidad de empleo en ese pueblo apartado y ella quiso probar suerte, aunque casi enseguida de su llegada conoció a los tres amigos, sus peores depredadores.

No pudo huir de ellos, de la misma forma en que Adam no pudo escapar de su recuerdo lacerante.

Por años trató de borrar su pasado de miseria y dolor, centrando sus esfuerzos en la crianza de su hijo, pero de pronto llegó Candace a provocarlo de nuevo y repetir el mismo patrón.

Ella alborotó un avispero que por años había estado calmado, de la misma forma en que lo hizo Berenice. Despertó las emociones que él había creído muertas y llevó a su hijo a añorar la presencia de una madre que jamás había tenido.

No conforme con eso, creó una situación caótica con Malcolm y con Jeffrey que terminó poniéndolo entre la espalda y la pared.

Entonces, ¿se quedaría con ella para fragmentar de una vez por todas su amarga soledad, o se liberaría de la amenaza que se cernía sobre sus hombros para estar en paz con Peter?

Si Candace llegaba a abrir la boca y le contaba a alguien lo sucedido en la casa de los Conrad, él perdería por completo la calma que le había

costado cimentar. Perdería su trabajo y a su hijo, y no quería quedarse con las manos vacías. No podía seguir perdiendo.

—Tengo que matarla —susurró para sí mismo, con la mirada perdida en atroces recuerdos del pasado. En una fuerte discusión y una intensa golpiza, y en un auto volcado por un despeñadero. En unas tijeras afiladas, y en fuego, mucho fuego.

Rememorar esas enormes llamas lo llenó de calidez. Desvió su atención a la cama y vio lo que horas antes había sacado del garaje: el cabello de Berenice.

El largo manojo de pelo descansaba sobre la cama, como si fuese una mujer desnuda que dormía satisfecha luego del sexo. Se había acostado con él, usándolo para frotarse sus partes íntimas, masturbándose.

Pero no había quedado del todo satisfecho, la angustia impedía que su alma y su cuerpo hallaran reposo. Debía arrancarse ese miedo de la mente para volver a ser él.

—Tengo que matarla —se repitió más dispuesto, y se puso de pie para salir de la casa con las ideas claras.

Llevó a Peter a la escuela, pero en la puerta no vio a Candace. Cómo lo esperaban en su trabajo no pudo buscarla, o averiguar sobre ella. De regreso, tuvo intención de abordarla al recibir a su hijo, pero de nuevo ella no se encontraba a la vista, aunque le habían confirmado que sí había asistido a clases.

Al descubrir que Lorena había ido por sus hijos a la escuela y no Jeffrey, decidió hablar con la mujer e inventarle un drama laboral para que se quedara por unas horas con Peter, así él podía encargarse del problema de la maestra.

Lorena aceptó, aunque, luego de meter a todos los niños dentro de su auto, encaró a Adam para hablarle de forma confidencial y con actitud irritada.

—¿Es cierto que tienes un romance con Candace Micklus, la nueva maestra?

Él apretó la mandíbula con enfado. Luego de ocuparse de Candace debía hacerlo de Jeffrey y de Malcolm. Ese par iba a seguir trastocándole la vida por siempre.

—No es nada oficial y es probable que termine pronto. No estamos congeniando.

—Tal vez por eso está detrás de Jeffrey —expuso la mujer y se cruzó de brazos, mostrándose cabreada.

—¿De qué hablas? —quiso saber, mosqueado.

—Lo llamó por móvil varias veces ayer y lo citó tarde en la noche para reunirse. Le dije a Jeffrey que si iba se llevara de una vez sus maletas, porque ninguna mujer tenía que estar acosándolo y pidiéndole que se metiera en su casa a altas horas de la noche. Fue entonces cuando me dijo que ella tenía un romance contigo, pero que además, tonteaba con Malcolm, y quería que él la ayudara a no tener un problema con ustedes. ¿Es cierto?

La furia estuvo a punto de dominar a Adam y segar sus emociones. Con dificultad asintió, para darle a la mujer la respuesta que quería.

—Entonces, resuelve tu asunto con ella y dile que deje en paz a Jeffrey. No tienen por qué meterlo en ese problema. Si las llamadas continúan, voy a intervenir —advirtió con desafío y lo señaló con un dedo acusador antes de darle la espalda y subir a su auto para marcharse.

Adam respiró hondo para no perder la cabeza con ella. Lorena era explosiva y soberbia, a Jeffrey le encantaba porque él era adicto a las mujeres difíciles, que le presentaran bastante pelea antes de subyugarse a sus deseos. Con ella, él podía saciar sus ganas y así mantener bajo control su inagotable necesidad por sexo, evitando buscar a otras por métodos riesgosos.

Al irse con los niños, él pudo enfocarse en su objetivo principal: hallar a Candace. Ahora más que nunca necesitaba llevar a cabo su plan, aunque primero le urgía conocer los motivos por los que había buscado a Jeffrey. ¿No había obtenido una buena lección al provocar a Malcolm?

Entró en la escuela y preguntó por ella. Se sorprendió al enterarse que la mujer ya se había marchado. Pidió permiso para retirarse una hora antes porque había pautado una reunión virtual con su asesor de tesis.

Hecho una caldera de furia se dirigió a la posada donde se residenciaba, sospechando que aquella excusa era una mentira.

No la encontró. Así que recorrió el pueblo para visitar los negocios donde ofrecían wifi gratis o alquilaban computadores, sin tener éxito. Con la ansiedad a flor de piel se dirigió a la casa de Malcolm, pero solo halló a Penélope con Sury.

—Malcolm tuvo una fuerte discusión con Jeffrey al regresar del trabajo, por teléfono, y salió de aquí furioso para encontrarse con él. No sé dónde

está o qué pasa.

Él apretó los puños para controlar su ira y regresó a su auto sin saber qué hacer. Al estar solo, golpeó con fuerza y repetidas veces el volante para descargar sus emociones.

¿Habrían logrado Malcolm y Jeffrey su cometido con Candace? ¿Estarían en ese momento satisfaciendo sus necesidades sexuales con ella, como decenas de veces lo habían hecho juntos con otras mujeres?

Los celos y la cólera le embotaron la mente. Se aferró con saña a sus cabellos conteniendo un rugido de dolor y traición.

Una vez más se repetía la historia. Ellos hacían con Candace lo que una vez hicieron con Berenice, quitándosela de las manos.

Pero las drogas no hicieron mucho efecto en Berenice. O no le suministraron lo necesario, o su organismo fue incapaz de asimilarlas como era debido. El asunto fue que ella recordó todo con claridad luego del hecho, pero lo calló, no dijo nada. Se dedicó a evaluarlos para hallar pruebas que pudieran servirle para una denuncia.

Inventando excusas familiares, Berenice salió del pueblo hasta la universidad donde ellos habían estudiado. Allí investigó y se reunió con algunas chicas. De esa forma se enteró de lo que habían hecho y reunió suficiente material para destrozarles la vida a los tres en segundos, pero entonces… descubrió su embarazo.

Eso no solo trastocó el plan de ella, sino el de Adam, quien se ilusionó con esa noticia. La sintió como la liberación definitiva a su eterna soledad, una redención para su alma consumida por el pecado.

Desde el instante en que supo de la existencia de ese niño, se convenció de que era suyo. Le pertenecía y estaba dispuesto a conservarlo. Eso le salvó la vida a Berenice por un tiempo, aunque luego aceleró su condena.

—Candace… —susurró tomando su teléfono móvil para intentar comunicarse con Malcolm y Jeffrey. Le urgía saber dónde estaban.

Si la historia se repetía, ¿también lo haría la condición de Candace? ¿Estaría ella esperando un hijo suyo como lo estuvo Berenice?

Debía detenerlos. Rescatarla.

Ya no pensaba en asesinarla, sino en encerrarla en su casa bajo cientos de candados para que nadie llegara a ella y pretendiera quitársela de las manos, como lo había hecho con Berenice hasta que dio a luz a Peter.

Ninguno de los hombres respondió a sus llamadas, pero luego de varios intentos, Malcolm le envió un mensaje de texto con la dirección de un hotel. El mismo en el que había trabajado Berenice en el pasado como mucama.

No perdió tiempo en reflexionar los hechos. Puso el auto en marcha y se dirigió a toda prisa a ese lugar. Anhelaba llegar a tiempo.

Capítulo 17.

En las afueras del pueblo y a pocos kilómetros del parque estatal Roque Bluffs, ubicado frente al mar, se hallaba el hotel donde habían citado a Adam. Era una construcción larga y de una sola planta, con ambiente pintoresco y tranquilo, asentado cerca de los mejores restaurantes de la zona.

Adam no tuvo tiempo de reflexionar el motivo por el cual ellos habían seleccionado ese hotel para convocarlo. De esas nimiedades se ocuparía luego, ahora quería rescatar a Candace e imponer límites con Malcolm y Jeffrey.

Se bajó del auto y corrió hacia el cuarto que le indicaron por mensaje de texto, el último del ala derecha. Al tocar la puerta, Malcolm le abrió.

Lo apartó con un empujón para entrar. Esperaba encontrar a Candace en la cama, drogada, inconsciente y violada, pero solo halló a Jeffrey sentado en el borde con rostro amargado.

—¿Dónde está? —preguntó con ansiedad y repasó los alrededores. Candace no se encontraba en la habitación—. ¿DÓNDE ESTÁ? —inquirió a los gritos y al borde de un colapso.

Malcolm cerró la puerta con seguro antes de encararlo.

—No vino.

—¿Qué? —consultó Adam confuso.

—Citó a Jeffrey aquí para hablar y no vino.

Se giró para traspasar al aludido con una mirada asesina.

—Si la tienes escondida en algún sitio… —lo amenazó, y lo señaló con un dedo mientras se aproximaba a él.

—Pensamos que tú la tenías escondida, como hiciste con Berenice, por eso te citamos aquí —respondió Jeffrey, erguido con firmeza y con las manos guardadas en los bolsillos del pantalón.

—¡¿Cómo voy a tenerla escondida?! No la he visto en todo el día, ni siquiera cuando fui a llevar a Peter a la escuela, y no responde a mis llamadas ni a mis mensajes.

Malcolm y Jeffrey compartieron una mirada severa.

—¿Qué demonios pasa? —exigió Adam con el corazón acelerado.

—¿Le contaste a Candace lo que sucedió con Berenice?

Adam miró a Jeffrey con el rostro pálido. La sola mención de ese nombre lo llenaba de un terror latente.

—¿Qué?

—Me citó para hablar conmigo porque está asustada. —Adam no podía salir de su asombro—. Me confesó por móvil que Malcolm había drogado y violado a una mujer que mantenía una relación contigo, pero quedó embarazada y por eso la protegiste encerrándola en tu casa hasta que dio a luz al bebé. Luego ella insistió en denunciar a Malcolm y tú, para resguardar nuestro secreto de los abusos cometidos en la universidad, la asesinaste y lanzaste su cuerpo por un despeñadero dentro de un auto al que le prendiste fuego, quedándote con su hijo. Teme que actúes igual con ella, sobre todo, después de lo ocurrido con Malcolm.

Adam retrocedió, congelado por la noticia. Él no le había revelado nada a Candace, ella ya sabía esa información por boca de Malcolm, solo trató de tranquilizarla, aunque nunca mencionaron a Berenice. ¿Cómo pudo enterarse de ese caso si ellos mantenían ese asunto en el más riguroso secreto?

—Así no fueron las cosas —confesó cabizbajo. Buscaba comprender lo que ocurría.

—Pero ¡igual le contaste nuestro secreto! —reclamó Malcolm con enfado.

—¡No fui yo, fuiste tú! —respondió Adam exaltado y lo apuntó con un dedo acusador.

—¡¿De qué carajos hablas?!

Malcolm estaba indignado.

—Hablé con Candace ayer en la tarde y me dijo que te habías reunido con ella a la salida de la escuela, para pedirle disculpas por lo sucedido en tu casa. Para ganarte su compasión le contaste lo que hicimos en la universidad, yo solo se lo confirmé porque necesitaba que confiara en mí —exclamó deshecho. Malcolm se puso rojo por la ira—. Quería que confiara en que te mantendría controlado, que sería capaz de evitar cualquier intento de agresión, de tu parte o de cualquier otro. —Señaló a Jeffrey para que supiera que lo había incluido en la conversación—. La quería para mí, ¿entienden? Quería quedarme con ella para suplir el vacío que dejó

Berenice —dijo eso último con lágrimas en los ojos y sintiéndose muy agobiado por los recuerdos del pasado—, pero comprendí que ella nunca lo dejará pasar. De alguna forma insistirá, como quiso hacerlo Berenice —finalizó con la voz quebrada.

Por un instante hubo silencio, mientras Adam controlaba las dolorosas emociones que sentía para no llorar frente a esos sujetos.

—Esa maldita zorra nos engañó a todos, y todo por tu culpa —dictó Malcolm y señaló a Adam con enfado.

El aludido lo observó poniéndose en alerta, sobre todo, al verlo aproximarse con actitud desafiante.

—¿Mi culpa?

—La marcamos apenas llegó al pueblo, pero tú te metiste en medio para quedarte con ella, complicando las cosas.

—La elegí como ustedes eligieron a sus mujeres. Debieron respetar mi decisión y mantener los límites.

—Lo hiciste por capricho, porque Candace se parece a Berenice, no porque de verdad la quieres. Nosotros sabíamos que era solo un antojo tuyo y que luego sufrirías por eso como vives sufriendo por el recuerdo de la puta de Berenice. Solo quisimos restarte otro dolor.

—¡Berenice no era ninguna puta! —aseguró con la mandíbula apretada y con los puños cerrados.

—Lo era, así como lo es Candace —insistió irritado—. Ambas coqueteaban con nosotros y con otros hombres con descaro, porque esa es su naturaleza. Les gusta burlarse y aprovecharse de cualquiera, ese es el tipo de mujer que siempre elegíamos para disfrutar. Lo sabes. —Adam temblaba por la fiereza que recorría sus venas mientras miraba a Malcolm con ojos dilatados—. Candace es una puta, pero una muy peligrosa, porque maneja información que nos compromete y no sabemos por qué medio lo supo ni cuáles son sus intenciones. —Adam y Jeffrey se tensaron por lo que decía, sin atreverse a interrumpirlo—. Yo no estuve ayer en Machias, no hablé con ella. Me fui con Penélope y con Sury a Jonesboro por miedo a que Candace le dijera algo en la escuela. Hasta que no hablara contigo sobre lo acordado con ella no podía arriesgarme. No me reuní con esa mujer, no le conté nada de lo que hicimos en el pasado, mucho menos, lo sucedido con Berenice. Nadie en este maldito pueblo sabe nada de eso, solo

nosotros tres. ¿Cómo fue capaz de saberlo Candace si ninguno de nosotros le dijo nada?

Luego de un momento de reflexión, Adam intervino.

—Cuando hablamos no mencionamos nunca a Berenice, solo lo que hicimos en la universidad. Ella no sabía que la madre de Peter había estado relacionada con ustedes.

—A mí sí me habló de *Ella* —confesó Jeffrey, fijando su atención en Adam—. Me dijo que tú le contaste lo que le hicimos cuando hablaron en la cafetería, como amenaza para que cerrara la boca, por eso estaba asustada y pedía mi ayuda.

—¡¿Te das cuenta?! —apuntó Malcolm alterado—. Ella lo sabía todo, nos engañó y manipuló desde un principio, ¡es una maldita zorra! —Adam se tapó los oídos no solo para dejar de escuchar las quejas de él, sino las decenas de voces que murmuraban en su cabeza pidiéndole auxilio—. La voy a buscar por todo el pueblo, Adam, y la voy a encerrar en un cuarto para romperla en pedazos por dentro y por fuera, hasta que deje de respirar. Voy a matarla y a…

No pudo continuar porque Adam le dio un fuerte empujón que lo estrelló contra la pared, golpeando su cabeza.

—¡NO HARÁS NADA! —exigió con voz diabólica, al borde de sus emociones—. Ella es mía, seré yo quien le dé su castigo como hice con Berenice.

—¡No! —rebatió Malcolm furioso y tomó a Adam por el cuello de la camisa para sacudirlo con brusquedad y aproximarlo a su rostro—. Ya te dejamos a Berenice. La mataste y hasta te quedaste con su puto cabello y con su hijo como recuerdo. Ahora me toca a mí disfrutar de ese placer.

Comenzaron a forcejar entre rugidos de rabia e indignación. Jeffrey intentó serenarlos, pero recibió un codazo en el rostro que lo tumbó al piso y partió su nariz.

—¡No harás nada! ¡ELLA ES MÍA! —gritó Adam al límite de su demencia, por eso Malcolm tuvo que golpearlo varias veces en el rostro para calmarlo.

Pero él se recuperó rápido del ataque y se abalanzó sobre el hombre dispuesto a estrellar sus puños en su cabeza. Luego de una lucha por la habitación, tumbando objetos y rompiendo muebles, Adam logró derrumbar a Malcolm en el suelo y se sentó a horcajadas sobre él.

La furia que lo embargaba le cegó la mente. La traición de Berenice, la de Candace y las cientos de voces que pululaban en su cabeza lo trastornaron. Golpeó repetidas veces al hombre en el rostro con una fuerza demoledora, hasta que la sangre lo salpicó entero y el sonido de un cráneo haciéndose pedazos lo sacó de su desequilibrado ensimismamiento.

Miró por unos segundos lo que había hecho, horrorizado, hasta que un jarrón de vidrio se estrelló en su cabeza.

Quedó atontado.

—¡Hijo de puta, lo mataste! —vociferó Jeffrey.

Adam se levantó y se lanzó sobre él. Se aferró al cuello del hombre buscando callarlo. Apretó con fuerza mientras se tambaleaban de un lugar a otro en medio de una lucha encarnizada.

Jeffrey guerreaba para liberarse, pero la locura convirtió a Adam en un monstruo demasiado poderoso. Usó las últimas energías que le quedaban para tomar del suelo un trozo de vidrio del jarrón partido y empezó a clavarlo en el costado de Adam. Lo hizo varias veces, pero el otro parecía no sentir las puñaladas a pesar de que la sangre le corría a borbotones.

Antes de expulsar su último aliento, hundió el vidrio en su cuello quedando luego laxo por la asfixia.

Aunque Jeffrey ya no se movía, Adam seguía apretando hasta que las fuerzas se le acabaron. Lloraba, sudaba y sangraba a mares, mientras decenas de fantasmas revoloteaban a su alrededor, llamándolo.

Al sentir una molestia en el cuello, llevó su mano a ese lugar para quitar lo que le estorbaba. Al desclavar el vidrio de su piel, la sangre fluyó con mayor intensidad.

—No… no… —suplicó aterrado.

Se dejó caer al suelo de espaldas viendo como los fantasmas, que por años lo habían acompañado, se lanzaban sobre él como animales carroñeros, salvajes y hambrientos, dispuestos a no dejar nada de su presa.

Su vida se extinguió en segundos, quedando la habitación en completo silencio.

Capítulo 18.

Como pasaban las horas y ni Adam ni Jeffrey daban señales de vida, Lorena tuvo que comunicarse con Piedad para que buscara a Peter. Ella tenía que llevar a sus hijos a clases de taekwondo.

La mujer enseguida cumplió el encargo y se quedó con el niño en la casa de este mientras intentaba, infructuosamente, de comunicarse con el padre.

Terminaba de prepararle la cena cuando apareció Candace. Peter, apenas la vio, se lanzó a la cintura de su maestra emocionado con su visita.

—¿Sabe algo del señor? —consultó Piedad.

—Sí, hablé con él hace poco por móvil. Lo enviaron a visitar una fábrica en Roque Bluffs y se le hizo tarde. Por eso me pidió que buscara a Peter por casa de los Maxwell, pero Lorena me avisó que usted ya se lo había traído —explicó con tanta tranquilidad que Piedad confió en lo que decía.

—¿Y usted cuidará del niño? Yo me comprometí a plancharle una ropa a un vecino y ya he perdido un par de horas de trabajo. Tendré que quedarme despierta hasta tarde para cumplir con el encargo.

—No se preocupe, vuelva a su casa. Yo pasaré la noche con él mientras regresa Adam.

Peter gritó de alegría por la noticia y Piedad sonrió complacida. Ya había visto a Candace compartir con ellos, por eso no pidió más explicaciones.

Al quedar solos, ella habló con el chico.

—Peter, tenemos que prepararnos. Esta noche nos iremos de viaje.

—¿A dónde? —quiso saber el niño, fascinado por las atenciones y el cariño que le prodigaba la mujer.

—A un sitio que te encantará. Tiene una piscina grande y hay dos perros cariñosos.

—¡¿Hay perros?! —indagó ilusionado.

—Sí, dos. Son tiernos y obedientes, serán tus mejores amigos.

—¿Y papá irá? A él no le gustan los perros —reveló cabizbajo. Siempre le había pedido a su padre una mascota, pero Adam nunca lo complació con eso.

—Papá tiene mucho trabajo estos días. Por eso me pidió que te llevara de paseo, para que no te aburras. ¿Quieres irte de vacaciones conmigo?

Peter gritó un «sí» firme y corrió a su habitación con Candace para preparar una maleta. El niño no paraba de preguntar detalles del lugar que visitarían, se mostraba alegre, sin preocuparse por la ausencia de su padre. Adam había convivido tan poco con él en esas semanas que ya resultaba habitual para el chico el no verlo.

Mientras guardaba en una bolsa de viaje algunos juguetes, Candace recibió una llamada telefónica. Salió de la habitación para hablar con privacidad.

—¿Qué sucede?

—¿Ya estás de camino? —quiso saber una voz femenina, muy ansiosa.

Se oyó el bocinazo de un auto en el exterior de la casa.

—El taxi acaba de llegar. Saldré en unos minutos. Te mantendré informada.

—Tráelo ya, Rebecca. Quiero abrazar a mi hijo.

Candace respiró hondo.

—Paciencia, mamá. Esperaste casi cinco años para tenerlo contigo, unas horas más no te harán daño.

Luego de unas rápidas despedidas, cortó la comunicación para ocuparse de llevar a Peter al auto.

Mientras bajaban las escaleras, el niño recordó que faltaba su abrigo, que se encontraba en la habitación de su padre. Ella le pidió que la esperara en la planta baja mientras lo buscaba. Al entrar en el dormitorio de Adam, quedó petrificada.

Miró con asco el largo manojo de cabello que se hallaba sobre la cama.

—Eras un miserable enfermo —expuso con reproche. Sabía que aquello había pertenecido a su madre, porque cuando la recibió años atrás, casi al borde de la muerte, además de a su hijo le habían quitado su larga cabellera.

Tomó con rapidez el abrigo del niño, dispuesta a huir de allí, pero antes de bajar, recordó el caso del turista desaparecido, un hecho que había estado investigando con interés. Así supo que a Adam lo habían considerado sospechoso al ser la única persona encontrada cerca del lugar donde el

cuerpo había sido enterrado y posiblemente su pala de trabajo fuese la herramienta del asesinato, pero no la hallaban.

Así que se puso a revisar la habitación en sus rincones más ocultos, hasta encontrar en el fondo del armario la pala. En la parte baja del mango podían divisarse manchas de sangre.

Sonrió satisfecha, sabiendo que aquello era una prueba para inculparlo. Tomó la herramienta con una prenda de ropa, para no dejar sus huellas marcadas, y la ubicó cerca de la cama y de los cabellos de su madre.

Salió de allí soportando las arcadas, con lágrimas de rabia y repulsión aglomeradas en sus ojos.

Aún no podía creerse como había sido capaz de llevar a cabo aquel loco plan, soportando humillaciones de parte de unos monstruos a los que odiaba.

Al principio, su idea consistía en acercarse a Adam para ganarse la confianza de Peter, y así poder llevarlo consigo lejos de ese hombre, a un lugar donde su madre pudiera iniciar el proceso de reclamo de su patria potestad. Pero no pudo evitar aprovechar el momento para obtener un poco de venganza. Odiaba con toda su alma a Adam, a Jeffrey y a Malcolm por lo que le habían hecho a Berenice. Deseó hacerlos sufrir.

Bajó para reunirse con Peter y juntos subieron al auto. Candace apresuró al taxista para alejarse de ese lugar.

Al ponerse el vehículo en marcha, ella miró atrás.

Recordó el día en que le habían avisado del estado de su madre. Berenice la había enviado con unos tíos a Michigan mientras ella se refugiaba en Machias, esperando la sentencia de divorcio y el dinero de una herencia que se había ganado. Con eso comenzarían, juntas, una nueva vida, lejos de todo el infierno que habían vivido. Aunque Berenice nunca imaginó que le tocaría atravesar uno más terrorífico.

Luego de haber sido objeto de violaciones continuas por parte de Adam y de sus dos miserables amigos, la encerraron en un sótano hasta que Peter nació. A los pocos meses, y como ella seguía amenazando con escapar y denunciarlos a la policía, Adam le propinó una paliza violenta y la metió en el interior de un auto para lanzarla por un despeñadero. No sin antes cortarle los cabellos y prenderle fuego al vehículo.

Su plan fue quemarla viva, para así eliminar la amenaza que recaía sobre sus hombros al borrarla de la faz de la tierra. La abandonó,

creyéndose victorioso, sin pensar que alguien pasaría por ese lugar y rescataría a Berenice de la muerte.

La trasladaron a la ciudad de Augusta por encontrarse en un estado muy delicado, con quemaduras serias en todo su cuerpo. A la mujer le costó varios años recuperarse, quedando muy marcada, en ese tiempo solo pensó en una cosa: recuperar al hijo que le habían arrancado de los brazos.

Rebeca la apoyó en ese proyecto. Entre ambas diseñaron el alter ego de Candace Micklus para así rescatar a Peter de manos de esos demonios.

Estando allí, Rebeca decidió jugar con aquellos hombres, a pesar de las quejas de su madre, y lo logró. Tuvo que sufrir durante el proceso, pero se sentía satisfecha.

Antes de buscar al niño había dejado un paquete a Burns en la comisaría, que contenía las pruebas que incriminaban a Adam, a Jeffrey y a Malcolm en los atroces hechos que habían cometido en su época universitaria y en Machias. La apertura de ese caso le facilitaría el trabajo a Berenice para reclamar la custodia de su hijo.

Además, sabía que cuando revisaran la casa y hallaran la pala que lo relacionaría con la muerte del turista, sus oportunidades aumentarían. ¿Cuántos otros asesinatos no habría cometido Adam que tendría ocultos dentro de esa propiedad?

Mientras el taxi cruzaba el puente que los sacaría de ese pueblo, Rebeca sonrió complacida y abrazó al niño, su medio hermano, uno al que ya quería con toda su alma.

Por él se había sacrificado, y por su madre, que tanto había sufrido por el maltrato recibido. Atrás dejaba tres cuerpos fríos que pronto recibirían la condena que merecían. Se sentía en paz, pero a la vez, capaz de todo.

Ya no existían límites para ella. Ni ahora, ni nunca.

¿TE GUSTÓ?

Te invito a dejar un comentario sobre la historia en Amazon o en las redes sociales y conocer el resto de las novelas de mi catálogo de **FANTASÍA ROMÁNTICA** que tengo disponible en la plataforma.

Son novelas llenas de acción, emociones y mucho romance, enmarcadas en un ambiente donde la magia, el espiritismo y la santería son habituales y capaces de sacar de las sombras a las criaturas más diabólicas del planeta.

Gracias por leerme.

SOBRE EL AUTOR

Johana Connor es el seudónimo utilizado por **Jonaira Campagnuolo**, escritora de novela romántica, para publicar novelas de fantasía romántica y romance paranormal. La autora nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a escribir a tiempo completo y a dictar talleres de escritura.

Sigue sus redes sociales:

Instagram: @jonairacampagnuolo

Twitter: @jonaira16

Facebook: JonairaCampagnuoloAutor

Forma parte de su comunidad lectora (y escritora): http://eepurl.com/budMpH o visita su TIENDA en Amazon repleta de novelas románticas contemporáneas.